

A young child with light brown hair, seen from the back, stands in a room. The child is looking towards a blue curtain on the left side of the frame. The background is a dark, textured wall. The overall mood is contemplative and artistic.

Salud
a la
esponja
Nº 9

la chamiza

2021

la chamiza

SALUD A LA ESPONJA N° 9

la chamiza

SALUD A LA ESPONJA N° 9

Poesía / Cuento / Ensayo / Crónica / Testimonio / Ilustración / Fotografía



SALUD A LA ESPONJA N°. 9: LA CHAMISA

© Juan Carlos Astudillo Sarmiento

Dirección

Juan Carlos Astudillo Sarmiento

Consejo editorial

José Corral
Carlos Vásconez
Freddy Ayala P.
Gabriela Parra
Camila Corral

Diseño y diagramación

CCE Azuay
Juan Contreras

Fotografía de portada

Fernanda García

ISBN: 978-9942-755-24-7

Cuenca, Ecuador
2021

Índice

Introducción al noveno ruedo o a la chamiza	9
José Cardoso	11
Issa Aguilar Jara.....	15
Javier Fuentes Vargas.....	23
Jorge Aguilar.....	33
José Corral	43
Juan Fernando Bermeo.....	51
Silvia Pesántez.....	59
Sebastián Lazo.....	65
Silvia Favarreto.....	73
Juan Carlos Astudillo Sarmiento.....	87
Ernesto Carrión	105
Freddy Ayala Plazarte.....	115
Julia Isabel Avecillas Almeida.....	123
Pedro Mujica.....	129
Omar Balladares.....	133
Verónica Neira	145
Sebastián Ávila.....	151

Juan Fernando Auquilla Díaz	157
Aleyda Quevedo Rojas.....	163
Carlos Bernal.....	173
Gabriela Ruiz Agila	177
Fernando Ayala Arias.....	187
Andrés Cadena.....	195
Fernanda García.....	203
Gloria Riera Rodríguez.....	217
Karla Hernández Jiménez.....	225
Rosalía Vázquez Moreno.....	233
Tuga Astudillo.....	239
Santiago Vizcaíno Armijos.....	247
Carlos Vásconez.....	251
Héctor Olivera.....	261
J. R. Spinoza.....	265
Ila Coronel.....	273
Luis Felipe Aguilar Feijoó.....	281
Sonia Criollo Chiriboga.....	289
Rafael Idrovo Esponiza.....	295
Natalia García F.....	301
Freddy Ayala Plazarte.....	307
Roy Sigüenza	315
Carolina Palacios.....	323

Introducción al noveno ruedo o a la chamiza

Quizá la mayor virtud del tiempo es la de comprimirse. Jorge Luis Borges aseguraba que lo único que podemos cambiar es el pasado. Yo veo a este con los ojos semicerrados, porque lo que me causa es alegría. Me es inevitable sonreír por un pasado que se me antoja digno de causar envidia. En este y entre tantas otras cosas, refulge La Esponja. ¡Vaya nombrecito! ¿A quién se le habría ocurrido llamar así, con el proverbial ‘salud’ de antemano, a un proyecto de creación artística? El grupo que lo nombró se ha disgregado, porque otra de las condiciones para superar el tiempo es nutrirlo de adioses y reencuentros, de bienvenidas y olvidos intencionados y espléndidos.

Con el paso de los años, esta revista, Salud a la Esponja, se ha vuelto un referente para creadores de Cuenca y el país y, sin embargo, sigue siendo algo nuevo, algo por lo que bregar y por lo que brindar. Ha obtenido, merced al esfuerzo denodado de Tuga Astudillo, una eterna juventud. Es la fuente de esa juventud, en donde se bañan y de la que se nutren las generaciones novísimas de creadores de la palabra, de la imagen y del concepto. Una revista reflexiva que invita a quien la examina a forjarse una idea cabal de lo que pasa con la creatividad de nuestros artistas.

Del grupo primigenio quedan todavía tres personajes entrañables, cuyo afecto por los libros, por la poesía y la belleza ha signado sus pasos. El mismísimo Juan Carlos o Tuga Astudillo, Sebastián Lazo y Luis Felipe Aguilar, creadores *per se*. Yo aparecí

en el tercer número, aunque ansiaba profunda y nerviosamente que me prestaran atención y, así, colarme en este grupo que ya sabía desde entonces que tendría una vida larga. Con el transcurso de los años han aparecido otros personajes que han engrosado el listado, ya dilatado, de creadores de esta revista.

La historia dicta que las revistas y rotativos culturales en el Ecuador y la zona se ven abocados a un final temprano. Se necesita no solo tesón y no solo talento para que un proyecto de estas características perdure. Se necesita amor por la tarea que está siempre a punto de cumplirse. Salud a la Esponja es una revista aperiódica, que sale a la luz más o menos cuando el viento conspira para ello, y que no tiene afanes lucrativos ni exhibicionistas y que puede fungir tranquilamente de laboratorio de escritores, dramaturgos, fotógrafos, retratistas, serigrafistas, pintores, traductores, escultores, diseñadores, aprendices de mago y algún que otro bufón vagabundo, o noctámbulo, como un servidor. Desde esta perspectiva, la consabida Esponja ha servido para que plumas de primer orden del panorama literario nacional e internacional expongan alguna que otra inquietud con la apertura y sin la menor censura de no mediar la calidad, que es lo único que al cabo nos importa y nos marca, para que experimenten, para que cuenten con lectores juiciosos y generosos. Estética y ética, que abonan algo más a nuestras vidas.

Por eso tras cada número no se está pensando ya en el siguiente. «Apenas» si se está pensando en el mundo, en el amor, en la justicia y la libertad. Un proyecto que será así por siempre, es decir una proyección de sus autores y realizadores, de su director y de los editores y equipo curatorial. Y toda proyección es una clase de «afantasmamiento». Tenemos, ante nuestros ojos y sentidos, al fantasma de las navidades pretéritas de todos estos creadores y al fantasma que, gracias al don de la palabra, de a poco se va materializando, del mundo que gestan.

Y por eso y algo más podemos corear, aguardentosamente, sin temor y con alegría, un ¡Salud a La Esponja!

Yunguilla, viernes 6 de agosto de 2021
Carlos Vásquez

José Cardoso

Ecuador (1984)



Issa Aguilar Jara

Ecuador (1988)

«Territorio» y «Pan» forman parte del poemario *Poliamor Town* publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay (2020) y «Poetitas de mi tierra» y «Es julio 18, mi amor» de *Con M de mote se escribe mojigata*, publicado por La Caída Editorial (2018).

Territorio

Sonreiremos
me verás a los ojos y te concentrarás en tu reflejo
sentiremos todavía alguna forma del amor.
MARÍA AUXILIADORA BALLADARES

Miamor,
yo aún te amo
no hagas caso a mis ataques de histrionismo
que responden a la ansiedad por oler tu cuello
en la calle sin retorno de nuestras vidas.

Todavía eres dopamina
dilatación
epifanía dual
y escalofríos cuando nos tocas.

Porque donde se vive
se muere y se resucita,
allí es.

Entre el rayo potente de la muerte
la ausencia del padre
y los cientos de viajes pendientes...

A ver si el tiempo se atreve a golpearnos.

Sigamos nomás blasfemando contra el gobierno
aplaudiendo a los valientes
chillando en los conciertos y en los recitales y en las películas
fantaseando con ser millonarios.
Solo un poco filántropos, luego.

Peleando por el nombre de nuestra hija —porque no será varón, ni insistas—.
Territorio mío,
eres azúcar entre mis dedos

voy a reconfigurar la luna
y acabar con el país que no nos deje pernoctar.

Miamor,
yo te amo más de lo que recomiendan las instrucciones para armar cualquier otra cosa.

Pan

Y mi dolor
se vuelve pan.
HUGO IDROVO

Son días inspiradores:
mi padre nos ha olvidado otra vez.

Yo sostengo la mano de mi madre
le devuelvo el amor
de cuando templaba mis ojos
con una cola de caballo y un elástico que me apretaba las entrañas.

A mí también me han abandonado, le confieso
sin que los labios se abran.
Nuestras mejillas se rozan
y las lágrimas se encuentran
como la vez que fuimos una en el vientre.

Puerperio, abrigo, nacimiento.

Ella sonrío
abrazo mis pulgares con sus manos pequeñas
me alejo.

Le digo que el desayuno espera
que venga pronto
porque el pan sigue caliente.

Poetitas de mi tierra

Al «mejor poeta del Ecuador».

Mi reino por verlos sobrios
desamparados
lejos de la cháchara y su burbuja menguante.

Mi risa por creer que cualquier pelvis se revuelca por tenerlos bien adentro.

SE ABRE EL TELÓN:

Chulla quiteño,
mono *aveza'ó*,
morlaco intelectual.

Simulemos aplausos sonoros para los textos ajenos,
que no nos limpiamos el culo con los emergentes,
que no nos devoramos la yugular entre nos.

La falda más corta claudicará. La *groupie* más guapa... (Hmmm...)
Ahí viene...
—Hola nena, ¿no sabes quién soy yo?

TELÓN CERRADO:

Disputa de premios,
contabilidad de vaginas conquistadas,
libros a la deriva de mesas pegajosas, donde lanzan cervezas y babas.
Líneas y babas.
Versos y babas.
Babas solas.
Balbucesos.

El mejor de ustedes, elige el silencio
—como repasando el próximo capítulo de memoria—
alza los ojos al cielo
vergüenza ajena, llámese.
No se sabe siquiera como el mejor,
sospecho que finge no saberlo.
Uno de diez mil. Tan etéreo.

Chuchaqui:

Guagua mimado de rasgos delicados,
cuánto amor falto y/o sobrante de tus antepasados,
cuánto talento disuelto en el trago y la soberbia.

Te reconoces padre y la ternura desborda. Me desborda.
Te dices marginado y suplicas el abrazo.
Es que eres el niño más lindo de Neverland.

Poetitas de mi tierra:

la absenta se ha terminado,
la absenta nunca ha existido,
se la han bebido los poetas. Los de verdad.

Es julio 18, mi amor

Me escribo en blanco y negro
para parecer ayer.

Para emular
los días nuestros y
escapar de
lo extraño que puede ser
(no) tenernos.¹

Javier Fuentes Vargas

El Salvador (2000)

¹ No he de dejar de amarte nunca, grandísimo hijo de perra.

[Tierra]

La edad es una patria que se transita
hasta alcanzar el exilio definitivo,
aquel que deja de contar los años
y nos da la tierra donde cultivaremos los huesos.

Ahí,
la tierra a la que llegamos,
nos abraza
para proteger nuestros cansados nombres
de epitafios y bocas sedientas,
con toda la sal del mar
imaginando nuestros rostros,
con toda la erosión de la roca
emulando nuestra experiencia.

[Otras formas de llorar]

Descubrimos otras maneras de llorar,
otras formas de llorar.
CLAUDIA FERNÁNDEZ

Si de mi aliento se desprende alguna palabra,
un aroma a lirios o una bandada de aves,
es porque nada sabe de mezclarse con el humo.

Desde la hondura de la boca se gesta el llanto,
no de los ojos.
Las grietas saben de retener el agua,
en cambio,
las ventanas solo pueden presenciar su caída.

Aún me pregunto por la forma en que lloramos:
cómo escondemos los ojos
y dejamos que el grito se instale
para llorarnos desde la palabra.

[V]

Herido:
detrás de las navajas,
en duelo directo
contra las piedras del camino.

La decadencia de estas calles
no otorga monedas suficientes
como para comprar un cristo.

Es uno mismo quien cercena sus vísceras,
quien amputa la madrugada
pariendo bastardamente, entre las piernas,
hijos de otras noches,
hijos que al mediar palabras con su progenitor
entienden el amargo sabor que deja
pronunciar sus nombres.

¿Qué dirá mi nombre sobre ellos?
¿Será el estigma que heredaron,
la última calle de esta noche?

Yo también prefiero morir
antes que amanezca.

[9]

La sed sabe de las bocas que no dicen su dolor.

El silencio sabe de las palabras que nunca supieron escuchar.

Hablemos pues del agua, para saber qué es la tortura.

[Babel]

Donde todas las lenguas dibujan distintos senderos

Y extienden más allá de las fronteras
el inexplicable territorio del lenguaje de los ojos.

[Estigma]

Hubo una época hermosa otorgada por las flores.

Ahí, donde ahora corre un río,
he visto brotar la sangre de mis manos.

El paso adormecido de su huella
negó la naturaleza de mi estigma,
diciendo de dios lo que se dice de mí.

El exilio es una bestia de tres cabezas

que custodia las puertas de este infierno.

Adentro hay una guerra que no me permite amar los caminos de regreso.

Desde aquí afuera:
sólo puedo llorar lágrimas ajenas,
comprar años para no volver muerto,
tatuarme la lengua con la palabra 'infancia'
y enviar pájaros que toquen a tu puerta.

Decirte
que estoy en un lugar donde espero
no morir sin conocer el odio.

Jorge Aguilar

Ecuador (1986)

Benedicite ignis

La infancia como dique que contiene, irresueltas, las mutaciones del estertor y del insomnio.
Se supone que necesito prescindir de la melancolía
y no puedo desterrar la ventisca con que un insecto es saludado
el primer día del fin del mundo.
En la infancia no hay patria despierta,
ni trapos que censuren la forma primordial
de los pájaros.

La infancia es un animal vestido de hélices y lloviznas antiguas,
donde las sombras van moldeando la arcilla de la lengua.
La infancia entendida como pluralidad del nombre,
de la aguja,
de la Realidad que se reproduce en las entrañas.
Extienden miles de manos sobre las estrías de un sol languideciente;
la flama redondea un azul que tiembla en su volumen
y su cadáver rebosante de viento.
La infancia es un estanque donde titubea el hermetismo de la piel
y se subvierte el flujo de las acciones.

Somos la dimensión que juega con la espina y el imán de los ahogados.
Avanzamos hacia una ilegible tormenta que se disfraza de espadas de madera
y humo de cabras sin ordenar.
En esa leche se oxidan nuestros últimos intentos de atrapar
el sedimento perfecto que nos permita esculpir, en redes de agua,
la altura de nuestras chamizas.

La infancia es una quebrada que recibe la caída y el vértigo de nuestra vulnerabilidad.
Es el color de un patio inmenso flanqueado por el vapor que escapa del pan,
a la hora en que las brujas empiezan a gritar sobre la periferia de la vigilia.
La infancia es un ánfora que amansa a la fruta,
es la esquirra y la bendición de los extraños,
es una escalera animal que inmoviliza la sintaxis de los fantasmas
cuando la aurora nos incendia con su follaje de mariposas y gusanos negros,

es una sucesión de jaurías que vibran al compás del aliento,
es el fragor que nos dispara un ente extático.

La infancia es un dique y nosotros su légamo y su invisibilidad,
es el cráneo del primer habitante del fuego, bautizado con una gota de fiebre,
es un estuario de antorchas olvidadas por esclavos
en su frenético afán de lograr amamantarse del alba.

La infancia es la ofrenda última siendo acuchillada por el primer llanto heredado,
es un cuerpo labrado en silicio por el desdén
que va cosechando cornamentas y códigos y huesos y cantos e imágenes,
es la sonrisa cancelada a inicios de siglo, decretando que todo bien puede ser una
ruinosa simulación que se abraza a las polillas del pensamiento.
La infancia es una azulada inundación que nos va ahogando sobre los castillos
acústicos
del universo.

LE LLEVARÉ FUEGO.

Relámpagos sobre la rama de oro y la piedra fangosa

1. HIJO DE LA RAMA DE ORO

Llegamos a danzar junto a las brasas.
Ennegrecidos los rostros
ya que habíamos recolectado
algunas cabezas enemigas.
Gritamos.
Cacareamos.
Aullamos
para que sus fantasmales hijos
no vinieran a devorarnos los pies
en la madrugada.
Llegamos a la aldea,
el cuerpo mitad negro,
mitad blanco;
las armas bañadas en ceniza.
Sobre el pecho ansioso y apedreado,
la cabeza de un ave transparente.
Reptaremos sobre nuestra sangre
sin ningún remordimiento.
Al alba, llegaran los corceles de agua
a bendecir nuestra estirpe.

2. HIJO DE LA PIEDRA FANGOSA

Un cumulo de gargantas
suspendidas sobre barro eléctrico.
Fue ahí que mis manos no supieron tallar el cristal
en el que bailaba tu memoria.
Mis manos, cortadas sobre un cadalso
en donde se sacudía tu primera sonrisa.

Todo es frágil desde este lado de la sangre,
como nudo de horca cincelado
por un puñado de canciones espesas.
Como los verdugos bostezando sobre el légamo brillante
de nuestra ciudad recién devastada.

Llevamos la vestimenta de los parias
y la sombra a rastras
sobre zaguanes que no han conocido
más melodía que la cúpula
entre cuchillos.

Mis manos de cristal no lograron domesticar
la estridencia de tu memoria ejecutada.
Desde este lado de las sombras,
nuestra suspensión no coincide
con la languidez del sol
y la lagrima (al fin) va despojándose
de éxodos y escorpiones.
Me rompo sobre los maderos
que escupieron tu descendencia.
Me perfume con la melodía
que va cayendo de nuestras encías.
Leve música sobre la aridez del paladar
colonizará las cumbres que florecen
cuando una especie se resquebraja.
(Flores innominadas despertarán siendo llama líquida)

MIS MANOS DE SAL NO DESATARON LA MADRUGADA SOBRE TUS SENOS DE SIMA OCEÁNICA.

*NUESTROS CUERPOS NO SABOREARON LA CORRUPCIÓN DE LOS FRUTOS QUE DEJAMOS
[SOBRE LA PIEDRA SACRIFICIAL.*

Este es un reino dividido en dos alientos:

- el grito que viste a la tormenta
- la tempestad que arrulla a nuestros hijos.

Me visto con tu rabia
cuando sucumbe el galope del rayo,
con esa insondable fragilidad del bramido
al ser liberado en las fisuras de la noche.

Un cadalso es una rosa que se niega a ser contemplada por sus espinas.
Una canción es un ave que se queda inmóvil en el corazón de una tormenta.
Una herida es un cristal que enmudece después de cada diluvio.
Un incendio es una mujer que se acucilla para parir a la noche.

En algún punto del mapa existe una mujer
que ha venido sonando, desde su infancia,
con el precario funcionamiento de mi patíbulo.
Ya no huiré de la barbarie ni de la guerra.
Aquí ofrendo mis manos para dar inicio a mi suplicio.

José Corral

Ecuador (1986)

Desaparecer

El agua de julio es espesa,
se empantana como la sangre.
Faltan silbidos y garabatos. La paz es estéril.
El tiempo está cansado, el paisaje se pausa,
el amanecer demora.

Ya voy, y se queda.
Hundido en la distancia.

Quiero ser tú, nunca irme.
Quiero ser tú, como almas alternas,
como conjugación imparcial.

No vayas, se deprime el sol.
Tirito aislado en la pesada hambruna que envía señales vacías.

Ven, no, ven tú. Juguemos hasta desaparecer.
No importan
el sol, el tiempo, la sangre, el hambre, el paisaje ni la muerte.

Ven, no, ven tú. Juguemos hasta desaparecer.

El nombre que todos buscamos está en la ceniza

Cuando resbalé por aquellas laderas tristes,
recordé el rostro envejecido de Manuela.
Parecía todo muy atardecido.

Lo verde, que ya no era su nombre,
fue fuego. Todo
lo que era verde fue fuego.

Su nombre era entonces otro,
cuando apenas amanecía.

Había recordado
el rostro rejuvenecido de Manuela,
cuando trepaba intrépido
los montes verdes
que fueron cenizas.

Deceso heroico con vista al cénit

La urgencia es un deseo y es también necesidad
la gota es un espasmo que desgarrar cuando cae

decúbito prono
decúbito inclemente
decúbito porno
decúbito supino

los párpados ya encierran el día
pienso en el basalto y en el algarrobo
pienso en la lluvia que cae oscura en las islas de Jara

Brote de diciembre

Y dijo: Si él no es la palabra de Dios
Dios no ha hablado nunca.
CORMAC MCCARTHY

Brotaste expuesto a la llegada
de siete lunas y media.
Amaneciste alado, nido presuroso.

Has expulsado el miedo, frágil escama
que nada entera y uniformemente,
sin sospecha, contracorriente.

Eres de fuego, fuerza otoñal
que ha vencido al tiempo y despides
brotes de tibia pureza
para apresar todos los besos
con tu sutil esplendor.

Eres de libertad, comunión etérea
que ha logrado enterarse del amor
y arrancas ligero, volátil como el silbido,
el roce entre un destello y el brío del silencio
para enredar la sustancia,
la médula procreada
con el alboroto de tus ecos cuando ya viene la utopía.

Has entonado profundo el coro de luces perpetuas.
Abres las alas y estremeces el viento,
pequeño garabato que ha ilustrado el fin
que acarrea exitoso el porvenir.

Brotaste inherente, provisto del soplado.
Refugio fervoroso, liviano te eternizas.

El tiempo embebido

Escribo una canción encima de tus imanes.
Se configura y se refleja en mi paladar oscuro,
aun boca arriba.

La canción canta el líquido que te forma
y al soltarse se frustra y se extiende
como una luz que brota, que se entenece y que se transforma.

Juan Fernando Bermeo

Ecuador (1989)

Testamento

Pronto tendremos que ir para el otro patio
aquel recorrido que es como un pájaro que huye

Preparemos las cosas, entonces
para poder seguir creyendo
en la libertad absoluta:
liberarnos de lo último que nos queda
del miedo,
hasta ya no sentirlo,
hasta ya no sentir nada

Mientras tanto,
estas son las lágrimas que se han planeado para nuestra futura muerte:

- Trucos contenidos en rostros furiosos e impotentes
- Presas fáciles para pensamientos nocturnos insolventes
- Reseñas desanimadas de una vida que, aún gris, será descrita como blanca

En un capullo de madera, los cálidos abrazos no penetran
los orgullosos estarán ansiosos por ser culpados de cualquier cosa
es el precio,
el impuesto del cuerpo

La duda no diferencia a quienes firman su testamento:
la muerte es ineludible como la vida

La deuda corre las mismas praderas en las que nosotros cosechamos
y no se irá lejos
Así, finalmente, pagaremos a la gran madre
en otro tipo de efectivo

El legado,
lo escrito,
su concepto;
es el mejor repechaje
que hemos disputado
contra la muerte
y, a veces,
contra el olvido

Cinco percepciones de agosto

1

Me convierto poco a poco en ese ser que transita entre los miedos de los niños y jóvenes. No es un acto de transmutación, sino de sinceridad. Cuando era el amante de cobija unilateral y flores a la puerta, temía que llegase una de esas sombras que te hacen dejar de suspirar por un beso, por un encuentro. Hui muchas veces de la idea de que se debe amar para siempre a la persona que niega a cambiarse de piel con el tiempo, temí incluso estar sentenciándome a mí mismo con la premisa. Pero cubierto de porquería, escucho los rumores de la gente que me señala como la violenta representación del desamor y el descaro. Yo abrazo esta piel que me crece debajo, le abrazo fuerte porque sé que en mucho tiempo podría ser lo único sincero que se aferre a las comisuras de mis brazos. En el reflejo del charco de gargajos que me regaló la sociedad, apenas puedo identificarme. La sonrisa sincera que se imprime en mi rostro me delata.

2

El amor siempre es más complicado que lo que te dicen los libros, pero más sencillo que lo que te dice la conciencia. Una sábana compartida, un par de manos que se entrelazan a espaldas del mundo, una pareja que duerme en una cama con más gente y que aprovecha para besarse entre las oscuridades varias del alcohol y la noche son todas señales de que entendiste mal esa clase que te dio el curita en la escuela, son las señales de que todos lo entendieron mal (posiblemente, hasta el cura). El desamor se distingue más por la crudeza de los hechos. Es más fácil ver una paloma estrellada en una pared si esta es blanca y contrasta con la sangre de la derrota anticipada. Cuando pensemos que el dolor resulta de una decisión mal tomada, es necesario que detenerse a considerar que, a lo mejor, el error venía desde más atrás. Quién está enamorado no se deja llevar de otras miradas. Reclaman las abuelitas a los nietos que tienen más de una novia, como si fuera tan fácil dejar el cigarrillo encendido, tambaleándose entre el cenicero y la carpeta de mimbre que se quemará al contacto. Siempre estamos jugando con más de un equipo, pero es mejor ponerse una camiseta, para que le duela al público cuando esta sea reemplazada por otra, en alguna compra de pase o en algún cambio de corazón.

3

El dilema no está en el beso, sino en el cambio de labios. Si los sentimientos son iguales o más fuertes que antes, sabrás, muy en el fondo, que el cambio empezó hace rato y que transmutar de una mirada a otra no es un acto sencillo, pero sí letal. El daño que tu cabeza experimenta cuando ves el alma de un mortal volverse humo frente a tu boca es irreparable, como si alguien te dijera al oído, el resto de tu vida, que puedes correr a ese horizonte y que llegarás para la cena con una puntualidad envidiable. Aunque los labios y los genitales hayan conseguido retozar como tostándose en el tiesto de las buenas costumbres, la carencia de este humo (pequeña esencia en llamas consumida dentro del suspiro) solo puede significar que algo dentro murió, que algo dentro de ambos, necesita repuesto.

4

Todo es mi culpa, aunque me iba a casa con las manos secas y el corazón alquilado. Si se buscó o no la excomunión de la iglesia de las buenas parejas, honradas, fieles y bendecidas por Dios, escapa a la realidad que se ha vertido ya sobre un razonamiento que se quedó corto frente a la avalancha de sensaciones. Tengo la culpa por no verlo venir antes, tengo la culpa por haber permitido que mi cabeza abra el cerramiento, tengo la culpa por no haber puesto un candado o una cadena que dijera a los foráneos que la propiedad privada empieza desde la señal y no desde el corazón desnudo que agoniza unas cuadras más allá. La transformación está llegando a su fin y ahora tengo frente a mí dos habitaciones que se ven cómodas, pero las trampillas que encerrarán mis piernas en una de ellas me invitan a escoger. Que alguien le diga a la sociedad que detesto las elecciones, que alguien le diga a la vida que, desde antes de ser culpable, la decisión ya estuvo tomada, pero nadie se molestó en avisarme.

5

La transformación está completa. Somos ahora un producto mixto entre la podredumbre del ser humano y su propia naturaleza incomprensiblemente buena, disfrutable. Hay peores cosas que escupir al cielo; cuando a uno ya le han dado escupiendo, la cara recibe el gargajo como a un viejo amigo, incluso lo espera. Tal vez solo me cansé de vomitar teamos, esperando retribuciones y no aplausos. Y aquí, en otra piel, rodeado de miseria, desaprobación, odio, arrepentimientos varios y una terrible sensación de terror que supuran las paredes y ojos en este nuevo estadio; aún aquí, lo único en lo que puedo pensar ahora, irónicamente, es en lo feliz que me hace esa sonrisa, la que provocó todo.

Y también sonrío, ya sin vergüenza.

Playa Escondida

A Carito P., con amor y convicción

Qué diferente ha sido el mar con un propósito
que no deja de ser otra forma de decirte

Que me encanta que te guste dormir y las golosinas por sobre existir, como a mí
Que aún no entiendo cómo amas tan bien mi piel si no comes carne
Que las migas de galleta sobre la sábana se quedan porque también quieren
probar un poquito de tu cuerpo
Que siempre es un buen momento para los besos, porque son como la pizza y
siempre es buen momento para la pizza
Que admiro la capacidad que tienes para escucharme con atención, a pesar de
lo difícil que es frenarme al parlotear
Que, así mismo, la admiración puede ser mutua y que, en la vida, la competencia
hay que dejársela a los competidores; nosotros funcionamos mejor en Equipo
Que es lindo escribir cuando sabes que alguien pagará con gusto el
sufrimiento de leer, porque miente el que no quiere otro fin para sus textos
Que me divierte el intentar comprender cómo las arañas deben huir de tu
mirada, pero a la vez no soportas que la falta de recursos te prive de construir
ese refugio gigante en el que todo animal abandonado sería feliz
Que ahora sé que la pasión por los gatos y los musicales son una buena idea, en
la mayoría de casos
Que los vuelos compartidos también pueden ser marítimos y terrestres, si
estamos juntos
Que ha sido lindo conocer otros países, sobre todo, cuando el viaje empieza
entre nuestros dedos
Que, si no te veo, me duele extrañarte más de lo que el reloj del ego deja pasar
al ir hacia atrás

Que me encantan los delfines y todo lo que el océano ha traído hasta mi playa
Que a veces me asusta esta violencia repentina con la que siento que me es
imprescindible tu presencia
Que me es imprescindible el amarte

Que no deja de ser otra forma de decirte
Quédate
que yo me quedo

Silvia Pesántez

Ecuador (1979)





Sebastián Lazo

Ecuador (1982)

*

Cuando me lees
como ahora
¿disfruto?
¿Siento tus ojos por mis pensamientos?
Cuál es el nervio cósmico que tiembla
de qué dimensiones aquí hablamos.
Y cuando siento esas cosquillas ciegas,
¿es que rozas con tu mirada mis letras
como ahora lo haces?
En qué corazón nos late esa magia.

*

Lo que tocas de mí
ya es tinta,
mi extraña metamorfosis

un derramamiento ordenado
de ideas y dimensiones
que solo transcurre
y puede
en este
momento
espacio
susurro
callado
y desembocado encuentro

Soy ahora endeble materia
en tus manos
estrujable
rectangular
y multiuso

pero es la letra
la que te habla

implacable arma
de la memoria

la que ahora nos concede
este literal encuentro

+

Si quieres puedes

tacharme

arrancarme

trozarme

o no leerme

Aunque ya sea
demasiado tarde

+

Aunque ya sea
demasiado tarde
seguimos aquí

Ahora
poesíame tú

+

Para que nada salga
la luz
de la voz
hizo su escondite

Silvia Favaretto

Italia (1977)

Tarea poética

Humedece mi juventud frente a tus besos que otra deglute
[...] mi sien la tapa de un pozo inmundo
ALEJANDRA PIZARNIK

Evito
mojar la pluma
en el tintero de las arterias,
mi modo,
en noches de calor como esta,
transpiro el poema
de los pliegues de mis codos
y mis rodillas,
lo exprimo de la quemazón de mis ojos
lo escupo tosiendo y
estrangulándome de asfixia
se me sale de los pezones
y en la entrepierna
cuando con tus yemas rozas
este cofre rosado
que guarda poemas
y sudor
y orgasmos
y llanto.

Declaración de intentos

Dejar de ser joven,
de ser bonita,
de ser amable.
Arrojar la verdad
como quien en serio la sabe.
Dejar de ser quien esboza sonrisas
de muecas y arrugas
excavadas en la cera.
Hundir una y otra vez
en el pozo
una soga
para pescarme
o ahorcarme,
que no sé si es
exactamente lo mismo.
Licuarme
en la embotada nada del consuelo,
encontrar en mis entrañas la chispa
para prenderme fuego al pelo
y prenderle fuego al centro cívico
y a la estación.
Un poema, quizás,
como un tizón ardiendo
como una navaja que se clave
en cada uno de mis deseos.

Acá sí, amor, acá

Para Daniele

acá sí amor acá
entre las sombras el humo y la danza
entre las sombras lo negro y yo
ALEJANDRA PIZARNIK

Al costado de mis cicatrices negras en la yugular,
acariciando el alambre de púas de estos años furiosos,
acá sí, amor, acá,
donde no puede llegar ni la desesperanza,
en la cuna en la que ni siquiera yo ya habito.
Acá, amor, acá quiero
que estés,
devolviéndole trozos de cuerpo intacto a esta
sombra de trapos que soy.
Hoy que no llueve silencio y el cielo
es una condena triste y definitiva,
en este juicio en el que soy
testigo, víctima y juez.

Tirando la moneda

[cara vivo
cruz me muero]

Sube la monedita al cielo
en imponderables revoluciones grises

[cara vuelve
cruz no regresa]

Da vueltas la monedita
inconsciente de su pesado azar

[cara aguanto
cruz me desplomo]

Empieza a caer la monedita
rápido y sin pensar, como se debe

[cara escribo
cruz la termino]

De un golpe se vuelca la monedita en mi mano
y con la otra veloz la cubro
para no ver la promesa de mi destino

Deseo súbito

Ya comprendo la verdad
estalla en mis deseos
y en mis desdichas
ALEJANDRA PIZARNIK

Los días se ensucian: yo quiero
estallar,
reventar,
cubrir de sangre estas paredes
y verte a ti
embadurnado
por los borbotones,
verte encharcado y empapado
de rojo vivo hasta la médula,
dándote cuenta,
por primera vez,
de que existo
y sufro.

Autorretrato

«Es como tratar de mantenerse en equilibrio encima de un escarbadientes —le explicaba el hombre de negocios a su socio en el mostrador del bar—, ¡como mínimo te pinchas el culo!». «Metáfora apropiada», pensó el escritor de microcuentos que acababa de ponerle el punto al cuento después de la palabra ‘cuento’.

El inocente creador

El niño empezó, con el lápiz, a dibujar un pez que se desprendió de la hoja y empezó a nadar en el aire de su cuarto. En un primer momento, sorprendido, luego muy entregado a la tarea, dibujó una sirena que, de inmediato, con un golpe de cola, se separó del cuaderno para planear en el aire, dando piruetas junto al pecesito. El niño era precavido y dibujó un desaguadero en un lavabo, para cuando mamá abriera la puerta diciendo: «¡La comida está lista!» y la sirena con el pecesito pudieran irse a pique.

Fetichismo

Una tienda de zapatos en el malecón, cerca de las olas que se estrellaban: lugar ideal para sus visitas. La sirena se levantaba con los brazos para lograr dar una ojeada, desde los escollos, a los desavisados clientes que se quitaban los zapatos viejos para colocarse los nuevos. No sabía por qué, pero sentía una irresistible atracción hacia aquel brevísimo momento en que el pie desnudo, envuelto en una simple media, entraba en el zapato lúcido, elegante. Podía estar allí, clavando la mirada durante horas, hasta el horario de cierre.

Universo judicial

«No puede llover para siempre», dijo Noé encerrándose en el camarote con todos los animales. Afortunadamente, la sirena y el tritón sabían nadar.

No le hubiera gustado a Darwin

Desde el *big bang* inicial se formó un coágulo de lava que se apagó solo con el agua del océano: en el mar se generó la primera criatura que no fue un pez: era una sirena. De ella y de sus malformaciones nacieron dos especies de seres: de un lado, los peces y los reptiles y, del otro, los hombres y los monos. Ella es nuestra gran madre primordial.

Agua viva

Esta mañana he parido una medusa en el cálido caldo de la bañera. Filamentosa y etérea oscilaba lentamente y no se dejaba tocar. Temía herirla involuntariamente rasurándome las piernas, pero la medusita flotó alrededor mío impasible, hasta disolverse en la espuma, deslizándose aspirada por el implacable, devorador canal de desagüe en la porcelana. Mi medusita debe, por cierto, a estas horas, de haber alcanzado el mar.

La búsqueda de la felicidad

Por amor la sirenita había cambiado su fuerte cola por un par de piernitas temblorosas, se había hecho operar. La intervención era arriesgada, nunca lo habían hecho antes. La cirugía no salió del todo bien y la sirenita no logró más ni caminar, ni nadar. Él no quiso pasar el resto de la vida con una minusválida. Ella lloró durante unos días, luego se decidió por un implante de dos ruedas, con las que, después de las primeras semanas de entrenamiento, se movía rápidamente y se puso a viajar por todo el mundo.

Juan Carlos Astudillo Sarmiento

Ecuador (1979)

Parte del texto ganador de la Convocatoria Internacional «La tibia garra testimonial» (2020).

0

Mi bisabuela murió en el sueño y sobre la cama que dividía, mitad a mitad, la habitación.
Con la puerta y el clóset, abiertos; las manos cruzadas en su rosario enredado y tibio.

Tenía 103 años.

La vi esa misma mañana: arrugadita, pálida, silenciosa la habitación que parecía de adobe, con un foco y una lámpara amarillentos, encendidos.

1

Algunos años después mi abuela ingresó al ancianato.

No la visité demasiado... poco, diría. Visitas breves, austeras, complejas. La vejez es un tesoro difícil de apreciar cuando la vida es una vorágine que apenas se entiende y el tiempo una pausa ajena.

El lugar era amplio, con patios llenos de árboles, flores y rostros perdidos; mi abuela, entre ellos, chispeaba.

No tardó en organizar los días y se volvió, de repente, la voz que limpiaba lo mustio de los años.

Algunas veces pensé que así debería envejecerse, como ganándole espacio a la apatía.

2

La abuela nunca se quejó y, así, lo hacía.

Siempre tenía algo bello que decir, aunque a veces, no lo hacía.

Creo que dejó varias palabras sujetas en el temblor..

y que me hubiera gustado escucharlas.

3

Cuando la pandemia estalló las puertas del ancianato se clausuraron.

Durante las siguientes semanas/meses escuché las llamadas diarias de mi *ma* a su *ma* para hablar cosas de abuelas y, extrañamente, me sentí en derecho de no llamar.

Una noche, sin embargo, mi esposa dijo: «sería lindo que le llames a la Tete (todas las abuelas tienen sobrenombres tiernos, ¿verdad?); tu *ma* se alegraría».

Llamé enseguida... fue bello, fue triste, fue tarde en la noche.

Me dijo que tenía trancazo, o gripe, o algo. No se sentía bien.

Le hice un par de chistes, le hablé de mis hijas, de la vida, de Dios o lo que creo es Dios; de dormir, de descansar, de confiar.

Ella se despidió.

4

Un par de días después entré a la cocina de casa y le vi a mi *ma* sostenida en un hilo que jamás vi, implorando perdón al techo, al cielo, a Dios, a sí misma, a su mami (es raro escuchar a tu mamá decir «mami», ¿verdad?).

Lloraba con hilos invisibles sosteniéndose desde una esquina invisible de la pared lisa y mi papá con la mirada perdida, a su lado, me miraba, mientras también la sostenía.

Me acerqué con un abrazo, pero mi *pa* me pidió agua.

Regresé con el vaso en un gemido largo de mi *ma*, sentada ahora, sin estarlo.

Mi *pa* dijo: «salió positivo». Mi *ma* gritó.

Horas después la abuela dejaba el ancianato para ir al hospital.

Tenemos una foto de ella, en silla de ruedas, a 30 metros del nieto que la tomó, bendiciéndolo.

Nadie, nunca, la volvió a ver.

5

(Yo solo podía pensar que estaba sola, que no reconocería ninguna voz porque todas eran lejanas.

Nunca lo dije, pero lo pensé y para callarme, recé.)

6

La familia, que es amplia, empezó a reunirse todos los días, muchas horas cada día, para el rosario.

La fe es un asunto infinito y, a veces, fluctuante.

Unos rezaban para que se cure, otros, para que no sufra, otros por cualquiera de las dos y otros, me atrevo a sospecharlo, sin saber bien para qué...

Lloramos largas horas, juntos. Nos reímos otras, menos largas.

7

Un día sonó el teléfono de casa, yo contesté:

—¿Qué relación tiene Ud. con...?

—Es mi abuela.

—Le hemos dado el alta, pueden venir al medio día por ella...

—Pero ayer nos dijeron que agonizaba, ¿está seguro?

—Sí, ¿puede venir al medio día?

Entré, a tientas, al Zoom (sabía que estaban ahí, como cada día a cada hora); di la noticia: gritos, histeria, alabanzas...

Alguien preguntó:

—¿Te dijo los dos apellidos?

No entendí. Se abrió un silencio. Alguien llamó. Colgó. Todos en la pantalla expectantes, con el corazón más frágil que la conexión:

«Se equivocaron», dijo sin ver a la pantalla o, mejor, viéndola sin dirección, demasiado cerca, dejando ver el temblor en sus sienes.

8

Minutos más tarde suena el teléfono en casa. Contesta mi *ma*, tiembla.

Le escuchamos decir: «no pueden hacer eso, ¿saben lo cruel?, ¡no pueden!».

Termina la llamada agradeciendo, bendiciendo, expiando...

De vuelta al rezo y, sin embargo, algo cambió entre esas 3 llamadas, para siempre.

9

Pasaron varios días, como 15.

Demasiado días,

demasiado largos,

demasiado llenos de nada, de noticias vagas, de esperas al teléfono, de la agonía anunciada, compartida, del entrar al coma, de salir, de no hacerlo, de mis hijas de 3 y 6 años jugando en la sala solas preguntándose por qué llora la abuela y respondiéndose que por el coronavirus, que le mató a la Tete.

«La vida», pienso al verles a dos metros del estudio de mi *pa*, en donde estamos, pendientes de ese hilo que nunca encontramos.

10

Una tarde mi esposa, desde la grada y hacia arriba, dice: «vida, baja a verle a tu mami...». Su voz me urge, lo más suavito posible.

Todas las gradas de los 3 pisos son un hipo por el que caigo.

Nos abrazamos. No necesito llorar, ella lo hace.

Tiemblo, temblamos.

Le escucho.

Mi *pa* está al lado, estoico y destrozado (ahora sé que eso es posible, y noble).

Lloramos más; ahora sí me lo permito.

Mi hija nos espía. Me siento desnudo.

Me sonrío y se va.

11

La resignación es más compleja en la virtualidad, en el abrazo caído, en el velorio transmitido y la conexión inestable que congela los pasos y los devuelve en la urna; en las palabras de dolor o aliento que se entrecortan y te obligan a pensar y completarlas.

12

A media mañana llegó mi tío. En una bolsa grande, en las manos, me dejó a la abuela.

Pensé que la caja sería más pequeña. Nunca ponderé en cuánta ceniza resultamos.

En la entrada de la casa me descubro limpiando con alcohol la caja de cenizas de mi abuela y al hacerlo me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

13

En casa preparamos un altar. Llevo la caja y en la grada me espera mi *ma*. Le tengo que entregar a su ma. Algo se achica en mi corazón. Lloramos, sin decir nada, en la grada.

No sé cuánto duró, pero fueron tantas noches, en la grada.

Subimos al altar. Estoy cansado de verle llorar a mi mami, porque nunca lo hace.

Lloramos.

Me pide que le deje y, mientras me voy, le dejo bien claro que nunca lo haré.

14

Tres días lloramos, temblamos, regresamos a la infancia.

15

Mi abuela murió a los 87 años, con COVID, lejos de todos los que la amamos.

Nadie vio sus manos ni el rosario ni la pared y el clóset se quedó en el ancianato.

Nunca vimos la habitación en donde exhaló, ni sabemos si dormía.

Ernesto Carrión

Ecuador (1977)

Texto inédito.

Papeles de cuaresma

Albania me encantaba porque no tenía nada que ver conmigo.
Me ocurría lo mismo con Budapest y Bielorrusia. Aunque a mi hijo

le gustaba ponerlos en la discusión sobre la mesa, a la hora de jugar
a la dominación del mundo. La pregunta sobre cómo se domina algo
tan quemado por dentro sigue retumbando en mi cabeza.

Mi abuela debe ser la única persona que se fascina con las iglesias,
incluso cerradas, porque empieza a merodearlas con ansiedad

escondiéndose del sol, con los ojos inquietos. Cuando se llega a los ochenta,
Jesús es un cachete enrojecido pegado a ti, dando silbiditos y picachos
de repente.

Pero para alguien como yo, que avanza a los cincuenta años y, por lo tanto,
carece de zona de confort, la religión es un trabajo que pesa un quintal

o es esa mímica cruda de los domingos que congela la inmortalidad
con pensamientos casi siempre masoquistas.

«Bibidi babidi bú» era lo que canturreaba el hada madrina en el aire,
haciendo uso de un falso lenguaje para que la magia existiera,

lo que quiere decir que para modificar la realidad, hacer agua del mundo, es insuficiente el lenguaje educado y lleno de jerarquías.

Para recuperar el amor por la escritura, que ha sido mi única religión, yo empleo también un falso lenguaje que dice lo que no dice

y que se desdice de lo que dice, como expongo a continuación:

Aquí se venden litros de muerte a centavos. Usted puede adquirirla en todas partes. Porque está en todas partes. Y puede encontrarla

en muchas presentaciones. Porque para eso hemos diseñado y distribuido con éxito nuestro producto. Bébala como guste. Fría o caliente. Consérvela en un lugar apartado de la casa.

Si la lleva consigo, por favor, llévela bien sellada.

Y no olvide lo más importante: una vez adquirida,

la muerte no tiene fecha de expiración.

Y así podría seguir colocando ejemplos que vienen al caso, para revelar que al llegar esa noche a mi departamento

la vida como la conocía mi abuela, pero también mi madre, mi hermana y su hija y otro montón de gente, desapareció.

Bombardearon los noticieros mientras fregaba los platos: contagios y pilos de muertos eran un elemento fantástico y aterrador

aeropuertos comenzaban a cerrarse; ciudades fueron llamadas a abastecerse para no desaparecer contenidas en sus capullos metálicos.

Puentes aplanados por la maquinaria de la guerra, soldados atados a tanques y a más soldados moviéndose con megáfonos por doquier,

mientras la luna se instalaba en todos los cielos del mundo mostrándose como lo que ha sido siempre: un salto a la leche o un vacío volando o una cofia de monja.

Despedirse en este momento de quién y para qué —me dijo mi mujer—, si irse sin todos da igual a largarse abrazado con todo el mundo. Hay

que cerrar la casa. ¿No entiendes que cuando la música acabe todo lo que veremos será un cuerpo pretencioso y corrupto lastimándonos con la idea limpia de que al menos la vida fue necesaria para cultivar estos problemas?

¿Cuáles problemas?

La física y Las matemáticas. Naderías como esos poemitas que me propongo a escribir y que nadie, más que yo, termina comprendiendo cuando empleo

palabras como *bulbo cavernoso* y *suelo pélvico* para describir el acto sexual o el asalto sexual de dos amantes que se estrujan hasta quedarse con alguna partecita robada de ese otro yo.

Algo tan urgente e injusto como el robo de un libro.
Aunque opine firmemente que toda persona debería tener un libro robado

en la biblioteca de su casa, para así recordar que la literatura es un riesgo innecesario y un asalto.

Atiborrado también de historias incurables como las que ahora ocurren: porque venían ellos así, huyendo a toda lágrima con máscaras en la cara,

azules y trágicos como la vida extraterrestre dentro de una oreja y desde el mes de febrero, en plena cuaresma, olvidándose del jefe de la tribu israelita y su relato de peleas de gallos con montes y lagunas de arriba hacia abajo.

De un lado hacia el otro, los veíamos paseando por el televisor, zurrados y navegando a la deriva sobre un río incontenible de muertos

con nombres como Pedro, María, Juana y José, cuchicheando borrachos y sonámbulos como zombis rechazados por un estado indolente que no les ofrecía una cama de hospital ni un poco de oxígeno ni un féretro donde apagarse.

Y a los pocos días tirados como fundas de basura, envueltos en fundas de basura, convertidos ellos mismos en basura desperdigada por casas y veredas

o depositados en fríos contenedores, revueltos entre más carne infectada, para que nadie pudiera reclamar esos cadáveres que eran solo estadística ruidosa de una guerra silenciosa que no discriminaba por clases ni género ni raza. Que simplemente arrasaba con todos como aguacero definitivo, como plaga de Egipto.

Esto es Guayaquil, exPerla del Pacífico, un puerto que parece una isla aunque se ubica en un golfo y nació de un cerro que los aborígenes llamaron:

Loninchao. Morada inestable de millonarios y santos mendigos de espíritu afanoso, donde ahora la última fiebre de un árbol hipnotiza los recuerdos, para entregarnos la cinta, con un final mejorado, que ha sido requemada.

Guarida de guerreros descabezados y, desde ahora, basurero del pacífico sur, donde ninguna pandilla de bucaneros llama a la puerta. Si aquí hoy alguien despierta es de milagro y lo hace arrastrando un pie junto al otro. Así vamos dejando de ser materia en fuga o ideas apesadas como hervidero de gusanos cerrando el horizonte.

Adscritos al movimiento global. Mi hijo y yo, cuando desayunamos encerrados, cuando miramos la televisión encerrados, cuando dormimos

encerrados y con miedo, estamos adscritos al movimiento global,
compartiendo el agua caliente y ciertas rutinas de evasión
que igualmente nos dejan llorando.

Históricos, deprimidos y suspendidos entre dos vidas esperando por
la noticia del pariente muerto o agonizando. O porque finalmente

aparezca la fiebre encapuchada a despedazarnos entre cuatro paredes
con un hilo de palomas muertas atadas al cuello,
soportando un modo de soledad y compañía insólitos.

Mientras en cientos de ciudades en este preciso momento hay fosas comunes.
El 2020 será recordado como el año en el que muchos gobiernos del mundo

se pusieron de acuerdo y actuaron como los nazis: quemando cuerpos, extraviando
cadáveres y ocultando cifras reales. Aunque para el día de mañana, quiero decir,
cuando amanezca, los puentes se caigan y las ciudades terminen sumergidas.

Nada volverá a ser igual.

Aunque esos muertos regresen a la vida, nada volverá a ser igual,

aunque la luna desprenda una tela espléndida por donde bajen
esos cuerpos como figuras de un tarot obscuro, asolando gemidos.

Nada volverá a ser igual.

Nadie volverá a tomarse de la mano mirando en silencio nuestra modernidad,

reapareciendo en autos y hoteles de lujo, o en estaciones de metro donde milita
el espectáculo de los telespectadores y su oficio con montones de frívolas citas
que devoran su parte más humana.

Nadie volverá a hacer el amor con la luz apagada por temor a que ese cuerpo
de pronto desaparezca;

nadie volverá a cantar una canción en su mente para que nadie más pueda oírla:
la soltará con rabia, como un huracán, hasta que estallen otros tímpanos y otras
córneas necesitadas de ese incendio.

Nadie volverá a mentir mirando fijamente a su víctima. Decir la verdad se convertirá
en una necesidad de recuperar la sangre;

nadie volverá a estornudar sin recordar a sus muertos, sin perder la mirada en los
muebles y lugares dejados por esos cuerpos trasapelados.

Derramando otra vez lágrimas y persiguiendo el amor como un superviviente
con la piel completamente quemada, liberados ahora sí del peso de la tierra,

de la hipocresía y los modales paralelos, de las ceremonias y sus rechonchos
y verdes embustes.

Macheteando el viento con el pecho caído;

atravesando túneles sin dios en sandalias y con los bigotes y las melenas plateadas
y desesperadas;

llenos de afecto, pero radiantes como el exceso de defectos, como la ignorancia
y su espejismo alojado en la tráquea;

como un mercado donde aparecerá la basura y será repartida entre mendigos
que romperán las ventanas y dialogarán con los grillos y las cucarachas
y se alegrarán por tomarse finalmente de las manos llenas de salpullido.

Volveremos solamente así: ciegos para fundar otra vez una tierra llena de pena;
deformes por haber sobrevivido lavando cristales;

culpables por haber sobrevivido lavando cristales y mirándonos hacia adentro,
donde desde ahora reposa la nieve y un extraño sinónimo de resistencia;

agradecidos por no haber sido nosotros los sacrificados de la especie.

Freddy Ayala Plazarte

Ecuador (1983)

Texto finalista del XVI Concurso de Poesía Universidad Autónoma de Madrid (2016).

Almanaque encontrado en la noche fría

Era tiempo de cruzar los puentes
y de guardar aquellos atardeceres
que fingieron apagarse entre la ceniza

habíamos olvidado en los rieles la sinfonía de los trenes
¿cuánta historia en los zapatos?

Y la lejanía de una palabra desarticulaba el lazo que unía los sombreros
el viento recogía la última pisada que el perro husmeaba
antes de levantar su sombra
Solo la calvicie reunía a los habitantes del atuendo
que postraban el labio en la boca de un jarro
mientras el agua
cautiva del tiempo
resbalando en los milenios

Y nos hincábamos en el trigo para escuchar
el quejido de los cuernos
y en la temporada del ocaso fuimos al río a quemar nuestros huesos

el océano todavía empujaba las pelucas hacia el madero de un muelle
donde confundía los gritos que daba una madre:
ella abandonaba su morada
para marcar la mollera de su hijo con un trébol
y en sus pezones el viento amamantando antiguos cuerpos

Era la penúltima noche que escampamos en el ciprés
y nos preguntamos:
¿cómo averiguar por el reloj de las piedras?

Una tarde más en la sangre de un amuleto
imaginando la historia de los puntos cerámicos del aire
la chamiza y el rito de la fogata anunciando las doce horas en el mármol

Un anciano dibujaba con el bastón las vocales
que sus hijos olvidaron en la pared
y en el ambulante
hacía canciones para el grimorio de los astros
su voz cada día se perdía en la distancia del sonido
—aquellos recipientes de la memoria—

Y las mujeres atravesaban las tijeras en sus trenzas
escribían con incienso cada página del mar
al pie de un tabernáculo estaba una época para sus sentidos
ellas permanecían en las cebadas
mientras un pájaro deletreaba las veces que la luz demoró en sus memorias

Pero el frío desintegró los carrizos de una cometa
el silencio alejaba sílabas del agua
atrás de las murallas ya no escuchábamos
el veterano rezo de la abuela
que agitaba sus edades en los mullos
y la vejez de sus manos se consumían con la leña

Anochece en las carátulas de arcilla
la piedra levantaba cuatro señales del viento
y los cuerpos relataban un presagio
muy cerca del metálico candado
un molino que se llevaba una letra a sus adentros
una historia con el sinsabor de un siglo

Y lejos de la eternidad respiramos los pelos de una criatura
en aquel instante del agua
tallando una y otra vez ángulos en el alabastro

Nos quedamos en la torre
para invocar en las estrellas que los ancianos acudan a la puerta
a pesar del silencio
a pesar del espejo
a pesar de la historia
la piedra había dejado de ser piedra

sin embargo, aún no comprendíamos:

¿por qué las pulgas retornaban a la mueca de un naipe?

Y los sacerdotes

—ante la temprana despedida de sus canas—

iban por la tierra desviando con el índice

el trayecto de un número

entre sus escritos un escarabajo que desmigajaba páginas del éxodo

ellos ya renunciaron al otro nacimiento de las voces

Era el principio de la luz un coágulo de gracia en el espejo

la sinfonía que callaba al tiempo

¿Acaso había residencia para el sentido en el estuche de paja?

¿Cuántas veces un mirlo intentó sacudir su angustia en el tumbado?

Y no tuvo más remedio que evanecer

con el desgano de pelusas

Los padres del saber olvidaron las sandalias en la hierba

y se acostaron sobre rieles

—cuando la gente vomitaba arena—

para escribir en el álgebra las cifras del misterio

habían madrugado a recoger de la tierra sus edades

y cuando se terminaba de contar una historia

soplaban fuerte a las mazorcas

estaban sus dientes cubiertos de ceniza

cayéndose por la fuerza de sus voces

con sus encías atravesaban la moldura de los panes

El fémur era un profeta antes de llegar al hospicio

ellos refugiaron la memoria en los trajes de una estatua

En aquella temporada continuamos en el muelle

deshilando el atuendo de las mujeres

que lavaron sus pies hasta el amanecer

el mar bendecía los cuerpos que entregaron un grito al tornasol

durante las noches buscamos

refugio en la costilla

y a veces preguntamos en la geometría de las conchas:

¿dónde habitaba el rastro de los padres del saber?

(¿por qué escondieron la naturaleza muerta de sus manos?)

Julia Isabel Avecillas Almeida

Ecuador (1982)

Ella

Sueña que camina desnuda
sobre los silencios que habitan
agujeros negros de la noche.

Cicatrices dibujan sus voces.
Están al otro lado de un reloj en llamas.
Son los párpados de la memoria,
pieles que cubren con sudor la ira.

El pasado es una sala de espera.
Allí, sobre la cama,
autopsias de palabras:
ser fragmentado.

Vuelve de las jaulas y sus templos.
Cuando el despertar
nos viste de azufre las entrañas.

Cueva

A Beto

Soñar
en ese hogar donde los cuerpos aún existen.
Música nos golpea hasta la sangre.

Allí,
quedan cicatrices de piedras que se extinguen,
hojas que caen sobre un río muerto.

Criaturas nos aferran
como felinos sobre el tiempo.
Eres de la noche y también de la mañana.

Los que quedamos,
recordamos el plumaje de la muerte.
La memoria es un niño
que nos llora en su ventana.

De llamas es el viento.
Oigo el canto que se encripta,
desnudo e inalcanzable en el palacio del silencio.

La soledad despierta este lenguaje.
Inmóviles de vacíos, nos inunda.

No hay gritos ni cantos,
solo espejismos
de una lápida de reencuentros.

Nafragio

Sucede que la noche y sus chillidos
al fin mudan en palabras.

El mar,
áspero como el miedo,
se abre a su parto violento.

Revelaciones dicen de un grito sin olvido.
Abandonados despertamos, musitamos.

No necesito del exilio.
Escribir es otra forma de estar muerto.

Pedro Mujica

Venezuela (1974)





Omar Balladares

Ecuador (1979)

«Humanistas divergit» forma parte del poemario *Oficio de lobos* (inédito), «El último lobo de la isla de Honshu», «Mi padre me contó de los secretos instantes», «Quiero hablar de esa poesía recostada» y «Yo era redondo» de *La sal del tiempo* (2019), y «Permanencia de la espuma» y el poema dedicado a Rodolfo Häsler de *El diseño de la espuma* (2012).

Humanistas divergit

Amenazados viven los hombres
por un invisible mal
no es la peste del nuevo siglo
ni el castigo de algún dios rencoroso
es el vano intento de la tierra
por librarse de nosotros

Llegamos al punto de no retorno
cuando nuestro ego se vuelve en nuestra contra
Ahora permanecemos expectantes
temerosos de respirar
huyendo más que nunca del tacto de los otros
como bestias esquivas que resguardan su existencia
gracias al instinto que la naturaleza les da
Y nos refugiamos
cuidando de los débiles
preservando nuestro legado

Nuestras selvas no podrán protegernos
vano cemento que ahora es panteón
hogar y urna donde hallaremos la muerte

De la masa fauna es ahora el mundo
como debió haber sido
cuando los mitos lo pintaban rebosante de vida animal
de ellos las vías, los bares y centros comerciales
de ellos los bancos, parques y museos
de ellos el tiempo que nosotros solíamos gastar

Mañana
cuando todo esto acabe
saldremos de nuestras cuevas
más salvajes
más hambrientos
Mataremos con renovado placer
para recuperar eso que perdimos
aquello que dejamos en pausa
y que el mundo intentó cambiar
Eso nosotros llamamos
humanidad...

El último lobo de la isla de Honshu

Quitaron el verde follaje de mi vista
y lo reemplazaron con la aridez que provoca la mano del hombre
Han crecido como yerba
se extendieron más allá de mis predios
lo consumieron todo con su instinto de avanzada
Desde la distancia los veo segando y quemando mi historia
los llanos donde me detuve y descansé
el inagotable río que sació a mis hermanos

Una a uno vi su sangre huir
las heridas del miedo y la incomprensión acallaron nuestra cálida voz
se dijo que portábamos un mal
un daño que afecta más a los hombres
y los vuelve imprevisibles
nerviosos
violentos

Tal vez sea este el último sol naciente
mañana formaremos parte del mito
Brochazos en los pergaminos dirán que poblamos los bosques
que fuimos imponentes y portadores de un buen augurio

pero eso será mañana
cuando se den cuenta de su mal

Soy lo que queda de mi casta
el último lobo de la isla de Honshu
legítimo heredero de las tierras de Shikoku y kyushu
patriarca de los míos
guardamemoria de mis ancestros

Ya no tiene sentido correr
buscar refugio
esperar la paz que provee la noche
Quiero que vengan
que hallen mis cosas
que saqueen mi casa
que me busquen con fiereza
Así sabrán al encontrarme
que yo enfrente mi rabia
con valor y entereza
con más humanidad en mi alma
que en sus feroces corazones

Mi padre me contó de los secretos instantes

en que las aves afirman sus pies en los troncos de los árboles
en una absurda pretensión por hacerlos volar
colmando de plumas sus brazos,
aligerándolos con la eliminación de sus frutos,
solicitando a los vientos que también hagan su parte.

Mi padre me dijo que la misma tierra, en un acto de incoherente fe,
cederá ante el pedido de sus hijos volantes,
... pero todo esto resultará en vano, si uno de esos árboles no se quiere elevar.

Mi padre lo supo siempre
y por eso yace ahí en la pendular espera del árbol
que se anime para ayudarlo a volar.

Quiero hablar de esa poesía recostada,

de aquella letra que duerme y que se arrima en las cálidas esquinas del amor...
pero no el mezquino amor del hombre.
Hablo de esa poesía que respira entre las hojas y se arremolina excitada cuando una mano la toca
y se despierta ella violenta,
exaltada,
como tirada de un hilo que enciende la máquina,
ese artificio que en todos duerme y no nos corresponde ponerle un nombre.
Porque es verdad que todo empezó primero en el sueño,
pero nos imaginamos despiertos,
escogidos por un ajeno afán,
pretendiendo ser dueños de la tinta que todo lo nombra y lo define
y no sabemos que estamos vivos solo en el momento en que somos leídos.

Yo era redondo

Sí, como un personaje que evoluciona
no como el tiempo que persigue su cola
Era claro
preciso
De mí se admiraban por mi concreción
mi palabra exacta se leía
fui una voz de importancia suma

Hoy, me enfrento a infértiles planos donde solo crecen deudas
facturo mi ropa y alimentos
proyecto mis ingresos y pérdidas
Hago todo eso que se debe hacer
para mañana salir con las justas
¡Qué dirán los lectores de mí!
Pensarán que me estoy quejando...

A Rodolfo Häsler

Recorrí la faz primera
del culposo terreno que liberó nuestra mordida
Allí conocí tu sexo introvertido
huyendo del reciente saber de nuestros males
Lastimé tu antigua herida
con el curioso afán de mi mano
y en el embate permitiste que el ataque perdurase
en atenta indiferencia de mi esfuerzo invertido
Hospedé en tus entrañas al asesino
que inscribirá en sangre a nuestra prole
de auténticos creadores de versos defectuosos
que deberán sacrificarse por el bien de nuestras culpas

Permanencia de la espuma

Lavaste mi espada con la glicerina de tus manos
y sosteniendo el cántaro con el líquido instrumento
purificas mis actos
reafirmando las muertes de las vidas que transporto
Recoges mis vestiduras
acariciando el protector peto
tus manos palpan la cartografía de mi cuerpo con el derecho que te enviste
Realizas un inventario de mis heridas
tu dedo cuenta las marcas en la dermis
humedeciendo al tiempo con tus labios
los vestigios de mis antiguas luchas
Bautizas mi boca con tu versátil boca
a ella solo acceden los que por ti son amados
por lo menos
quienes consumen fluidamente tus ardidés
Dejo el predio-lecho que gestionas
quiero volverme y pedirte que te rindas a la juiciosa solicitud de mis deseos
por convertirte en mi eterna carne
pero entiendo al ver el cerrado espacio
que otro héroe buscó en ti la sanación de sus heridas
y la calma de las desdichas
que tú sabiamente sabrás alejar
con un verso-beso de tu boca

Verónica Neira

Ecuador (1987)

A Sebastián

Sus brazos encierran mi alma
y un segundo después la dejan libre.

Intento volver a creer,
a verme más lejos,
a sentirme apta, real y posible,
no un faro a media luz.

Me veo reflejada en sus ojos,
en el infinito de sus ojos,
con todas sus posibilidades latentes,
y pese al pánico de la soledad
(nunca más compartida)
me rezo, sí, a mí misma,
para ser eso,
para ser yo en él,
para ser yo para él,
para encontrarnos siempre,
tan solo porque sus pequeños brazos me abrazan el alma
y la dejan libre.

No logro encontrarme,
me veo entre tus piernas a veces
y me llamo.
Suelto una a una las palabras,
no aprieto las manos
y sueño...
Sueño que corro, que salto,
que empieza y vuelvo a nacer.
Recorro tus hombros,
pero no me quedo,
no me sobran las ganas.
¿Cómo sentirme en la ausencia?
¿Soy yo, sin vos?
Susurro mi nombre para recordar el camino,
para entender cómo corto el aire,
cómo mantengo la cabeza
mientras camino hacia la puerta
y huyo.

Sebastián Ávila

Ecuador (1991)

Odisea en el sofá

En el centro cuelga un cuadro, es la fotografía
de una ventana que da al mar,
—quisiera hundir mi cabeza—
en sus blancos sollozos fillos,
resbalando por el azul de sus olas;
en el sofá no hay tanto lugar para la soledad.
Sé que en la inmensidad de esta noche
la tierra arroja un resplandor,
una luz que revela la imagen del miedo.
Espero que, al hundirme, mi desgana se alce...
como galaxia ácida
recorriendo todos mis nervios
convirtiendo a mi cerebro
en una supernova
¡efervesciendo!
Tal vez eso quiera Dios,
antes de que apague las velas
y me duerma en el sofá.

El peor de mis poemas

¡Aquí te traigo el huérfano de una noche nefasta!
Desplumado, con su ala que sangra y que ennegrece,
cojo,
bajo el zapato de un niño,
tumbado en el césped de tanta hambre.
Para ti mi peor poema,
el que reza,
después de haber participado en una orgia
y va a misa los domingos.
El castrado que se esconde en el vado,
junto a los sueños perdidos de un indigente
viviendo con un gato y listo para saltar,
el peor,
el encarcelado en algún camino perdido,
divagando con prostitutas,
el sobreviviente de octubre,
el que lastimosamente
hoy he besado.

1985

Estoy borracho y he huido más de diez horas,
la mirada se extiende serena
en el límite indeciso de la madrugada;
la infancia adorable de los bosques queda atrás.
En mis convicciones íntimas
—existo sin saberlo—
hace tiempo que el tiempo es el mismo;
hasta la angustia pierde su brillo.
¿Acaso es un principio de debilidad?
mis pasos manchados,
mi ~~sombra~~ perdida en las esquinas;
todo humano es una máscara vacía.
Soy un sobreviviente de Febres Cordero,
padre de ocho gatos. O lo que es lo mismo: de ocho muertos.
1985 fue un año duro. Tan duro como el cadáver de un niño sin nombre asesinado.

Fumémonos

A Mónica

Tenemos tanto en común,
como el rocío que se evapora
cuando el alba hunde sus dedos
en el rostro carcomido
del alcohólico que duerme en la calle.
Como un delito,
de palabras vacantes y cuerpos sombríos,
—fumemos yerba, mi amor—
así todos los silencios cobrarán sentido,
seremos felices,
los vecinos hablarán de lo bien que nos veíamos fumando.
Destrozaremos nuestros cráneos,
como enfermos mentales
que no distinguen las letras
de los sonidos.
Y cuando se acabe la yerba
moriremos, mi amor,
porque el acto de fumar yerba
es lo único que puede darme la sensación de existencia.
No volveremos, mi amor
y la yerba para entonces ya no será una metáfora.

Juan Fernando Auquilla Díaz

Ecuador (1973)

El vuelo de las libélulas

I

Mientras las libélulas giran en un instante
y cambian de dirección hacia el extremo del universo,
se inunda de luz el espacio, pequeñas luces,
miles de miradas.
Me tragas entero con tus pupilas
y no encuentro el segundo preciso para decirte quédate,
no es hora de partir,
quédate.
Mírame, no dejes de hacerlo,
yo seguiré, caminando lentamente, mar adentro,
voy dentro de ti y persigo las volutas que dibujan las alas traslúcidas
me balanceo en ti,
me equilibrio en un aleph construido con nuestros anhelos.

II

Llegas en forma de alas que ingresan en sueños
alas perpendiculares que cambian mis recuerdos en un instante
llenas de colores mis ojos cerrados.
Cierras el tiempo y cambias de forma
libélula acuática, aguja del deseo...

III

Tu cuerpo iridiscente se balancea en el viento
y se posa por una eternidad en un ángulo plano.
Renaces para siempre en esta combinación de luz, vuelo y agua,
transformas todo, te evaporas
y te fundes en la luz que se esconde y se hace la noche.

IV

Tus alas en forma de boomerang se reinventan,
vuelven siempre al lugar desde donde iniciaron su recorrido;
me pierdo en ti, como cuando miras la pupila de un felino inundado de luz
o los ojos de una libélula que te retratan de cuerpo entero.
Tú, vuelo infranqueable, recorrido en espiral,
conduces los anhelos hacia una flor que reposa sobre el agua.

V

El sol descansa por un momento,
inmenso campo de libélulas
energía, fuego, sombras,
silencio, silencio, silencio...
zumbidos edificados con deseos, colores,
los pasos y las alas siguen la luz.

Aleyda Quevedo Rojas

Ecuador (1972)

Dijeron

Soportar es todo. El cielo vacío que te otorga la quietud imprecisa. El movimiento íntimo del mar en calma. Las corrientes frías masajeando las piernas. Los mordiscos de algunos peces que te alertan sobre el poema cuando requiere atmósfera de silencio. Dominar la rutina de la noche y su tejido. Dijeron que no podía llegar hasta aquí, que nunca lo lograría. Quietud interna flotando desde el silencio interior. Dijeron que no lograría hacer el poema, entregarme en el poema, pero aquí estoy, respirando palabras y proverbios bajo el agua. Soportar es todo, hasta escribir dentro del agua, desde el desgarramiento, solo para sentir que eres más agua.

Brillos

Agua oceánica persevera en mí. Dádiva que recibo en formas de cloro y sodio. Y cuando en otro brillo moje mi cuerpo, el deseo habrá pasado certero sobre las palabras 'amor', 'plancton', 'libertad', 'magnesio', 'incertidumbre', 'paciencia' y 'sílice'. Agua desbordamiento físico, químico y biológico hasta volverse silencio que te deja ser. Digamos amor líquido. Desatar las palabras. Algo como heredar de los peces la indiferencia y el lenguaje no verbal.

Geología

Deseo es mojada lengua. Posee espinas. Gránulos de limón que se diluyen en cada beso y llegan en avalanchas a la espalda y de ahí al círculo de mis rodillas. Muerdes-chupas lengua salada hasta cansar mi corazón. Es un limón explotando a través de la capa de un suspiro. Un fresno verde se agita con el final del día. Algo se esconde entre sus hojas. La geología granulosa y delicada de mi turbación por ti me saca de la pecera sucia y real. Ya no quiero salir de la cama y la egoísta que me posee evade el deseo de regresar. Muchas transformaciones tallan a una nueva egoísta que intenta atravesar los ventanales del deseo. Capas mojadas de sal definen mi nuevo cuerpo hecho de injertos de otras pieles. La egoísta se desborda. Se zambulle en las hojas del fresno. Lleva lunares en toda su piel y nada convencida de su deseo en la tensión vigorosa de aguas profundas.

Ámbar

Enjambre de agua, eterna en su no huella. Duda líquida y abierta al fluir. Profunda inmersión del goce. Arriba o abajo, el lugar de los dos, aunque nada de eso importe ahora que tomamos el baño perfumándonos con esta resina. Entrar en tu cuerpo y encontrar el ámbar, un ejercicio de buceo sin el equipo adecuado. Da igual si estás arriba y yo abajo, o los dos suspendidos en el agua tibia y azulada de la tina pulida. Lisura de mi piel. Relieves en tu cuerpo. Flemas transparentes de un árbol sin nombre. Espuma que torna sinuosos dos cuerpos que no saben de dónde vinieron para encontrarse. Romero y pétalos perfumando el agua ya casi fría del vidrio molido que lo torna todo de un verde que erecta. Norte en tus pulmones y el sur queda debajo de mis axilas. Porcelana y fibra de vidrio, líquenes blancos y algo de aire alcalino que llega desde otra profundidad. Dos cuerpos secan al sol incalculables gotas. Los dos se miran sabiendo del fulgor del ámbar. Teoría y práctica furiosa de un hallazgo sobre la piel que saca humores gélidos del corazón.

Mecanismo

La arqueología del deseo parecería explicarse dentro de un mecanismo en cadena: pulsión-emoción-deseo. Un mecanismo similar al del viento frío de la montaña cuando te levanta el cabello. El punto es que la palabra 'deseo' ingresa en mi casa gradualmente y devora puertas y bisagras. Araña muebles y se entrelaza con las hiedras del jardín. Da terror el deseo, es frío. Ingresa con una furiosa patada. Complicada pulsión desprovista de serenidad. Reverdece a las flores de verano, pero marchita a la sábila hembra del tercer jardín. He tratado de mirarlo como una metáfora emplumada, pero se ha vuelto la fábula predilecta de mis sentidos. Lo toco en las hendiduras de la casa y en los pliegues de las alfombras. La palabra 'deseo' es imprecisa para definir 'pasión', aunque brille y se escurra avanzando hacia el mar. Resulta aún peor entrelazarla con el tiempo futuro y el del olvido. Ahora solo confío en que la palabra 'deseo' me permitirá desarmar y volver a armar mis propias emociones expandidas por toda la casa. Da terror el viento helado alzándose con deseo. Es un animal buscando casa, a la caza de mi cuerpo. Buscando la cavidad tibia, mojada y desconocida donde anidar.

Deseo

Cuentan que Safo saltó al vacío desde el acantilado de Leucas. Mordió los labios y a su respiración un torrente eléctrico acompañó su cuerpo tibio y desnudo. Sin pasiones, piedras o catástrofes de dolor, se zambulló para buscarse en el mar. Lejos del fulgor del deseo, muy lejos del lugar del dolor dulce, amargo, miel indefinible, agria miel.

Los griegos

Otorgar favores y no enamorarse. Engarzar lenguas con temblores, arcadas con rubor en el rostro. Algunas flores diminutas con sudor de entrepierna. Mantenerse dueña de ti misma. Autocontrol de las emociones y de los estados del cuerpo. Los griegos y los hindúes lo dejaron escrito con letra que persiste. Eros sin amor, pero se requiere un alfabeto especial que el alma-acertijo debiera aprender. Un alfabeto del agua, muy sutil murmullo, que no encuentra aún, quien lo invente.

Carlos Bernal

Ecuador (1994)

Blanca

Con el paso del tiempo el cuerpo se vuelve lento, pero no es motivo para dejar de hacer lo que amas.

Para mi madre
15 de noviembre de 2020





Gabriela Ruiz Agila

Ecuador (1983)

Pie caído

A pie pelado, como lo hacen todos los animalitos de la selva, atravesé el corredor y pisé dos escalones. Del dormitorio a la cocina, hay catorce escalones. Solo voy por un vaso de agua y sigo escribiendo, pensé. Me solté el cabello. No consideré que ese gesto representara ningún desenfreno. Al tercer paso, un eslabón fantasma enganchó mi pie. ¡Si alguien me detiene, yo me suelto! amenacé como fiera.

Es un día común de humedad del trópico, de lianas transparentes colgadas desde el techo, de monos capuchino sentados a la mesa. Los invito a desayunar de vez en vez. Pero sigo atorada en el tercer escalón. Este pie ya no responde. En un rápido reflejo, estiro el brazo derecho para agarrarme del pasamano. Lo alcanzo. Una flecha sin *curare* me atraviesa la clavícula. No la veo, sin embargo, me agujijonea. Me apoyo con la punta del dedo gordo del otro pie buscando el equilibrio. Al mismo tiempo, siento el peso de un tronco aplastándome el pie derecho y volviéndolo papilla.

—¡Pie caído, carajo! —me grito con profundo rencor.

Estoy cayendo por la escalera como un bebé que aprende a caminar. Mi debilidad me resulta insoportable. Hace tres meses deje de escribir. El gobierno declaró estado de excepción el diecisiete de marzo, por segunda vez en menos de seis meses. Los policías y militares patrullan las calles para hacer cumplir el toque de queda. Entre las 05h00 y las 14h00 se permite la circulación y es todo el tiempo disponible para resolver necesidades: ir a la farmacia, abastecerse de alimentos y «ganarse» la vida. Dejé de caminar y perdí la agilidad en mis movimientos. Mi propio cuerpo debe sostener el árbol de la vida, y entonces, ¿caigo por las escaleras?

Llevo seis meses en confinamiento. Un virus respiratorio asfixió a miles de personas. Aunque expliquen los médicos que el SARS-CoV-2 es un virus que se transmite en las gotículas de saliva, siento que, si respiro, tragaré un túnel de posible terror. Es como si un sabanal negro se enrollara y saliera de la boca, árido y lleno de depredadores. La movilidad la reduje a pequeñas incursiones al jardín, a la ventana frontal de la casa y hasta el estacionamiento comunal. Esa es mi gran hazaña sabatina y para la que preparo mi mente y espíritu, siete días a la semana.

El estacionamiento se encuentra a cien metros, la misma distancia de una competencia de alto rendimiento en natación para atletas olímpicos. Soy solo una humana hambrienta y atravesaré esos cien metros. Justo enfrente del estacionamiento, hay un control de la policía metropolitana y un pequeño parque. Todos deben llevar mascarilla puesta. Son las disposiciones públicas. Todos somos un arma biológica que puede apretar el gatillo contra el otro.

De camino, encuentro una pareja tomada de la mano portando trajes enterizos que cubren desde la cabeza a los pies. ¿Una raza afectada por el calentamiento global, la radiación, el capitalismo de vigilancia? Mi mente divaga en la escena del *Planeta de los Simios* (1968) que vi en la televisión cuando era niña. Humanos deformados por la explosión nuclear en las ruinas subterráneas de Nueva York adoraban a una bomba como si fuera un dios. La Estatua de la Libertad estaba hundida en la arena de la playa. Me llegan estos recuerdos desordenados para componer una canción de cuna que cantarle a «mi niña» mientras avanzo.

Yo necesitaba estar ahí, por supervivencia. Salí a comprar alimentos, no comida chatarra. Los sábados son de feria y doña Joselina llega desde Guaytacama con un camión lleno de verduras y frutas. Doña Joselina cultiva su propia huerta en las montañas de la provincia de Cotopaxi a 78 km de Quito. El trayecto dura una hora y media vía Latacunga. Primero pasa por el Mercado Mayorista para completar la carga y mejorar la oferta. Ese es un riesgo que se cobra extra en el precio de la comida que llega hasta costar el doble de lo habitual. Se acabó el regateo.

La tercera semana del confinamiento en abril, hice fila desde las 7h00. Fui de las primeras en pasar a la tienda improvisada con cuatro palos y plásticos en el estacionamiento. En veinte minutos, intenté repasar la lista: zapallo, papas, apio, tomate, aguacates, huevos, manzanas para colada, queso, verde, maduro, espinaca. «¿Tiene uvas? ¿Cuánto cuesta esto y el otro?». La lista papel se perdió en alguno de esos momentos en los que me puse y retiré los guantes de látex y cargaba el alcohol al 70% fuera de la bolsa. No puedo tocar sin desinfectar. El tacto. El virus. ¡Dejen de acaparar!, gritan mis propios vecinos hacia las carpas.

Señores, les pido respeto y calma para mi madre. Todos podrán pasar a comprar. Mi madre corre muchos riesgos para traer comida, dijo en voz alta la hija mayor de doña Joselina. Por un segundo, temo que el instinto de supervivencia que reside en el hipotálamo, active al simio primitivo que habita en los hombres que son objeto de la mercadotecnia y las campanas de McDonald's y Coca Cola. Al verse desabastecidos, ¿qué serán capaces de hacer? Miedo. Agresividad. ¿El hambre es la principal motivación para la supervivencia? El hambre frena la sed y el miedo a los

depredadores. Es lo más cerca que estoy de pelear por comida por primera vez en mi vida. Los policías nos vigilan armados.

Doña Joselina usa un sombrero negro de paño y ala corta. Se acostumbra también en su tierra llevar poncho tejido de lana de borrego. Poncho rojo. Fue de Cotopaxi que, en octubre de 2019, llegaron cientos de familias indígenas a protestar a la capital y sumarse al Paro Nacional. La eliminación al subsidio de los combustibles en Ecuador detonó la movilización social liderada por los pueblos indígenas durante once días. Siete muertos, 1340 heridos, 1121 detenidos reportados por la Defensoría del Pueblo, 1152 detenidos, 108 policías heridos según el Ministerio de Gobierno y 115 periodistas agredidos. Ese fue el primer estado de excepción al que nos sometieron.

La policía asedió a las familias que se congregaron dentro del Ágora de la Casa de la Cultura con gas lacrimógeno hasta la asfixia. Mujeres, niños. Socorristas. Mujeres, niños. Voluntarios separando ropa y organizando alimentos. Mujeres, niños. Estudiantes de medicina. Mandiles blancos ondeando en palos de escoba como banderas pidiendo paz a la policía. Fuera del Ágora, el parque El Arbolito y las calles aledañas son un campo de batalla ennegrecido por las sucesivas explosiones durante siete días. Hombres muertos. Cuerpos vivos sin un ojo por los impactos de las bombas lacrimógenas en el rostro. Ahora, en plena pandemia por COVID-19, debemos hacer fila para que los indios del Cotopaxi nos den de comer.

Yo necesitaba estar ahí. Fui como voluntaria y servidora pública ese 10 de octubre hasta el Ágora de la Casa de la Cultura. Voy también como poeta y cronista de historias de a pie, aunque disguste. Ese día un gran enjambre humano se formó dentro del recinto, que, poco a poco, ocupó una a una las butacas del teatro y es probable que haya rebasado la capacidad de más de 4500 personas. Cuando se pronuncian los nombres de los muertos en el altoparlante, un gran llanto se levanta como un zumbido ensordecedor. «Segundo Inocencio Tucumbi Vega y José Rodrigo Chaluisa». Eran dirigentes indígenas y murieron en las manifestaciones por impactos de arma y golpes. Esta es la otra lista que memorizo: papas, choclos, zapallo, alcohol en las manos, el vuelto, los jóvenes que cayeron del puente de San Roque esa misma semana (José Daniel Chaluisa Cusco y Marco Humberto Oto Rivera) huyendo de la policía. Marco Oto tenía 26 años, un 80% de discapacidad y trabajaba. Ingresó en estado crítico al Hospital Carlos Andrade Marín donde le declararon muerte cerebral.

Las vi tomar sus cabellos trenzados con una mano y llevárselos a la boca. Las mujeres de Cotopaxi, se consolaban con su propia trenza, como

si fuera un pañuelo, una mazorquita oscura que desgranar. Y su duelo empezaba por su sombrero negro, y su rabia se extendía por sus prendas rojas. Lágrimas y collares de lágrimas. Grabé horas de discursos, pero me quedé con las lágrimas. Recibí un mensaje de advertencia por teléfono. Minutos antes había pedido, de forma pública, auxilio y solidaridad frente a un posible ataque dentro de la Casa de la Cultura. La señal del celular se bloqueó después. Apenas pude, yo también salí corriendo.

En el acceso que da a la Avenida 12 de octubre, los manifestantes detuvieron a un policía vestido de civil que portaba arma. Entre el enjambre y el miedo, encuentro conocidos. Los periodistas, los militantes, los defensores de derechos humanos. Sobre las veredas de la Avenida Patria frente a la Fiscalía General del Estado y el Hotel Tambo Real, hay vehículos pequeños y camiones con ollas grandes de comida y manos que no puedo alcanzar a contar repartiendo tarrinas y pan entre los transeúntes. Me voy porque me exigen lealtad a quien me da de comer.

Me siento en la silla giratoria de mi oficina. No puedo llorar. «Obediencia». «Gratitud». «Zona gris». El día anterior caminé aproximadamente 5 km del peaje al puente cinco en la Autopista General Rumiñahui intentando llegar a mi casa. Hago dos horas en transporte público de ida y otras dos de vuelta. Me reprenden. A las 17h00 frente al Hospital Militar, estoy en el autobús y escucho: «¡Son los indios! Apúrese señor chofer y rebáseles antes de que lleguen».

Hemos coincidido con la comitiva de Cotopaxi que carga con el ataúd de Inocencio Tucumbi de regreso a su casa. Coronas florales y las mujeres de nuevo en sus mejores galas, vestidas con chal de puntilla y falda hasta la rodilla, subiendo a los camiones que transportan los alimentos del campo a la ciudad. Siguen llorando debajo de sus sombreros negros y abrazan a sus hijos. Lolita, la oficinista, viéndoles por la ventana, les apunta y suelta una gran carcajada agigantada por el lápiz de labios rojo: «¡Pero, es que mírales! ¡Viajan como animales!».

Las muertes de los indios ¿qué tanto importan?, ¿a quién le importa?

Estoy cayendo... La variación de velocidad representa una amenaza mortal. Cierro los ojos. «Si me estiro, no me rompo», me digo. Esta es la primera vez que caigo por las escaleras y temo lo peor: un pie roto, un pie caído, un pie inservible. Escribo porque camino. Si tengo un pie roto ¿podré volver a escribir? No se escribe solo con los pies, lo sé. Se escribe con el cuerpo entero.

Estoy tirada en el décimo escalón. Reacciono. Muevo las extremidades. Me arrastro. Recojo el pie. Me miro: tengo un pie de elefante y otro de niña. No perdí la consciencia. Tampoco pude gritar. Ningún

desgarro, ningún desenfreno. Solo esta hinchazón y sangre oscura entre los músculos del tobillo y los tendones. Pero ¿qué es un pie caído? Un organismo que ha alcanzado cierta edad y cierto tamaño y necesita un soporte estructural como un árbol o un cuerpo humano para sostenerse.

El miedo atrofia manos, pies, corazón y el ingreso del oxígeno al sistema. Vuelve a los tropiezos en fantasmas. Y coarta la experiencia que un humano emprende desde niño para entender que hay lianas transparentes en el aire. Puedes descansar el peso de tu cuerpo en ellas. Se sabe que empiezan en un cuerpo y no tienen fin. Ahora tengo un pie de elefante y un pie de niña. Intenté agarrarme de las lianas que imaginariamente sirven para jugar a ser la criatura desnuda merodeando en la selva. Las mías, son páginas impagas. Momentitos de correr la cortina, de sentarse en la banqueta a llorar junto a don nadie, noches de cerrar los ojos en una fiesta para que brillen los fuegos artificiales y enciendan de nuevo las luces. ¿Quién sabe cuánto tiempo puede tardar el cuerpo en comprender que el dolor un día se acaba! El 7 de octubre de 2020, más de 141 mil personas se contagiaron de COVID-19 en Ecuador según reportes oficiales.

A veces quisiera volver a caminar sin zapatos... pero soy una niña con un pie de elefante. Solo quería un vaso de agua como quiero escribir. Soltar la imagen del ataúd de Inocencio Tucumbi que regreso a Cotopaxi. Dejar que se apacigüen las llamas de ese ataúd que arde al final de las escaleras de mi casa. En este resguardo de la vida común escucho el teje-voces, el tocadiscos, el telegrama, la telepatía, el Amor. Me regalé un escape unidimensional hecho a mi imagen y semejanza.

La pandemia hace arder más ataúdes. Una peste puede quitarnos todo el rojo de los huesos. Una peste nos ha estacionado el uno sobre el otro: apocalípticos. Es demasiada velocidad para el tiempo presente. Es demasiado entusiasmo para un cuerpo sometido a tres estados de excepción en menos de un año. Es la primera vez que me caigo y no me rompo. Es la primera vez que me animo a desatar el enjambre de rabia que me ahoga.



24 de marzo de 2020. Quito. Doña Joselina en el estacionamiento donde improvisa un puesto de venta de alimentos cada sábado. Foto por Gabriela Ruiz Agila.



10 de octubre de 2019. Ágora de la CCE. «Aquí estamos periodistas, niños, mujeres, socorristas y voluntarios. Es difícil, de lejos, experimentar la violencia de la policía, asfixia, muertos a palos. ¿Cómo se defiende la gente en el Ágora de CCE? ¡Rodeados!».



10 de octubre de 2019. Ágora de la CCE. «Opinar no es lo mismo que hacer reportería en la calle».

Fernando Ayala Arias

Ecuador (1983)

Pre-texto o crónica sobre la escritura de una tesis

...siento todavía, y sobre todo aquí, la usencia de una voz que hasta ahora me resulto indispensable; comprenderán que sea a mi primer maestro a quien hubiera inevitablemente querido escuchar... a él le había hablado en primer lugar de mi proyecto inicial de trabajo; seguramente, yo habría necesitado mucho que el asistiera al esbozo de éste y que me ayudara una vez más en mis incertidumbres. Pero después de todo, puesto que la ausencia es el primer lugar del discurso, acepten, les ruego, que sea él, en primer lugar, a quien me dirija esta tarde.

FOUCAULT²

Este escrito hace las veces de una especie de prefacio para introducir mi comentario, un comentario de aquello que hace algunos años fue escrito en lugar de una introducción de tesis. Este escrito no es el original de aquellos años, se ha visto modificado pero intentando mantenerse fiel a aquel cuya intención era explicar, en la medida de lo posible, los motivos por los cuales se había hecho investigación y escrito una tesis. Los motivos que sirven tanto de motivación como de temática para realizar un comentario y que están lejos de una *justificación*, en su lugar fue un intento de tomar distancia del ámbito académico. De ahí el nombre de *pre-texto* que años más tarde se convierte en una crónica para hacer aquello que más me gusta hacer: comentar la experiencia que se tiene con los textos.

La escritura de aquel *Pre-texto* tenía una doble función: *en primer lugar* la de adelantarse y preceder a un texto académico para aclarar a sus posibles lectores, si es que hay alguno que le interese leer *Un comentario foucaultiano. Lacan comentador de los textos de Freud*; en *segundo lugar* la posibilidad de pensar y escribir a pesar del espacio discusivo de la

² De *¿Qué es un autor?* (1969, p.8).

psicología y su saber supuestamente neutral que pretende impedir la toma de una posición política. Así pretendiendo adelantarme remarcar el interés que en ese entonces consideraba personal como toma de posicionamiento que me permitió interpretar textos y que luego el campo académico se encargaría de borrar.

En aquel entonces pensaba que el investigador no reproducía los discursos, que no eran ellos formas materiales de saber que hablan a través de nosotros sino que éramos nosotros los que usábamos el saber. Tras atravesar una experiencia de investigación-escritura de tesis me doy cuenta que por el contrario que se trata de un movimiento circular donde uno puede servirse de los discursos para hablar desde ellos y hacer uso de sus textos y autores. Esta suposición me hacía creer que los saberes se trataban de autores y sus textos como principios de autoridad que podían ser usados por un compromiso con uno mismo, que no se trataba tanto ellos sino de mis autores y mis textos. Ahora reconozco que hay un compromiso político debajo de toda lectura que marca una diferencia entre la literalidad y lo puede interpretarse en ellos.

Así la investigación que surge como la obstinada historia de una identidad que se repite a sí misma y me repite a mí mismo... la de una relación, mi relación con los textos y los autores... mis textos y mis autores se transforma en un dialogo con otros. La investigación es una *praxis* entre la teoría y la acción que saca de las interioridades del monólogo al presentarse ante otros para establecer el espacio de dialogo. Esta conclusión aparece con el ejercicio de investigación que lleva de nombre *El diario de hallazgo*, técnica que solicita comenzar a escribir con lo que se tenga a mano y que terminó acumulándose en un montón de hojas sueltas que van haciendo aparecer los temas de interés para el investigador.

La revisión de esos breves escritos tan fragmentados para conformar una gran unidad hizo aparecer un tema de investigación al repetir en cierto grado patrones y modificaciones realizados que se reescribían. Al pasar los pequeños y fragmentarios escritos en limpio estos comienzan salir de su cadavérico estado para cobrar un estado de vida propia. Muy a mi pesar y en contra de mi voluntad los escritos se modifican para perder su identidad y generar pequeñas diferencias respecto de los borradores que les dieron lugar. Mi lugar ocupado en ellos se modificaba al igual que mis lecturas sobre los textos, una lectura donde muy curiosamente parecía que me apropiaba de los autores para hacerlos decir cosas que jamás dijeron.

La insistente y obstinada repetición en mis escritos y lecturas parecía ser más un resumen y síntesis de lo que muchos autores ya proponían, es decir, una calca de lo ya dicho y escrito por otros. Así aparece

frente a frustración de repetir aparece la pregunta ¿Qué puede decir uno de un texto que no se haya dicho ya? Y de manera más bien sorpresiva y sin saber muy bien como apareció en *El orden del discurso* y *¿Qué es un autor?*, textos que ya había leído más de una vez, la posible respuesta: *el comentario*. Este concepto encierra una ambigüedad al repetir la literalidad y decir otra cosa diferente de lo que el mismo texto dice para disolver su identidad.

En la búsqueda por un tema de tesis me topé con el comentario como fenómeno discursivo, pero tal vez sea más atinado decir que el comentario se topó conmigo, en esa búsqueda para intentar sostener una de mis lecturas de mis textos. Así surgió la motivación y el motivo como la causa del movimiento circular de esta tesis para sustentar una lectura a partir de ciertos autores. Se trata pues, del uso del comentario como un pretexto para escribir a partir de ciertos textos haciendo un uso de los mismos textos como pretexto para comentarlos.

Este comentario, es un comentario de mis textos y mis autores predilectos, este escrito está enteramente influido por ellos y mi relación con el mundo, por lo que nada de lo desarrollado a continuación pertenece al posicionamiento que se hace pasar por neutral. El comentario es una relación pues uno elige ciertos textos y temas, dicha motivación hace las veces de pre-texto para introducir lo académico y pretexto para poder hablar de algo de un tema. El comentario supone un intento de fidelidad al texto pero igualmente hace aparecer una posición y voz propia, lugar que aparece difuminado y opacado por el saber del discurso académico. No quiere decir que todo lo que aquí se encuentra permanezca idéntico a eso que se suele llamar la obra de Foucault, Lacan y Freud; el uso de los textos y su comentario admite un recorte y variaciones en el sentido como apropiaciones del discurso.

El comentario establece una relación circular de selección, elección y estructuración de un tema que obedecen a la experiencia intrasmisible del testimonio. No de cualquier testimonio, se trata de mi testimonio y mi relación con mis textos y mis autores. El texto y su autor son empleados por el sistema de referencias da un valor cuyo fundamento radica muchas veces en el principio de autoridad. El principio supone ser sinónimo de saber y verdad para dar legitimidad a los argumentos sobre la tan desvalorizada y falseada posición del investigador que debe desaparecer. Finalmente la importancia por la investigación del comentario supone reconocer que no solo el discurso hace uso de los sujetos, de la misma manera los sujetos pueden hacer uso del discurso para dar testimonio de su voz.

El discurso universitario se ha preocupado tan exasperadamente de mantener la neutralidad del saber sin percatarse que se asume una posición, tendencia ha repercutido en sus modelos y formas de hacer investigación. La universidad ha olvidado, si es que alguna vez lo supo, que los objetos de investigación no están dados y que por el contrario es el mismo discurso el que los hace aparecer. No se trata del discurso en tanto una forma de saber del que habla sino del conglomerado de saberes más o menos homogéneos, lugar donde el sujeto habita ocupando un lugar y hablando desde su interior: el comentario revela al sujeto hablante y la relación de testimonio que tiene con el saber del discurso.

Esta tesis es un comentario que parte de los efectos que el texto ha producido en mí como sujeto, efectos que me llevan a la acción de escribir e intentar describir la resonancia que la que fue su testimonio. Esta experiencia intransmisible es el elemento que determina la interpretación y sentido dado a los textos, para dar cuenta hice uso del autor como principio de autoridad y sistema referencia. Así el comentario retorna a formulaciones para encadenarlas y hacerlas variar, despliega un sentido que no necesariamente se encuentra presente en el llamado texto de origen. Mi comentario, como todo comentario, parte del retorno a ciertos textos fundadores, pero se ve atravesado por una distorsión y para crear malentendido y hacer decir al autor aquello que no dijo.

La unidad del texto se fragmenta y se hace uso de ciertas partes de los para recortar y desaparecer otras, se intenta retornar y retomar una fuente para hacer aparecer una diferencia. El método del comentario y mi comentario no pretenden eludir ni excluir del todo el sistema inaugurado por los autores a los que se retorna, pero tampoco hay un respeto por su literalidad. El comentario y mi comentario revelan el vacío y la ausencia de sentido pleno del discurso, más que unidad hay imposibilidad de acceso al texto en sí mismo. El comentario es un recordatorio de que la unidad cerrada de la obra y el supuesto sentido pleno son mitos que pretenden dar cohesión a la unidad de la obra de un autor.

El comentario es un recordatorio de que el sentido pleno está perdido y solo quedan fragmentos, marcas e indicios que pretenden hacer unidad imaginaria: tejer relaciones para asemejar y a la vez resaltar la similitud artificial de su tejido. El estudio de este fenómeno no pretendía restituir el sentido dado por los autores en sus textos, no se pretendía sus sistemas de pensamiento petrificados dando vida nueva por medio del comentario. Si el texto es la carne que nos alimenta y leer es una experiencia incompleta y contemplativa que lleva a la acción como dice

Unamuno, no es el lector el que insufla vida al texto sino el texto el que infunde vida al lector. Al realizar un comentario uno habla de su relación con el texto y su autor como carne de la que se ha alimentado.

El comentario realiza un juego de similitud y diferencia entre lo escrito por su autor y el comentario que se hace del texto, el comentario se asemeja al texto y difiere a la vez. De la misma manera en cómo un discurso en tanto conjunto de saberes disciplina a un sujeto esta relación se revierte, el sujeto da vida al texto y subvierte su sentido. La imposibilidad de una transmisión total y su posterior subversión es usada por Lacan en su *retorno a Freud*: en un primer momento se revisan los conceptos creados por Freud; para luego ser usados al crear una teoría que cambiando el sentido dado por Freud a sus conceptos.

El fenómeno del comentario fabrica un *retorno a los textos* y el sentido de los conceptos dados por un autor para luego modificarlos haciendo decir al autor lo que no dice por efecto de la interpretación. En su *retorno a Freud*, Lacan crea un malentendido deliberadamente pues el retorno siempre se realiza a otro lugar, aclara el sentido de los conceptos en Freud para luego producir un cambio de sentido de los mismos conceptos en Lacan. Se trata de reconocer una relación de filiación genealógica que crea la alteridad de una diferencia respecto de dos autores porque sin uno no hay otro: Sin Freud no hay Lacan, y sin Lacan hay un olvido sobre Freud. Dicho todo lo anterior cierro el pre-texto que no termina, continúa junto con un deseo que se introduce en la escritura académica para borrarse y transformarse en lo que se demanda como una *Introducción*.

Así mismo soy generador de malentendido para hacer creer al lector de estas líneas que reproduzco lo dicho por otros, si creen que me limito a repetir lo mismo permítanme despejar un malentendido. Este texto reproduce lo mismo para producir la diferencia, me dispongo a crear una alteridad y cambiar el sentido de lo dicho por los autores que uso y que me usan. Estos autores que son mis autores y sus textos que son mis textos reproducen por semejanza y producen por diferencia porque son mi vida y yo soy su vida, mi carne y su carne me da vida y les doy vida. El efecto del comentario sobre mi escritura me obliga a expresarme en términos semejantes a los autores empleados, pero espero que similitud me alcance lo suficientemente para producir la diferencia. Si no soy capaz de desprenderme de ellos alegraré que se debe a la dificultad de hablar de, desde otros y de mi propia experiencia (que es otra) con ellos... todo al mismo tiempo.

Andrés Cadena

Ecuador (1983)

Bitácora con pelota, pero sin rumbo. Un testimonio

No encuentro en mi memoria la primera vez que me vistieron con una camiseta de fútbol ni cuándo empezó a gustarme el juego, de modo que siempre lo llevé conmigo como algo atávico. Algo que, además, tenía un carácter mitológico desde que supe que mi fecha de nacimiento, había coincidido —33 años después— con ese relato épico que se llama Maracanazo. Esto fue, para mi impresionable lógica de niño, un signo de que estaba destinado a vivir alrededor de la pelota.

En el barrio y la escuela, la expresión de esa mitología se manifestaba no solo en los numerosos nombres de los semidioses que componían nuestro olimpo (que además iba modificándose cada nuevo fin de semana), sino con la particularidad de que jugábamos a ser ellos; pelotear no era entonces una mera disputa deportiva, sino un modo de ejercitar el músculo del soñar. (No puede ser sino con esa mirada infantil, sentimental hasta la cursilería, que observo y vivo el universo que entiendo como *fútbol*).

Mi abuelo había sido arquero del Gladiador, antes de que el deporte se profesionalizara en el país y, luego, presidente de un equipo importante de Quito e incluso dirigente de AFNA (la Asociación de Fútbol No Amateur de Pichincha). Lo supe un poco tarde, en la adolescencia, porque en las tradiciones de los hombres de estas regiones, la cercanía o el parentesco tienen muchos matices y, sobre todo, silencios. Y aunque yo lo vi apenas activo y nunca en realidad atlético, desde entonces me imaginaba que sus manos blancas y pecosas estaban cubiertas por guantes (aunque, probablemente, en su época no se usaban). Muchos años después leería las conocidas frases de Camus sobre su experiencia en el arco³ y aprendí a reconocer la soledad del portero retratada en la seriedad de mi abuelo. Así que ese atavismo no había sido imaginación mía, sino que probablemente, en alguna hélice de la memoria celular, traía conmigo la marca de una de esas tardes de fútbol en El Arbolito cuando bajo una lluvia también legendaria mi abuelo atajaba un penal frente al Aucas, equipo entonces imbatible en el campeonato provincial.

³ En un testimonio llamado «La belle époque», Camus decía con desconfianza: «aprendí que el balón nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser siempre lo que se dice “derecha”».

Pero yo me hice hincha —en un momento también anterior a la conciencia— del equipo rival al de los amores de mi abuelo, porque toda tradición que se precie entraña su propia ruptura. Y, aunque por esas épocas logramos el campeonato nacional, tras derrotar contra todo pronóstico al poderoso Barcelona de Guayaquil (que ese mismo año fue vicecampeón de la Copa Libertadores), mi fanatismo no se fundó en las mieles de la victoria. Entonces la mayor parte de mis amigos decían ser barcelonistas y, cuando armábamos los equipos en el recreo, ellos siempre eran mayoría. Ahí me acostumbré a perder y a encontrar una cierta ética: el juego, en el fondo, no era contra los otros sino contra las probabilidades, que son siempre fatalmente negativas porque ungen a todos por igual.

Supe llevar mi fanatismo como un rasgo irremediable e íntimo y por eso nunca le encontré sentido a debatir sobre qué equipo es mejor, ni si alguien tiene más razones (llámense estrellas, estadio, cantidad de hinchas o años) para elegir a quién seguir. Nunca sentí que podía dar cuentas ni retractarme de eso que sentía tan irrenunciable y biográfico, como una cicatriz.

En la adolescencia iba al sector de general del estadio, donde más se saltaba y cantaba y desde donde luego, se organizaban los pleitos en las calles circundantes. Dejé pronto de participar, un poco porque siempre he aceptado bastante bien los designios de mis miedos y, otro poco, porque no entendía el fútbol en esos términos. La relación entre fanatismo y barras bravas me parece igual de absurda que esa falsa conexión entre la capacidad de amar y los mal llamados 'crímenes pasionales'.

A lo largo de los años, y nunca a nivel competitivo, jugué en todas las posiciones —excepto arquero, ese puesto tan lejano—, más por entusiasmo que por talento. Creo que por eso valoro especialmente el significado de dar un pase: es como ponerse en el lugar del otro. Tuve mejor suerte de último hombre y, aunque no lo disfrutaba tanto, me consolaba con la potencia de esa expresión, más existencialmente encantadora que la fría *back-central*. De cualquier forma, siempre quise ser un cinco solvente, tal vez porque para serlo es vital el único principio que intento poner en práctica tanto en el fútbol como en la escritura: la contención.

Cuando me rompí los ligamentos de una rodilla a mis veinte años, usé por meses unas muletas con un orgullo estoico, como si fueran galardones; pero cuando me rompí los de la otra rodilla en mis treintas, me di cuenta de que el tiempo lo va medrando todo, incluso mi relación con el fútbol: cada vez me doy menos tiempo para ver las ligas internacionales que para jugarlo semanalmente a fin de evadir la vida y sus gravedades. La que se mantiene intacta es esa necesidad de seguir a la U y el ánimo de la semana depende, un poco vergonzosamente, del resultado del último partido.

He ido al estadio solo, con amigos y también con familiares; he ido en grupos incompatibles y me ha abrazado gente que nunca volví a ver. He tenido citas en una general y he regalado, como si fuera mi propia mano, una entrada a un partido importante. La primera vez que vi una pistola en vivo fue en un graderío y pertenezco a ese grupo de gente que ha invadido la cancha para festejar un campeonato. Mi nacionalismo tuvo su comienzo y su fin en la tribuna de un estadio y, aunque suelo estar pendiente de la selección —de niño soñaba que podría ser convocado, por supuesto—, hoy sé que esos chicos vestidos de amarillo no representan a nadie ni son símbolos de nada; ya no los veo como héroes ni espero de ellos más que esfuerzo y la demostración de que han trabajado para que la pelota les sea útil. Tras el juego ya no escucho sus declaraciones con aliento entrecortado, ni los análisis de las radios deportivas entre semana, porque me desconsuela constatar cómo las tradiciones se van descoloriendo. Creer en esa entelequia cursilona —de alcances perversos— de que «mi país» hizo un gol (o recibió seis, o empató al último minuto) me parece tan postizo como obligarse a cantar esa chillona marcha militar que es el himno nacional.

Pese a todo, no hay nada tan liberador como gritar un gol reñido e importante, y creo que es válido reinterpretar los sentidos que se desprenden del juego, que en el fondo no es más que una disputa de terreno con la posesión de la pelota como estandarte (igual que en el *rugby* o el fútbol americano); así se entiende muy fácil lo del *off-side* y que el gol implica la colonización momentánea de todo el campo de batalla. Me gusta pensar en el fútbol así, como la representación inofensiva de algo tan brutal y tan históricamente humano como la guerra o como leer la *Ilíada* o *Guerra y paz*, salvando las distancias; creo que eso explica por qué nunca tuve miedo a recibir un pelotazo (y he recibido muchos): todo en la cancha es ficticio.

Comparto mi fanatismo con mi papá (lo heredé de él, obviamente), y hubo un tiempo en que íbamos los dos al estadio y no hablábamos de nada que no fueran las posibilidades nunca matemáticas de recibir una alegría. Ahora mantenemos el rito de preguntarnos recíprocamente cómo vemos al equipo y comentarlo en detalle en una sinécdoque del cariño tácito que nos tenemos y que no siempre sabemos nombrar.

Uno de mis viajes más alegres —eufórico en realidad— tuvo lugar en Alemania, en el Mundial de 2006, cuando vi al conjunto dirigido por Luis Fernando Suárez ganarle a Polonia con una aplicación irreconocible para quienes recordábamos la época de Draskovic, eterno luchador contra la indisciplina de nuestros deportistas. La fiesta ininterrumpida que montaron en las calles los alemanes y los miles de turistas, todos amantes del mismo juego, se me ha hecho difícil de describir porque no tuve cabeza para registrarla: estaba ocupado dejándome llevar.

He contado mil veces la vez cuando fui con mi papá y mi hermano a la semifinal de la Copa América del 93, cuando jugábamos contra México y contra la historia: nunca habíamos llegado tan lejos. Llovió durante las cuatro horas de anticipación con que entramos a la preferencia del Atahualpa e, igual, todo recaudo terminó sin servir pues perdimos (odí a Hugo Sánchez) y terminamos ensopados (pese a que mi papá le pagó a una vendedora de papas con cuero para que me resguardara del temporal). Al término, los cuarenta mil entristecidos ecuatorianos inundamos las calles y fue imposible conseguir un taxi para el regreso. Caminamos una hora hasta la casa —en ese silencio limpio, posterior a la lluvia— y aprendí que se valía llorar (y en grupo) por algo que realmente no importa.

Como contrapeso a ese melodrama, debo complementar que mi hijo Samuel nació en el año en que fuimos campeones de la Libertadores y no pude dejar de leer ese alineamiento de alegrías como una demostración por parte de la vida de que, a veces, me tocaría ganar.

Me parece aburrido cualquier debate que busque definir al mejor jugador de todos los tiempos porque implica inobservar que, con los años, el fútbol ha cambiado drásticamente, como cualquier otro tejido orgánico. Los autores del cambio más significativo en el juego, a mi juicio, son los holandeses, quienes en los setenta tradujeron la táctica a términos de tecnología, apuntando a reducir el tiempo que la pelota se encuentra en el pie de alguien: todos corren, la mejor finta es el pase a un toque y la genialidad más productiva es saber ubicarse sin el balón para abrir la cancha y las posibilidades. La paradoja que completa el encanto de esa leyenda es que el equipo naranja aún no ha ganado la Copa Mundial (y ojalá que no se rompa ese hechizo porque sería una victoria de la lógica en un ámbito en donde nunca ha estado invitada).

La versión más sofisticada de esa teoría fue el exquisito Barcelona de Guardiola, quien dejó claro que la geometría del fútbol no es el círculo del balón ni el rectángulo del espacio, sino el triángulo: los tres lados implicados en cada movimiento de pelota, compuestos por quien la da, quien la recibe y quien se muestra para prever el pase futuro y desordenar al rival. Los rombos, las doble ves o las emes son solo dibujos que parten del mismo principio: achatarle los lados a la circunferencia. Otro aporte de Pep es que el arquero también juegue con los pies y sea opción de pase para los defensas. Me pregunto qué habría pasado con mi idea de soledad si mi abuelo o Camus hubieran sido dirigidos por Guardiola.

Disfruto, claro, de celebrar los recuerdos futboleros y de agradecer a los jugadores que aportaron una nueva narrativa a esta

mitología callejera. Por ejemplo, el Pibe Valderrama y su sorprendente visión de la cancha, Romario y su amorío con el arco, la efectiva elegancia de Zidane —con quien me crucé, literalmente, hombro con hombro, en el aeropuerto de Marsella en 2001 y solo pude murmurarle *merci*—, Ronaldinho y su contagiosa alegría. Pero hay muchísimos más. En cambio, la disputa actual entre Messi y Cristiano me aburre, porque se juega en el terreno de las tablas estadísticas y, sobre todo, porque el portugués me parece un producto de laboratorio y no de la imprevisibilidad que entiendo cuando digo 'fútbol'. Quizás conozco muy poco sobre carreras de caballos. Messi es el mejor hoy en día, pero me despierta menos afectos que muchos, como los enlistados arriba, y ya quiero que algún otro nombre lo vaya reemplazando.

De todas formas, me parecen obscenos los sueldos de los futbolistas de élite y me repelen casi todos los demás componentes de la llamada «industria» del fútbol. Me alegré con los recientes logros del Independiente del Valle porque me simpatiza la idea de un cuadro huérfano de seguidores (o sea, que no tenga nada que perder), pero siempre me inquietó aquel eslogan de «el futuro campeón del Ecuador». Cuando los otros equipos se ufanan de su pasado, de su hinchada o sus récords, me parecía sospechoso abrazar esa carencia de historia y apostarle todo al futuro: la lógica subyacente ahí es la de la publicidad, básicamente una promesa de satisfacción por una compra. Cuando en el estadio vi una bandera que decía «sé diferente, sé independiente», tuve que aplaudir el nuevo golpe marketero, pero me dio un poco de tristeza pensar que así serán los nuevos fanáticos: no unidos por una misma emoción (*con-movidos*, digamos), sino buscadores de relieve o diferenciación (nueva incursión del discurso publicitario que promete exclusividad a los consumidores individuales sin decirles que se la produce en serie). En fin, del otro lado, si las dinámicas tradicionales engendraron a los *hooligans* y barrabravas, y los cánticos clásicos confunden valentía con violencia (machista y racista), tal vez, sí sea bueno que las cosas cambien un poco.

No tengo cábalas futboleras, pero no porque no crea en ellas, sino porque ninguna de las que he ensayado resultó infalible. Eso sí: guardo las camisetas de casi todos los equipos en los que jugué (colegio, facultades, amigotes, etc.) y me las pongo el fin de semana sin vergüenza, porque hay que aceptar a veces que la vida también merece ser tomada como si fuera una broma o una mentira.

Solo he estado apuntando ideas para anécdotas sobre fútbol, pero como se ve no me decido por ninguna: todas valen menos como tramas que como experiencias que espero se hayan sedimentado en mi capacidad de disfrutar y sufrir la vida.

He intentado varias veces escribir un cuento de fútbol, pero aún no me sale. Lo que puedo decir es que, narrativamente, me atrae poco la pasión futbolera y más las diversas formas de ponerle la cara al fracaso.

En estos días de confinamiento, lo que más extraña mi cuerpo (más que la mayoría de abrazos, incluso) es vestirse de corto y salir a correr tras el balón tratando de eludir la torpeza (aunque se logre pocas veces). Dejar todo en la cancha es el lugar común que siento más propio y que no deja de ilusionarme, como desde hace treinta años. Sin embargo, no creo que quepa aquí un nuevo recuerdo, porque pensar en algún episodio futbolístico que guarde con cariño sería como pedirle a un creyente que escoja una vez que le dio paz orarle a su dios. (Veo que se me está pasando la mano con las hipérboles, pero, después de todo, escribir sobre un deporte que se juega con los pies resulta en sí un gesto grandilocuente).

Mis contactos más recientes con una pelota, desde este marzo, se dan en un garaje abierto, de cuatro metros por ocho, donde el Samuel y yo demarcamos, con un par de escobas, una cancha minúscula de fútbol-tenis. Se permite un solo un bote, pero es ilimitado el número de cascaritas para pasar la pelota al terreno del rival. Jugamos *sets* de veinte puntos y se vale si topa en la pared. Por momentos, cuando nos acercamos al veinte, el juego cumple su cometido: hacernos olvidar de todo el resto.

Junio de 2020

Fernanda García

Ecuador (1986)

Nido es una serie fotográfica que se realizó durante el confinamiento ocasionado por la COVID-19.







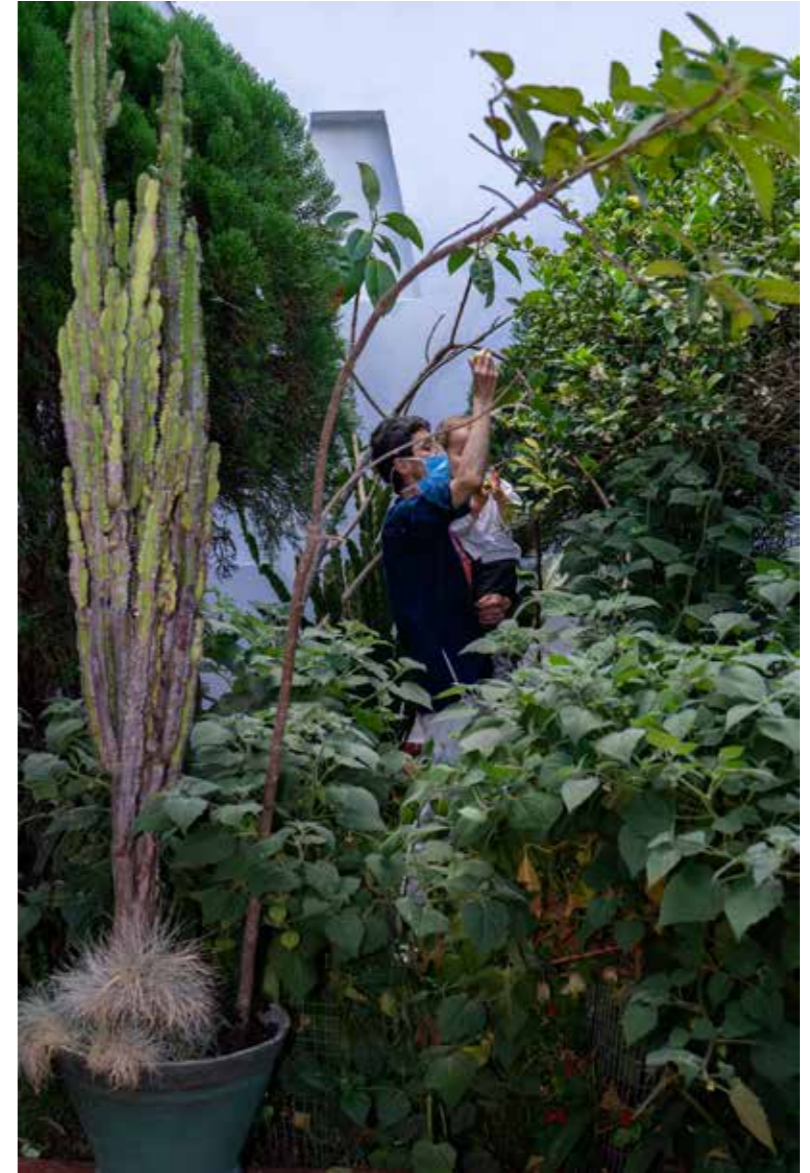




212



213





Gloria Riera Rodríguez

Ecuador (1977)

1. PILAR
2. AVATAR
3. IMPOSTORA
4. LA INTRUSA
5. MIS ESTADOS
6. ¿QUÉ ESTÁS PENSANDO?
7. COMENTANDO

Pilar

Con la mano ansiosa y temblorosa, abrió la gaveta y tomó el gajo ajado y parduzco de fotografías. Lo que seguía, como había mecanizado su mente, era asentar el retrato en el escritorio de fondo cobrizo, ubicar la cámara en vertical y dar el clic y, aunque sabía muy bien que la imagen resultante perdía detalles y que se aminoraba el brillo del gesto guardado, no conocía otra opción para llevar el pasado al presente de la red. El siguiente paso, ejecutado con menor ansiedad y mayor sosiego, era el que más la excitaba:

—¿Qué estas pensado, Pilar? —entonces ella tecleó:

—Yo a mis 25 años. Algunos llegaron a decirme que me parecía a Claudia Cardinale.

Clic en Fotovideo, clic en Galería, clic en la fotografía recién levantada. No era necesario emplear ningún ajuste de edición. La imagen, que tardó milisegundos en dar ese salto en el tiempo y estar a la vista de 586 amigos de red, se bastaba a sí misma: una agraciada mujer, ataviada con una bufanda a juego con unos guantes, cruzada de brazos, imantada con una sonrisa que todo lo atrapaba, coronada por un brillo singular que refulgía de unos ojos castaños. Había llegado el momento clímax del ritual, por el que tenía sentido todo: el «me gusta», el «me importa», el «me encanta» y los comentarios. Se sentó en el tiempo para esperar.

Para disimular ante sí misma su afán, navegó sin rumbo y fue de aquí para allá. Primero revisó el blog que visitaba de vez en vez para estar atenta a las novedades de las enfermeras, pero perdió el rumbo en el segundo párrafo. Volvió a la red social, deseando que la campana estuviese teñida de rojo. Nada había pasado. Nuevamente a la deriva.

Optó por revisar una columna de moda, menos académica, más colorida, tranquilamente ruidosa, con la esperanza de amortiguar la impaciencia, seducida por el inquietante título: «El coronavirus cambia

para siempre la industria de la moda: Gucci abandona el concepto de temporadas». Esta vez se ancló más en el texto, leyó, entendió, observó, escuchó; entonces recordó los encajes, las sedas, el olor a perfume dulce que llegaba a su olfato en cuanto abría la barrera del tiempo. Impelida por la añoranza y por la necesidad de comprobar lo que anhelaba, volvió a la red social.

-12 min

A paso lento, condicionado por la pierna maltrecha, fue al baño sabiendo que la campana no registraba aún ningún movimiento. Como había leído que el mejor momento para publicar *posts* oscilaba entre el miércoles a las 15:00, los sábados y domingos entre las 12:00 y 13:00 y los jueves y viernes de 13:00 a 16:00, y que las tasas de participación eran un 18% más altas los jueves y viernes, llegó a concluir que la ausencia de movimiento se debía a la hora de su publicación. Quizás era preferible eliminar lo «pensado», y volver a postearlo en las franjas de tiempo recomendadas por los expertos, o tal vez, habría que esperar a que llegaran esos tiempos y esos días, entonces, llegado el caso, seguro uno de los 586 vería el momento oportuno para reaccionar. Mientras se lavaba las manos, el espejo le devolvió unos ojos castaños deslucidos, carentes de luz, un seno adusto y amargo, y unas mejillas replegadas, caídas en exageración; todo se había agotado por el tiempo de vigilia.

-17min

Al reparar que su invitación a recordarla en el pasado no había sido aceptada todavía, conjeturó que simplemente había transcurrido muy poco tiempo, que había que esperar con tranquilidad, que era hartito presuntuoso suponer que los 586 estarían juntos, conectados en red en el mismo momento, mucho más sabiendo que había logrado cosechar amigos de varias partes del mundo. A Bipa, de Zólochiv, y a Sari, de Orán, por ejemplo, las conoció cuando estudiaba Filología hispánica hace algunos lustros ya. Ambas habían llegado a su tierra con la ambición, sostenida con la férrea coerción de la beca, de perfeccionar su español. Salían al café las tres, Bipa y Sari emparejadas por su extranjería y ella por la soledad que la empujaba al primer nicho que le hiciera un espacio. Con ella, a lo largo de un par de semestres, ambas chicas aprendieron sobre todo a escuchar en español, tanto la oyeron hablar que quizás sintieron que ya no tenía nada que decirles. Y estaba también Floki, de Lier, a quien conoció y de quien se enamoró en apenas un día cuando, aún diosa y reina, viajaba por el mundo con el único propósito de dejarse fotografiar en cualquier plaza famosa. Luego de meses de un carteo incesante, la pasión decayó y las cartas dejaron de escribirse. A él lo reencontró en la red social muchos años después, pero ya era un ser distinto, repleto

de otros fuegos, teñido de otras esperanzas, ocupado en otros anhelos. A Min, de quien nunca llegó a saber de dónde procedía porque lo único que había comprendido de él era su nombre y porque nunca escribía nada personal en la red social, lo conoció cuando iba, en los años posteriores a su desgracia, a reconciliarse consigo misma en las clases del yoga. Min siempre llegaba antes que ella y ese fue el único pretexto de su cercanía que consistía en mirarse juntos frente a la puerta cerrada, competir en puntualidad, saludarse a la entrada y a la salida y apoyarse cuando era necesario cumplir una rutina. Esos simples detalles les creaban la ilusión de estar menos solos.

-20 min

La única respuesta que seguía recibiendo era el paso del tiempo. El reloj de la red social se ensañaba en mostrarle con precisión absoluta cómo iba agonizando su esperanza y la certeza de que nada ocurriría se encargaba de volver a poner el tono luctuoso que la venía atormentando en los últimos meses. De pronto, en ese aferrarse a la vida, llegó a conjeturar que Bipa y Sari olvidaron su español de tanto no extrañarlo y reparó que Floki nunca habló español, sino que en las cartas ambos chapucearon su inglés y que tal vez Min no lo sabía y que justamente por eso jamás llegaron a sostener una charla de más de dos minutos. Ignoró por conveniencia que la imagen de una diosa-reina no requería una lengua que la tradujera, que una imagen es por sí misma una lengua que comunica incluso más que las incompletas palabras, que una imagen tan engalanada no requería más que el aplauso, la venia y el piropo.

Al minuto 28, decidida, forzó el clic; le dio a editar su post y decidió acompañar el español con una traducción al inglés. No le costó trabajo, esa lengua era de las pocas cosas que le quedaban de los tiempos de sus andanzas por el mundo. Se había convencido de que de esa manera su mensaje sería universal y, por lo mismo, todos los 586 entenderían a la perfección lo que les quería decir, pues, pese a quien le pese, en Zólochiv, Orán y en el rincón donde Min extinguía sus días, de alguna manera, sabrían comprender el inglés y sabrían comprender lo que ella les gritaba con lo que estaba «pensando». Hecho esto y en un arrebato de dignidad decidió que era momento de exiliarse en uno de esos libros contiguos que la esperaban y en la toma del café que siempre aminoraba en algo su desasosiego. De todos modos, su consciencia no tardaría en recriminarle que se avecinaba el examen y que, si se ocupaba de ello y lo aprobaba, podría retomar sus estudios de Enfermería y, quien quita, algún día podría hasta llegar a tener el título profesional que le había sido tan esquivo, incluso cuando se lo había planteando en sus tiempos de gloria.

-3 h

Luego del breve tiempo que duró la dignidad, asaltó con prisa y con redobladas ansias la página de la red social. Esta vez encontró tres notificaciones que le hicieron sentir que la actitud había valido la pena. No obstante, había que leerlas antes de celebrar el triunfo de la estrategia. La primera notificación le sugería agregar a personas que tal vez conocía, los agregó como lo hacía siempre que recibía las sugerencias, con el mismo fervor de quien aspira a hallar por ese medio a alguien con quien compartir su desesperanza. Agotó la última sugerencia para ir a la segunda notificación, pero se trataba de una invitación a un juego que no tenía idea de qué se trataba. Desistió la invitación, recordando que había descubierto hace muchos meses ya que no había sido dirigida a ella de forma exclusiva, sino que eran enviadas cual red para capturar lo que podían jalonar a su paso. Avanzó a la tercera notificación: allí estaba el *like* que venía esperando desde hacía unos eternos 180 minutos y 10 800 segundos.

Su hermano, poco asiduo a eso de las redes sociales y circunspecto, rayando en la misantropía, solía tener, muy ocasionalmente, deslices fugaces de sociabilidad. Abrazado por el sentimiento filial, rozado por el impacto del recuerdo, enternecido por la beldad, había apostado por mostrar su afecto por la fotografía. Después de todo y, a pesar de la distancia que lo separaba de ella, estaba atado a ese único miembro de sangre y de cariño del que disponía. Ella era recíproca, también lo sabía cercano; habían compartido los mismos ardores y sueños. De él recibía con la puntualidad absoluta la asignación mensual que le permitía seguir respirando y seguir soñando. La pierna, aseguraba, le impedía salir sola al ruedo de la vida real y ya el tiempo se había encargado de quitarle lo otro: el encanto que en el pasado le había propinado algunas victorias.

No obstante, a pesar de la sorpresa, a pesar de sentirse correspondida en el afecto, y a pesar del *like* que impedía que su *post* naufragara en el desdén de los 585, seguía sintiendo el dolor del silencio de los otros, el terrible azote de la indiferencia, la amargura de hablar siempre consigo misma. Agobiada por el peso de un pasado fervoroso, no lograba inventar la fórmula para extender los vítores al presente. Ni siquiera recuperar las sombras del ayer le había permitido conmovier a quienes, por distintos motivos, habían compartido minutos con su yo, con ese que no había cambiado nunca.

—¿Qué estás pensando, Pilar?

La frase provocadora de la red social la incitó a responder:

—¿En serio? ¿Quieres saber lo que realmente pienso?

La sola idea de hacer público ese texto le hizo desistir e intentó salir cuando recibió una respuesta:

«Aún no finalizaste tu publicación. ¿Quieres salir sin terminarla?»
La red social solo le brindaba dos posibilidades de respuesta:

No salir de esta página

Salir de esta pagina

Lo que ella pretendía decir no encajaba en ninguna de las alternativas sugeridas, pues simplemente no estaba segura y no tenía posibilidad de compartir esa vacilación. ¿De qué forma tenía que valerse para explicar aquello que estaba añorando?

-4 h

La arrugada y temblorosa mano volvió a abrir la gaveta. Esta vez demoró algo más de lo previsto en el automatizado proceso de seleccionar la fotografía. Fue descartando las que había subido ya. Se detuvo un rato en aquella, esa que había recibido varios «me gusta». En ella se dibujaba una sonrisa coqueta y unos rizos perfectos logrados, sin duda, por la mano de quien la tenía en brazos. Como se trataba de una época que recordaba poco, algo así como la prehistoria de su vida, siempre la había apreciado poco. Luego llegó a su época de feliz adolescencia, a los momentos de su esplendor y después de eso no había huellas de su vida y no solo porque los tiempos habían cambiado y todos los recuerdos dejaron de conservarse en papel para existir en otro modo, en otra dimensión. Desde que comenzó a sentir la decrepitud, el peso del cuerpo, su ajamiento, su pierna hinchada y apenas servible, ya no se fotografiaba porque tenía pánico de verse a sí misma y contemplar las cenizas en las que había quedado, en buena parte por culpa del fuego que ella misma había encendido.

—Esta.

—Lo dijo con rotundidad, mientras sorbía el café que había preparado para el momento de su ritual. Posaba primorosa junto a un pilón florecido en medio de una placita del mundo que recorrió. De cuerpo entero, encendida, vivaz, presumida, inquieta, veinteañera, decorada por el agua que bañaba con sus gotas su diadema de diosa. La extrajo cual tesoro bendito, la colocó en el fondo de siempre y en el preciso momento en que se disponía al clic, su entumecida pierna, en un golpe de pavorosa coincidencia resbaló y en el intento de defender su cuerpo arrojó el café sobre todo el conjunto de fotografías, el chorro caliente y descarnado avanzó a la elegida... Se irguió y el espectáculo le hizo comprender que ya no había retratos, no había pasado ni quedaban recuerdos tangibles y con ello, todo rastro de gloria quedaba soterrado. Desafiante, se jugó la última carta de dignidad, dispuesta a no rendirse y a convertirse de nuevo en el soporte de sí misma: abrió los ojos y dirigió el clic a lo único que le quedaba, ella misma.

Karla Hernández Jiménez

Ecuador (1991)

Charm attack

Era el año 649 de la era Hurt y la colonia Elis, localizada en el sector IV de la Luna, se encontraba en una paz serena cuando ocurrió el ataque. Nadie esperaba que aquello sucediera en pleno Festejo de Primavera, mucho menos Tamara Jones.

Tamara era mitad mandragoniana y mitad humana. Para muchos, ella era la muestra de lo molesta que podía llegar a ser la mezcla entre dos especies. A pesar de que no había heredado las características de los insectos propias de los mandragonianos, como púas o fauces retractables cerca de la boca, si había obtenido una gran resistencia física y mental que la volvieron un blanco difícil de las burlas del resto de sus compañeros de clase, además había heredado el cinismo y el mal genio de su padre humano.

Para sus compañeros, aquella mestiza era un dolor insoportable que debían aguantar a diario durante las clases gracias al lema «La paz sea con todas las especies» que había estado presente desde hacía unas décadas, aunque su idea de paz consistía en tratar de ignorar a Tamara el máximo tiempo posible. A ella tampoco le enloquecía la idea de tener que convivir con aquellos seres primitivos y egoístas que solamente usurpaban aquel rincón de la galaxia debido al gran cataclismo.

Gracias a las acciones perniciosas para el ambiente que habían llevado a cabo sus antepasados, los humanos arruinaron su propio planeta hasta llevarlo a la destrucción casi absoluta; lo convirtieron en un espacio inhabitable, totalmente desértico y sin posibilidades de regenerar los alguna vez abundantes recursos naturales o de recuperar las civilizaciones que se habían aniquilado casi por completo durante aquellos años.

Toda forma de vida en la tierra fue arrasada, esto generó lo que se conocía como la diáspora humana, la búsqueda de la humanidad por un nuevo hogar, o eso les habían contado a Tamara y a sus compañeros en la clase de Historia Galáctica I hacía unas semanas. Los niños humanos se miraban extrañados, no eran capaces de comprender realmente los motivos de la devastación del planeta que alguna vez había pertenecido a sus ancestros. En poco tiempo, se olvidaron del tema para poder continuar tranquilamente con sus vidas, como si estar desterrados en otro planeta fuera algo natural.

«Al final, todos ellos son como mi padre, solamente se preocupan por sí mismos sin tener en cuenta el daño que generan en los demás», pensaba aquella solitaria niña de pálida piel verde y grandes ojos negros al contemplar a sus compañeros de clase, todos ellos le recordaban vívidamente aquella otra mitad que ella hubiera preferido ignorar completamente. Kirlia, su madre, siempre le había contado historias sobre el modo en que ella conoció a su padre, Don Jones. Le contó sobre su gran amabilidad y nobleza de espíritu que, a sus ojos, lo diferenciaban de todo lo que hasta esa época había escuchado acerca de la fuerte tendencia al egoísmo que parecía ser una característica propia de los humanos. También le habló de la forma inusual en la que ella y Don terminaron siendo una pareja durante el tiempo en que tuvieron que huir del Campo de Rehabilitación para el Trabajo de las lunas de Fergaris, debido a un incidente que casi les costó la vida a ambos. A pesar de que, al principio, a Tamara le hacía ilusión escuchar aquellas historias sobre su padre, con el tiempo se había vuelto insensible a aquellos relatos cargados de una aborrecible ternura que se plasmaba en los grandes ojos rojos de su madre mandragoniana cada vez que le explicaba la forma en que había terminado siendo compañera de un humano.

Tamara había escuchado alguna vez que, debido a que habían evolucionado de insectos y otros artrópodos, los mandragonianos no fueron capaces de desarrollar algunas características humanoides básicas en otras especies, entre ellas estaba el detalle de que algunas partes de sus vísceras, especialmente el corazón, jamás llegaban a alcanzar un tamaño adecuado, se quedaban más o menos del tamaño de un átomo. Debido a eso, se rumoreaba que el carácter de los habitantes del planeta Mandrágora solía ser bastante frío y que difícilmente llegaban a desarrollar afecto o actitudes amorosas hacia otros individuos, aun cuando la supervivencia les marcara continuar con los procesos de reproducción, trataban el apareamiento como otro proceso mecánico.

Sin embargo, el profundo amor entre los padres de Tamara parecía desmentir el rumor sobre la frialdad característica de los mandragonianos, ya que su madre no parecía presentar ningún problema para expresar claramente sus emociones y, evidentemente, estaba muy calificada para formar lazos afectivos, casi de manera empalagosa.

Ella quería decirle a su madre que su padre jamás regresaría, que ambas estaban a la deriva en aquel satélite cercano a la Tierra. Don había sido reclutado en algún rincón lejano de la galaxia y, por lo visto, no tenía planes de volver a su lado. Pudo haber terminado desintegrado por el *stardust*, ese polvo primigenio del que surgieron todas las cosas en el universo, o devorado por un agujero negro y ellas nunca tendrían

la oportunidad de volver a verlo. No obstante, el brillo en la mirada de Kirlia no se desvanecía a pesar de todo el tiempo de espera. Parecía segura de que pronto volvería a ver a su compañero humano. Tamara no se tomaba a bien aquella fe que atesoraba su madre, pero no se atrevía a contradecirla por temor a romperle el corazón. Después de todo, ¿quién era ella para quitarle su ilusión romántica?

La vida no era fácil para ellas en aquel planeta. Madre e hija vivían como parias en la periferia de la colonia Elis, en un área en la que difícilmente se podía encontrar oxígeno artificial. Habitaban una pequeña casa en la que apenas había espacio suficiente para las dos. Aparentemente, el único motivo por el que no eran deportadas al planeta Mandrágora, hogar de la madre de Tamara, era la sangre humana que corría por las venas de la niña.

La chiquilla nunca se había sentido parte de ninguna de las dos especies, sentía que no había nadie que comprendiera realmente el modo en que se sentía. Su madre pensaba que aquello era el típico sentimiento de angustia propio de la adolescencia por el que pasaban casi todos los jóvenes de la Vía Láctea en algún momento de sus vidas y que su hija pronto dejaría atrás aquella manera de pensar. Sin embargo, eso no ocurría.

El sentimiento de no poder encajar no la abandonaba y las condiciones a su alrededor tampoco la ayudaban a sobrellevarlo mejor. Casi siempre estaba sola y nunca había tenido amigos con quienes compartir aquellas inquietudes que la asediaban. Los humanos la despreciaban y la llamaban «perro mestizo», al igual que los pocos mandragonianos que habitaban la colonia Elis. Otros individuos, provenientes de los diversos rincones de la Vía Láctea, también veían raro el comportamiento de aquella extraña criatura que no era capaz de integrarse de forma adecuada con el resto de los habitantes de la colonia.

En su décimo octavo cumpleaños, unos pocos meses antes de formar parte del sistema universitario intergaláctico, Tamara participó a regañadientes en el Festejo de Primavera como parte de la comitiva de bienvenida, ya que sus rasgos la hacían la candidata ideal para aquella misión. De acuerdo al criterio de la presidenta del comité organizador del festival, ella era un símbolo viviente de la unión de las especies.

No pudo rehusarse a tiempo ante la petición del comité. Al final, acabó usando un mono enterizo en color rojo para recibir al presidente de la Luna mientras lucía su estudiada sonrisa diplomática y rogaba para que el festejo terminara lo antes posible. Su madre no pudo asistir al festejo debido que no había obtenido un permiso especial en su centro de trabajo. Aun así, no se perdió de mucho.

La ceremonia comenzó de la forma usual, con el presidente pronunciando los típicos discursos sobre las condiciones de miseria de las periferias en la colonia Elis, los sospechosos comunes fueron señalados y, de esa forma, quedó inaugurado el Festejo de Primavera... justo antes de que el mundo colapsara.

En ese momento, todos miraron hacia el cielo sin comprender que pronto desaparecerían por completo de la faz del universo. Los primeros síntomas de que algo malo ocurría no tardaron en aparecer. Todos los presentes en la ceremonia terminaron cubiertos con una especie de espuma color rosa pálido, cuya apariencia extraña no parecía ser amenazante. Pese a eso, no tardó en mostrar su naturaleza feroz. El primero en caer fue el presidente, quien acabó devorado hasta las entrañas por aquella sustancia proveniente de algún rincón lejano del espacio.

Gran parte de la gente que asistió al Festival de Primavera, entre alumnos, maestros y padres de familia, corrió la misma suerte del presidente: terminaron en una explosión de tripas y sangre ante la mirada atónita de Tamara. Otros individuos salieron corriendo del edificio y, aunque la mayoría reventaron en el camino, unos pocos supervivientes lograron llegar a sus teletransportadores y pudieron escapar del terrible invasor. Se dirigieron a otros confines de la galaxia y jamás volvieron a pisar la superficie lunar hasta el final de sus días; dejaron a un lado todo lo que habían logrado construir a base de esfuerzos en el planeta que les brindó un nuevo hogar.

Tamara estaba completamente pasmada ante aquel espectáculo de horror ofrecido por los grotescos y carcomidos cuerpos. Ella pensaba que eso únicamente pasaba en aquellas películas de monstruos, ingenuas y mal hechas, que gozaron de gran popularidad en la Tierra hace más de mil años.

Al salir a la calle, Tamara notó que los afectados por aquella extraña espuma caníbal no fueron únicamente los asistentes al Festival de Primavera. En todas partes había víctimas desparramadas en diversos rincones de las calles. Los órganos reventados, expuestos al sol, ofrecían un espectáculo desagradable, la sangre y los restos de carne se amontonaban en torno a las calles. Conforme pasaban las horas era posible ver el estado de degradación de aquellos tejidos, dejando a su paso cuerpos que mostraban diversos grados de mutilación. Los autos y edificios lucían daños severos debido a los intentos de fuga de sus desesperados ocupantes. Las calles, usualmente bulliciosas en la hora pico, estaban casi desiertas en aquellos momentos.

Mientras el mundo colapsaba, Kirliia continuaba organizando su pequeño hogar después de salir del trabajo. Ella limpiaba todos los días debido a que quería que todo estuviera en su lugar cuando llegara el momento en que Don finalmente regresara a su hogar; como si casi nada hubiera cambiado desde el día en que ellos mudaron a la luna cercana a la Tierra para formar una amorosa familia. Kirliia solo quería que su hija pudiera tener mejores posibilidades de las que ella había tenido, quería que creciera a salvo de los peligros de ser vendida a la Federación Intergaláctica como una esclava.

Mientras pensaba todo aquello, la espuma se extendió por todo el vecindario causando grandes estragos. La luz rosa visible en todas las ventanas de la casa de Kirliia indicaba que el fin estaba cerca. Por fin podría volver a reunirse con Don. Cuando la espuma se extendió por su cuerpo, ella pudo ver claramente el rostro de su compañero, pudo verlo sosteniendo su frágil cuerpo humanoide para evitar que se desbaratara. En su momento final, ella solo pudo soltar las extrañas lágrimas de color morado características de los mandragonianos al recordar el tiempo en el que se habían amado. Apenas pudo despedirse de su hija antes de volver a ver a su amado compañero humano y reunirse con él para siempre...

Por algún motivo inexplicable, Tamara logró llegar hasta su casa con apenas un par de rasguños en el cuerpo. Ella pensó que no encontraría grandes daños debido a la lejanía de su casa con respecto al epicentro del terror, pero su vecindario también había sido atacado y quedó completamente exterminado, con el asfalto salpicado de todos los colores posibles de sangre. Por más que buscó dentro de cada rincón de la casa, Tamara no encontró a su madre por ningún lado. O bien había sido completamente devorada por el tenebroso invasor o había logrado escapar a tiempo dejándola atrás. Tamara se resistía a pensar en el abandono y contenía las lágrimas que amenazaban con salir. Antes de que continuara llorando, encontró una carta holográfica de su madre cerca de la mesa de la cocina. Dentro de la carta había un video donde su madre se despedía de ella, le deseaba lo mejor para la vida que viviría en adelante y, con varias lágrimas moradas saliendo de sus ojos, le explicaba que al fin había podido volver a ver a Don, a su amado humano para siempre. No era necesario que se preocupara por ella, lo único de lo que se lamentaba era de no poder verla en su nueva vida. La grabación se apagó repentinamente con un destello rosa.

En ese momento, Tamara tomó la resolución de afrontar lo que se le avecinaba sin hacer un escándalo. Si estaba destinada a

morir mientras sus intestinos eran consumidos lentamente, debía estar preparada. No podía defraudar la memoria de sus padres. Se vistió con su ropa favorita y simplemente esperó sentada cerca de la entrada. Quería enfrentar al invasor de frente, orgullosa de ser mitad humana y mitad mandragoniana. Después de un par de minutos, un resplandor rosa se dejó entrever por la puerta, anunciando que finalmente habían venido por ella. Era el momento de descubrir el motivo de que siguiera viva.

Rosalía Vázquez Moreno

Ecuador (1991)

On time

Allá, a la izquierda, en la segunda fila de los asientos que están junto al ventanal hay una viejita. No sé cuántos años tiene. Me atrevería decir que unos setenta y tantos. Tampoco sé su nombre, pero seguro se llama Marta. Lleva un vestido de flores, unos grandes anteojos que magnifican la dimensión de su mirada y su cabello gris está atado en una trenza que cae sobre su hombro izquierdo. Hace un momento —uno largo—, Marta estaba con su marido, un hombre alto y encorvado, de pelo blanquísimo, que llevaba una camisa azul como ese que se ve al final del horizonte en los mares del Pacífico. Él también usaba lentes, aunque las suyos eran considerablemente más pequeños, de hecho, parecía que fueron fabricados para calzar la particular simetría de sus ojos diminutos. Tampoco sé su nombre, pero tenía cara de llamarse Alfonso.

Ambos esperan el vuelo AFT28 que va de París a Roma (y, según la información de los monitores *on time*). Seguramente por eso Marta está nerviosa. El tiempo no deja de pasar y Alfonso no ha vuelto. Hace rato, él se puso de pie y empezó a alejarse, seguro para ir al baño o por un café. Entonces Marta parecía tranquila. Se la pasó ojeando una revista, pero eventualmente empezó a preocuparse. Ahora está inspeccionando las caras de todos quienes transitan el corredorcito que separa los asientos de la izquierda de los de la derecha. A veces, cuando sus ojos se encuentran con ancianos altos y encorvados, su rostro se ilumina. Piensa, «¡Alfonso!», pero se desilusiona rápido cuando comprueba que el color de la camisa no es del mismo azul que la de su marido o que ese rostro, esa mirada no es la de su Alfonso. No. Ese no es. Ese tampoco. Y ese tampoco. ¿Dónde está?

El tiempo no se detiene. Marta mira el monitor que cuelga sobre la puerta E22. Su vuelo, el AFT28, sigue *on-ti-me* y el flujo interminable de gente empieza a agobiarle. Entonces, sin que ella pueda evitarlo le ocurre algo: una idea se origina en el fondo de su intuición. «¿Y si le pasó algo?». Marta piensa en ponerse de pie. Vacila, pero al final no lo hace. Enseguida se da cuenta de que se está dejando llevar por los nervios. ¡Alfonso es un hombre, no un niño! Pronto volverá. Respira profundo. Se saca los anteojos, los limpia y mira al frente. Está intentando consolarse, ser razonable, desentenderse del eco de esa idea, pero el tiempo no para. Vuelve a ponerse nerviosa, lo veo en el movimiento de sus ojos. En el vaivén que hacen cuando se sumergen en el

océano de gente que es el aeropuerto. Ese no es. Ese no es. Y ese tampoco. De pronto, escucha en los altavoces la cadencia apática de una voz femenina que dice algo en francés:

«Tu le possgrsrs, destinazonn du Rojm vulú du prssenté vu a-la porjt u-van-du».

«Roma, dijo Roma», piensa Marta. Y espera, espera a que la voz vuelva, pero, cuando eso ocurre, lo que escucha es una frecuencia masculina en inglés:

«Ool pásenjrss baund foa Rom, blis-com tu gueit i-tuientitú».

«Roma, está hablando de nuestro vuelo» murmura y vuelve a esperar a que el altavoz se manifieste en español, pero lo único que puede oír es el *crescendo* insoportable de los cuchicheos de la gente. Entonces, sin que Marta pueda evitarlo, esa idea, esa que estaba intentando descartar, se apodera de ella: algo pasó; algo le pasó a Alfonso. Lo presiente. Lo sabe. No puede evitar imaginarlo quieto en un remolino perpetuo de gente, mirando a todas direcciones, buscándola. ¿Por qué nadie le ayuda? Se ve confundido. No sabe dónde está, así que se deja llevar por la multitud que mana llevándolo lejos de su esposa.

Marta se pone de pie y, de cuando en cuando, de puntillas. Escudriña el espacio en busca de la escena que acaba de crear en su cabeza, pero su marido no está. «¡Caramba, Alfonso!» dice entre dientes mientras se le ocurre una nueva posibilidad. ¡Claro!, seguro tuvo un accidente. Seguro dio un paso en falso y cayó, de bruces, sobre su espalda y se golpeó la cabeza. Marta imagina cómo dos jóvenes lo ayudan a levantarse, pero cuando ven que él no está bien, que está mareado, que algo anda mal, llaman a seguridad. Seguro el golpe le causó alguna contusión. Lo levantan entre cuatro hombres y, antes de que ella pueda hacer algo, lo están llevando a urgencias. Lo ve ahí, solo en una ambulancia, mientras ella, su esposa, se queda en el aeropuerto, sola, sin saber nada de su Alfonso.

El corazón de Marta empieza a latir con rapidez, se pregunta por qué nadie le ha notificado aún del accidente. No entiende cómo algo así puede ocurrir, hasta que tiene una revelación: «¡El pasaporte de Alfonso!». Sin pensarlo dos veces, Marta se sienta, cierra los ojos, respira profundamente y mete sus manos en su bolsa de cuero. Sus labios se mueven como si estuviera rezando o maldiciendo. Después de unos segundos su mano derecha emerge con solo un pasaporte. Lo abre, lo mira y lo vuelve a guardar. No es el pasaporte de su marido. Entonces, respira y se queda ahí, mirando a la nada.

Está intentando calmarse, contempla el reloj del monitor que cuelga sobre la puerta E22. Su vuelo está *à temps, on time*. Marta intenta calmarse y cierra los ojos, pero lo único en lo que puede pensar son las infinitas posibilidades de la ausencia de Alfonso. A veces lo imagina confundido en otra sala de espera, a veces tendido sobre el suelo con una multitud que lo rodea, a veces en una ambulancia respirando lento, pero siempre solo.

Marta no puede quedarse ahí sin hacer nada, se levanta y camina dando pasos rápidos, al ritmo del troceteo maltrecho que le permite su edad y se acerca hasta una mujer con un uniforme azul oscuro. Marta empieza a hablar, pero ella no le entiende. Marta insiste con el inicio del llanto en atorado en la garganta. «Atonddé, madamm», le responde la mujer, pero Marta reclama, suplica. «Alfonso no está. Él nunca tarda tanto. Seguro algo le pasó. Necesita ayuda. ¿Por qué nadie habla español? ¡Carajo!». La mujer intenta comunicarse, esta vez en inglés: «Madamm, ai nid yu tu espic eslouli». Marta empieza a desesperarse y vuelve a explicarle que su marido no ha vuelto, que es un hombre viejo, que algo pudo haberle pasado, que necesita ayuda, que tiene miedo. La mujer se comunica por radio, luego toma los hombros de Marta y le pide que se calme, pero ella empieza a llorar. Se saca los anteojos y se cubre la cara con ambas manos. La mujer sigue hablándole en un idioma que Marta no entiende. Entonces un joven se detiene a mirar la escena. Luego una mujer y su hija. Cuando Marta vuelve a ponerse las gafas una pequeña multitud se ha congregado a su alrededor. Todos murmuran y la miran de pies a cabeza: su vestido de flores, la trenza que se derrama sobre su hombro izquierdo, la ruta de las lágrimas que le humedecen las mejillas. Todos hablan, todos le hablan:

¿Guat is oin on? ¿Madamm?
El ne vapa bian. Mam?
¿Madamm? ¿E pass il?
¿Madamm? ¿E pass il?
Guat is oin on? ¿Madamm?
¿Madamm? ¿E pass il?
Guat is oin on? ¿Madamm?
Madamm? ¿E pass il?
Exqu...
Madamm? ¿E pass il?
Exqu...
Madamm? ¿E pass il?
Exqu...

Marta empieza a sentirse agobiada. Mira a todos lados con la esperanza de ver a Alfonso, pero él no está. Después, un silencio repentino le ahoga los oídos. Marta baja la mirada, pestañea, se lleva la mano al rostro y cae. La multitud se cierra un círculo que los encargados del aeropuerto intentan disipar. Luego, cuatro hombres se la llevan en brazos. La mujer del uniforme azul le pide a la gente que siga su camino. Dice que todo estará bien, que la anciana está en buenas manos. Los hombres se alejan y ella los sigue mientras habla por radio. La gente se queda quieta por unos segundos, pero

eventualmente todos vuelven a sentarse, a colocarse los auriculares, a hundir la mirada en sus teléfonos, hasta que, de a poco, el flujo de viajeros renueva su curso en medio de los cuchicheos de la gente. El tiempo vuelve a fluir como si Marta nunca hubiera estado sentada en la segunda fila de los asientos que están a la izquierda, junto al ventanal.

De pronto, una cola empieza a formarse junto a la puerta E22. La apatía de la voz femenina vuelve a informar:

«Tous les passagers à destination de Rome, veuillez vous présenter à la porte E22».

Entonces, más gente se pone pie mientras la frecuencia masculina en inglés repite:

«All passengers bound for Rome, please come to gate E22».

El vuelo AFT28 empezará el abordaje. En la fila veo a una niña de unos siete años que se aferra al brazo de su padre con desgana. Está inquieta, quiere subir al avión. Empieza a quejarse, así que su padre apunta hacia el final de la cola. Allí hay un anciano que también está cansado, pero no se queja. La niña se incorpora y lo mira con recelo. El hombre alto y encorvado parece confundido, mira a todos lados como si buscara a alguien. La fila empieza a moverse y el viejecito no para de registrar la sala de espera. Cuando finalmente llega a la puerta. Un joven con uniforme azul le indica que necesita su pasaporte, el anciano se lo entrega y empieza a hablar. Se llama Felipe, él y su mujer, Silvia, estaban esperando el vuelo AFT28. Él fue al baño hace un momento. Cuando regresó su mujer no estaba y ahora no puede encontrarla. Está preocupado, no sabe qué hacer. El joven le señala el pasillo que lleva hacia el avión. «Entrj, mesiú», le dice. Felipe duda. Entonces el joven le recuerda que el vuelo está *on time*. Felipe vuelve la mirada hacia la sala de espera. No sabe dónde está Silvia. El joven le insiste que pase y vuelve a recordarle que el vuelo está *à temps, on time*, que si no cruza la puerta ahora... Felipe respira. Silvia es una mujer, no una niña. Entonces le sonrío, asiente, suspira y camina hacia adentro. Seguro Silvia ya lo está esperando.

En Madrid, 2019

Tuga Astudillo

Ecuador (1979)







Santiago Vizcaíno Armijos

Ecuador (1982)

El tedio

Si he de creer en las palabras de Spinoza,
la muerte vendrá esta noche acompañada de este gemido...¡brr!...

ANTÓN CHEJOV, *Una noche de espanto*

La tarde llevaba el angustioso paso de un caracol sobre la hierba. Había contemplado el perverso trajinar de los transeúntes como en aquellas películas en blanco y negro que solía ir a ver cuando niña. Desde la ventana sentía crecer en su cuerpo la oscura vibración por lo que estaba maquinando. Hace algunas semanas, esa idea solo le parecía un gesto trémulo, un aleteo frágil; pero las circunstancias y su incontrolable deseo de dar fin al dolor, le habían afirmado en aquella trágica decisión que estaba por llevar a cabo. Sola, como una mosca en una telaraña. «Este domingo acabará todo», pensó.

Esperaba el momento con la ambigua serenidad de un torturado. Llevaba su mente hacia un sueño en que la libertad, lo que ella en ese instante comprendía como libertad: la sensación de verse desatada, era un jardín donde una niña sencillamente se perdía. Justificaba su acto desde su posición de víctima. Había dejado que la necesidad de poder la habitara en su forma física. Nunca fue una mujer mentalmente dichosa, por ello siempre miró el ultraje como el único pan que podía recibir.

Cuando él llegó, la noche había empezado su tránsito de fosa. Ella ni siquiera quería mirarlo. La rabia contenida durante tantos años suele moldear un carácter taciturno, veleidoso. Hace mucho tiempo que un grave silencio se había establecido como vínculo conyugal. Solo frente al mundo, disimulaban una relación de costumbre, de obligación maltrecha. Una insostenible relación de sombras sobre el lodo. Había que ponerle fin, darle un giro vertiginoso y ella estaba dispuesta a hacerlo.

Lo vio entrar sin decir una sola palabra, solo el gesto convulso del verdugo. Asintió cuando él dijo que estaba cansado —ahora era él quien estaba cansado—, que iría dormir. Esperó con la tranquilidad que requiere la muerte. Ordenó nuevamente sus cosas para la huida. Se detuvo al mirarse al espejo y cierta vanidad y desparpajo anidaron en su rostro. «Qué dichosa es la maldad», pensó.

Casi a medianoche se acercó a la habitación. Contempló desde el umbral aquel cuerpo de hombre y retuvo solo la imagen del cuerpo como si se hundiera en la cama hasta el abismo. Asió la cuerda con sus dos manos en la espalda. El sudor parecía introducirse vehemente entre los poros de su piel. Caminó temblorosa hasta la mesa de noche. «Es ahora», se dijo. Otra vez el cuerpo, la rabia contenida, el tedio. Ansiaba con todo su aliento que todo esto terminara, que el animal de la noche sepultara su odio y la dejara marcharse.

De pronto, él despertó. La miró e hizo un gesto compasivo, sin temor. Ella estaba petrificada, como si el animal al que iba a sacrificar le devolviera la figura silenciosa de su odio. Por un momento, se sintió derrotada. No había pensado en esa posibilidad. Nunca lo había visto despertarse en medio de la noche, aun cuando ella solía deambular por la habitación como una loba encarcelada.

Así transcurrieron tormentosos segundos y creyó que iba a desmayarse, a cejar, a excusarse con alguna estúpida razón. Él la siguió mirando con esa absurda mueca de ternura, sin darle importancia. Pero ella seguía ahí, con el peso desolado de su cuerpo a punto de estallar. Ahora era ella quien tenía el espantoso deseo de morir. Lo había planeado todo, la cuerda, la cantidad de fuerza que debía imprimir, la frialdad irreversible.

«Cómo será la muerte», le preguntó en un último arranque de valentía. «Debe ser como dormir», dijo él, y se volteó como si nada hubiera ocurrido. Ella miró la habitación con la extrañeza de alguien que despierta de un coma profundo. Pensó que ese lugar jamás había sido suyo. Sintió el peregrinaje de sus sueños como el paisaje que se pierde a través de la ventana de un tren. Giró su cuerpo silenciosamente y abandonó la habitación. Allá afuera esperaban sus ropas y la llama apagada de su deseo. Al salir, el aire de la noche corrigió el abrupto latido de su corazón.

En la habitación, sobre la alfombra, la cuerda formaba el círculo del perímetro de un cuello.

Carlos Vásconez

Ecuador (1977)

Ronroneos

A Carlston Williams le agradaba la sensación de ordenar las cosas del granero. Le gustaban las lampas y los rastrillos, colocarlos en orden según sus tamaños y según las herrumbres que mostraban como laceraciones que el tiempo en vez de curar ha terminado por incrementar. Su cabello naranja tenía del sol la costumbre de achicarse con el paso del día. Se le ensortijaba, lo que había provocado que desde niño se viera a sí mismo como un hombre de la mañana, madrugador, lo que su psiquis significaba trabajador, que a media tarde ya no tenía una sola idea que valiera la pena. Bostezaba con insistencia, hasta que al tercer día en la finca las cosas le volvían a parecer tolerables.

Una vez, Carlston se dispuso a contar cada grano de maíz que sus sirvientes habían recolectado la última semana. Llegó a perderse en los números y volvió a empezar dos veces, enamorándose de algunos de esos, metiéndoselos en los bolsillos como si robara algo que fuera valioso para alguien. En la cama, los contó de nuevo. Les habló como hablaba el mayoral a las gallinas y a los cerdos, con mimos incluidos, con seriedad luego, contándoles alguna noticia.

Le gustaba la leña apilada. También el campo abierto colina abajo con árboles mudos. En ese sector anochecía primero y amanecía al último que en el resto de la granja.

No era habitual verlo por la finca. Iba allá tres o cuatro veces al año, cuando empezaba a sentir achaques en la espalda por no conciliar el sueño. Su automóvil no hacía juego con el paisaje. Un BMW rojo descapotable que con solo verlo daba ganas de acariciar con la mejilla. Al acelerarlo, ronroneaba. El estéreo reproducía a The Doors con nitidez y los quejidos de Morrison llegaban a energizarlo de pies a cabeza. El aire del campo lo reconfortaba, así como la licencia que recibía de su mujer para perderse en sí mismo por unos días. A los pocos días sentía que sus manos cobraban una fuerza inusitada, que nunca habría atribuido a la soledad sino a los beneficios propios del viento limpio, del sol violento, de la violencia de la sombra, de, ahí, sentirse nada en este mundo si el mundo era sensato.

En casa, por el contrario, se sentía mal con frecuencia. Le dolía el estómago, retortijones que le habían trazado una arruga entre las cejas

que le enfadaba hallar al verse al espejo; a veces sufría leves mareos que si no se recostaba se agudizaban con el paso de las horas. Era como si la gripe lo acechara. Por más suculento que fuera el almuerzo, apenas ingería ridículos bocaditos que Fernanda, su esposa, interpretaba como desdén y en ocasiones como aburrimiento.

—Si vas, no olvides echarle un vistazo a mi vaquita —le decía Fernanda— y déjales una moneda a esos pobres niñitos.

A Carlston le gustaban los diminutivos. Él no sabía cuál era la vaquita a la que se refería Fernanda. Solo pedía cuentas y al constatar que el número del ganado era el estimado, le escribía un mensaje de celular confirmándole el bienestar del bovino. Sí sabía a qué niños se refería.

La finca era algo más que grande. Tenía caminos que nadie sabía a dónde llevaban. Un par de lagos pequeños y uno en el que los peces nadaban a gusto. La habitaban hileras de ficus y robles igual que pinos y maizales desperdigados. El mayoral, un hombre de pocas palabras llamado Celso Enríquez, cultivaba todo lo que podía, y, si alguien se hubiese animado, lo habría calificado de experto en agricultura. Carlston estaba seguro que Celso podía ver cómo crecían las espigas, que sabía de memoria el recorrido de las abejas hasta sus panales, que preveía el clima o que incluso lo controlaba. Celso Enríquez vivía ahí con sus tres hijos varones, caras anchas, mongoloides, muslos robustos, espaldas torcidas; su esposa Gabriela del Rocío, siempre de delantal, chillona, y una adolescente traviesa hasta la maldad a quien conocían como Peta, aunque la sospecha generalizada era que su verdadero nombre era Ricarda. A los catorce años cumplidos intentaba retozar con quien se le apareciese en frente, así se tratara de sus propios hermanos, quienes soportaban sus ínfulas e insinuaciones con un heroísmo que los hacía perderse en los maizales y melonares por horas en espera de que Peta se cansara de buscarlos y gritar sin pudor que si no salían de donde estuvieran ella tendría que tocarse. Ella los perturbaba resueltamente, sobre todo para molestarlos, pero por insistir encajaba de tal manera su pensamiento que terminaba por quererlo de verdad y los buscaba por el bosque y el granero y la colina adyacente hasta que se rendía y volvía malhumorada a casa a no saber qué hacer.

La finca era una monstruosidad, hectáreas cuadradas de prado y camino de caballos y perros que iban y venían, y a pesar de sus dimensiones, nunca nadie estaba ocupado de verdad. La gente aprendía a darse por vencida, porque no sabían cuál era el siguiente paso de su labor diaria, aunque también a veces por el mal olor que expelían sus axilas y que interpretaban como una afrenta hacia los improbables visitantes que llegarían sin previo aviso. En lugar del trabajo, empeñaban sus horas en beber aguardiente a bocajarro y fumar con suficiencia. Las amplias distancias que tenían que

cubrir para ir de un lado a otro inspiraban caminatas reflexivas y, de eso, cualquiera aseguraría que extraían enseñanzas ancestrales y visiones espléndidas del paisaje, además del todo hermoso. Sin embargo, no poseían almas artísticas; ese espacio les vaciaba los brotes naturales de indagar por la sutileza o un placer más contenido. Celso entendía tan bien a la tierra que había afinado sus habilidades de cultivo y siembra a niveles de superdotado. De habérselo propuesto, habría sido un extraordinario catedrático en alguna facultad de ingeniería agrónoma, aunque su torpeza al hablar lo habría delatado, que era la misma razón por la que sus hijos no aprendían a sembrar ni a cultivar. Salía de la casa destartalada en la que vivían y nadie lo entendía, pero en menos de lo que canta un gallo acumulaba en el granero quintales y bolsas repletas de maíz que luego comerciaba en Cuenca. Tenía una camioneta Toyota, casi nueva, que limpiaba a diario y a la que también le contaba historias. Viajaba a la ciudad dos veces a la semana, aplastando el acelerador criminalmente, y vendía en un santiamén cada bolsa. No tenía ni siquiera que decir mucho. Las exhibía, plantado en una esquina de un mercado mayorista con un cartelito maltrecho, y no demoraban en desaparecer, bolsa y cartel. A veces lo acompañaban sus hijos, que no eran de gran ayuda y que si iban, era a ver a las mujeres; a Celso le importaba muy poco.

Carlston Williams había adquirido la propiedad en 2006 a una pareja de ancianos decrepitos que invirtieron todo el dinero en un mausoleo descomunal. Estaban acostumbrados a lo gigantesco. Carlston, que era bueno, pensaba en ellos con frecuencia. Duraron trece años sobreviviendo casi en la miseria, en un cuartucho del centro de Cuenca, comiendo a lonjas y migajas lo que alcanzaban a reunir de las calles. Nadie los conocía y nadie se preguntó qué se les cruzó por la cabeza, por qué realizaron tal disparate. La ciudad no era amplia ni el cielo quedaba lejos. Sentían que si levantaban la mano un poco más allá del foco lo rozarían, y temían con tal vehemencia que eso sucediera que empezaron a caminar a gachas. Solo Carlston los identificó en un par de ocasiones deambulando del brazo como timoratos viajeros del tiempo perdidos en una época que no era su destino, tironeando cada uno hacia su costado.

Féretros de lujo, lápidas con frases ordenadas a un poeta local, el mausoleo de mármol y argamasa y un testamento que nadie leería hasta que ellos fueran enterrados, en una posición que dibujaron en una noche de lucidez en la que encajarían sus pubis con precisión de miniaturista, como si conocieran al pie de la letra las composiciones fisiológicas de los humanos.

A la finca Carlston le dejó su nombre original, Finca Real, ante la oposición de su mujer y, tal vez por eso mismo, permitió sin el menor miramiento que sus habitantes siguieran ahí, tranquilos, llevando su vida

cotidiana, con la cláusula de que cuando él llegase estarían a su entera disposición. Al escuchar por respuesta un pausado y por eso claro «Por supuesto», no pudo evitar dirigir la mirada a Peta, quien mordía su labio inferior, torciéndolo, en un gesto que había visto en la pantalla a alguna actriz en una escena decidora y que no pudo, por más esfuerzo que puso en el intento, recordar de quién se trataba. Durante días esa imagen le ardió en la base de la garganta, sentía a un gusano que comía ahí, que depositaba sus heces ahí, sobre sus palabras, a propósito. Entonces comprendió que hay una gama mayor de insectos que no han sido catalogados, muchos de ellos invisibles, cuya respectiva misión es destruir palabras, empañar destinos con un aliento fétido, borrar pasados revolcándose en la memoria que guarda la piel. Y reconoció, con un dolor en el costado producido por haber descubierto algo así de trascendental, que la única manera de preservar el pasado de manera intacta y cuidar por un futuro de ensueño, es protegiendo a capa y espada al propio cuerpo, y que eso, y nada más, es el presente. «Es el cuerpo el que viaja y el que ve y el que siente y el que huele», se decía a sí mismo, mientras encendía un cigarrillo. «Es el cuerpo el que es capaz de vivir, si no, seremos otros, y a eso llamo yo locura».

Sería en abril, tiempo de cosecha, cuando en casa las cosas anduvieron mal y prefirió un tiempo en la finca, aunque esta vez, y para que se demuestre que las cosas estaban verdaderamente mal, lo acompañó su mujer. No corrió el toldo del BMW. No oyó The Doors. La finca no le pareció la misma.

Fernanda tenía dos gatos. Rino y Nitis. Nombres estúpidos. Ronroneaban diez veces por minuto. Eran gemelos y tenían asma. A Carlston los gatos le resultaban antipáticos. Ella los llevó consigo, los acicaló y los llamaba alternativamente como se le venía a la mente. Nunca supo cuál era cuál, o quizá simplemente les alternaba los nombres para hacerles sentir más de uno, descuido que le era devuelto a arañazos en el antebrazo o en los muslos. Ya en la finca su actitud fue despótica, tratando a todos como sirvientes de tercera categoría, incultos, malhadados, pseudo esclavos. Su marido le había contado alguna vez acerca de los anteriores propietarios y Fernanda no podía no relacionar ese comportamiento demencial con los trabajadores de la finca. Incluso lo relacionaba con la misma finca. «Las cosas se parecen a sus dueños», blandía seguido.

Ella, ecuatoriana, desfallecía por las ganas de divorciarse de Carlston, pero consideraba poco civilizado hacerlo de un hombre que jamás le causó el menor disgusto de manera intencional y que podía considerarse alguien íntegro. Él era canadiense, todos lo creían estadounidense. Alto, bien parecido, tenía entre las piernas un lingote de

oro: era estéril. ¿Cuántas veces las amigas de Fernanda, fijando su mirada en la entropiada de Carlston, no destacaron que con «eso» harían maravillas y que el hecho de su esterilidad era un mensaje de Dios que se traducía en «Haz con él lo que gustes, no hay riesgo»? Fernanda reía a carcajada batiente y pensaba esa noche si había entendido bien lo que le habían dicho sus amigas.

A Carlston en cambio Fernanda lo seducía. Sus piernas no eran muy largas, pero en cambio estaban bien torneadas, daban la impresión de alguna vez haber pertenecido a una balletista. En esas piernas se encerraba una gana de correr que era la culpable de esa sinuosidad. Cuando en la piscina se las frotaba con algún ungüento, la atravesaba un placer inusual, por lo que no permitía en ningún centro de tratamiento de belleza que alguien le pusiera las manos encima. Temía por sobre todas las cosas excitarse en público y no poderse contener. Alguna vez en la universidad le pasó algo parecido, y con el roce de la mano de un muchacho, que ni siquiera era muy agraciado, había roto a llorar del deleite, lo que él confundió con dolor, repudio. Los últimos años, esas piernas se volvieron el lienzo preferido de sus gatos, lo que la avergonzaba en público, por lo que no las exhibía ya nunca.

El resto de su cuerpo era simplemente una prolongación de sus piernas. Terso y enfático, si se quiere, como un león salvaje que en medio de la sabana resulta inevitable ver petrificado mientras se acerca dispuesto a servirse un convite, contemplarlo como último recurso en su animalidad latente y eterna pero también majestuosa y temible. Por eso Carlston la consideraba menos de lo que era, la tenía por idiota, por alguien que nació destinada a bestia por siempre, por siempre estando al acecho de su hombre. A veces, solo a veces pensaba que todo ese pensamiento era culpa suya, «No haberle dado hijos la obligó a ser un primate, a buscarlos en el espejo o en mí, a seguir la vida como una mujer elemental», se convencía, con dolor.

Habían visto el atardecer. Antes habían tomado unos refrescos de té. Se sentían en un safari de tintes decimonónicos en medio del África septentrional. Rino y Nitis se revolcaban en los muslos lacerados de Fernanda que caía semidormida por el sopor del no hacer nada. Carlston leía a intervalos una revista de economía de la que le interesó un artículo de importación de una nueva especie de madera y que se vendía muy bien en ciertas prisiones centroeuropeas para las manualidades de los reos. Le pareció un buen negocio y él, al ser extranjero radicado en el país, sabía de las facilidades para emprender. Aunque ya se sentía viejo para emprendimiento alguno. Se sentía doblemente viejo al no contar con herederos a quienes dejar cualquier fruto de su esfuerzo.

—No te duermas aquí —la despertó con su español intachable.

Fernanda se espabiló y fue rasguñada por incomodar a uno de los felinos. Carlston había dejado de quejarse de esos animalejos hacía ya varios años.

—No estoy dormida.

—No digo que estés dormida, digo que estás a punto de hacerlo. Y es mejor para todos que vayas a la recámara.

Eran personas pudientes, de eso no cabía la menor duda, pero para Fernanda el dinero no era excusa para que alguien emplee en estos tiempos términos arcaicos como recámara. Carlston tenía facilidad para las lenguas. Francés, italiano, portugués, las ramificadas del latín se le hacían agua en la boca.

—¡Recámara, recámara! —repitió con el fin de molestarlo, pero Carlston estaba sumido a la idea del negocio. Ella se incorporó con torpeza y notó que había estado más adormecida de lo que pensó, lo que la obligó a espabilarse más aprisa para evitar darle la razón al idiota de su marido, como lo llamaba para sí.

—¿En dónde está? —la voccecita salía de la boca de Peta.

—¡Ah! Hola, Peta.

—¿Ya nos dejó a solas?

—¿Te refieres a Fernanda?

—La bruja.

Carlston la miró con simpatía. Miró cómo le gustó a la muchacha decirlo así, *bruja*, arrastrando con regocijo la jota. La miró transparentándola, igual a como ve a su hijo un padre amoroso, buscando en esa criatura grosera indicios de un futuro prometedor. La miró largo rato, lo que a cualquier otro ser humano habría conmovido. Pero Peta era imperturbable. Mientras era contemplada con intensidad armaba estrategias silenciosas con lo que tenía a mano. Habló y ese acto humano fue como ver que se despierta un tejón y en dos patas empieza a recitar un poema de César Vallejo.

—No me regañe, que ya sé que algunas personas aprenden muy bien de los maltratos de otras.

Carlston se sorprendió de esa facilidad léxica de Peta como Fernanda se había sorprendido siempre de la de Carlston. Lo curioso es que a él eso no le incomodó, sino que le causó ternura.

—No tengo ningún derecho de regañarte. Tú puedes hacer lo que te plazca y decir lo que gustes. Pero sí puedo darte un consejo: cuidate de repetirlo en frente de ciertas personas, ya que hay quienes son muy susceptibles, y mi esposa es una de esas personas.

Se abalanzó sobre los muslos de Carlston y, con movimientos

felinos, empezó a ronronear.

—Vamos, ánimo, acarícieme como ella a sus muchachitos.

Carlston no supo en qué lugar esconder sus manos. Ya había anochecido por completo. Era más de noche. En el fondo cantaba un gallo y el derrape de un camión se repitió con su eco a lo lejos, tal vez más cerca de lo que estaba aquel gallo. Al tenerla encima suyo pudo verla con detenimiento. Le faltaba un diente frontal superior que no intentaba ocultar. «Uno esconde sus orificios», pensó. Peta aprovechó la atención que él le prestaba a su boca para arrojársela como un búmeran. Lo besó tan rápidamente que ni siquiera le dio tiempo para evitar el beso, pero sí tuvo tiempo, ganas y fuerza para dejarla caer ni bien ella se desprendió de Carlston y su aliento insecticida.

—¿Tanto tiempo es que no ha besado?

Tiempo era el que le faltaba para saborear ese beso, que al fin y al cabo no le había caído nada mal, pues sí, siglos haría que había besado con un átomo de pasión.

—El padre Rodrigo siempre me repite lo mismo, solo quienes no besan tienen mal aliento. «¡Los besos son un manjar que perdura en el paladar!».

—El padre Rodrigo te ha...

—Me ha hablado mil veces de mil cosas. Es un sabio. Me enseñó las constelaciones. Me enseñó que ciertos días hay hombres que caen rendidos a los encantos de las mujeres de cierta edad. Hay un día para todo. Un día ustedes quieren mujeres adultas, y adúlteras, jijiji, y otros días necesitan amor puro y santificado, y hay los días en que darían el alma a Satanás por una niña como yo.

Y se volvió a morder el labio inferior. Y volvió su boquita que desconocía de carmín a torcerse como si le doliera satisfactoriamente un pellizco entre muslo y trasero o como si una víbora le mordiera un pezón. Y Carlston estaba cerca de fenecer cuando se recompuso, se levantó de la silla y le exigió a Peta que fuera por su padre, que necesitaba un correctivo de inmediato.

Llovió de nuevo. Peta se fue, enfurruñada y puntualizando que su nombre era Ricarda, «Ri-car-da», lo que sonó a amenaza.

Celso Enríquez nunca aparecería: todas las noches, después de las siete, empezaba su proceso de embrutecimiento alcohólico que nada en el mundo era capaz de detener, lo que con el paso de los minutos aplacó el mentiroso rencor, pero también el deseo que lo desbordaba a Carlston, quien no tardó en caer dormido en la hamaca contigua a la mesita de estar. Fue interrumpido por la incomodidad a eso de las doce menos quince. No había una sola luz en la casa y en los alrededores reinaba el hueco que

dejan los sonidos que se sabe que al día siguiente se convertirán en lo normal.

Durmió placenteramente junto a su esposa, los gatos no daban señal de vida. A la mañana siguiente, con el beso todavía en la punta de la lengua, se desquitó con Fernanda. La despertó como se inventan por ahí que se despierta a una princesa de un largo y reparador sueño.

Bajaron al comedor. El desayuno estaba servido. Peta se presentó como la cocinera.

—Sus majestades —dijo, y de inmediato Carlston recordó el episodio de la noche y se reprochó intensa e impulsivamente por no haberla delatado ante su padre—, me he permitido prepararles un suculento desayuno. Es mi plato favorito, que además me sale *al dente*.

Fernanda no entendía nada, por eso se sintió halagada. Era una mujer que no comprendía de los buenos o malos tratos de un menor de edad y para quien cualquier elogio resultaba siempre justificado. Se olvidó de todo e hincó el trinche entre las menudencias y los jirones de carne y papas y tocino. Carlston comió a otra velocidad, saboreándolo todo, seguro de que aquel beso de esa chiquilla le había cambiado algo de sus hábitos de sueño, sentía que su cuerpo se había descargado.

Al tercer bocado, abrió los ojos como una persiana que es corrida en un día veraniego. Carlston pensó que ahí había gato encerrado. «¡Gato!», se dijo ya en voz alta.

—¿Y tus gatos? —preguntó a su esposa, aunque con toda su atención sobre Peta y su postura erguida, manos trabadas atrás de la espalda.

Fernanda negó con la cabeza y la boca llena.

Se dio un silencio. Dos. Por fin:

—Yo me encargué de esas liendres chillonas. ¿No me diga que no se dio cuenta que por eso usted no puede dormir, se-ñor? Pues déjeme que se lo diga lo que todos aquí sabemos: usted es alérgico a los gatos. Anoche les pedí a mis hermanitos bellos y obedientes que los raptaran mientras su esposa dormía profunda y borrachamente y usted descansaba con placidez a la intemperie.

Nadie vio más a Peta. El centro de atención fue la otra mujer. Fernanda regurgitó el bocado antes de que la arañase por dentro. Eso pensó ella, aliviada.

Luego, la tunda que recibió Peta por parte de sus hermanos (que no fingieron no gozar) fue ejemplar. No era gato el desayuno, era un simple estofado de ternero con aliños justos. Pero eso a nadie importaba. Quizá Peta también lo gozó.

Héctor Olivera

España (1965)

La venganza de hipatia

Tras pasar la velada en el club de escritoras, asistiendo a una conferencia sobre Hipatia de Alejandría, decidí regresar a mi casa en taxi. Y al subirme y nada más darle las buenas noches, el chófer comenzó a insinuarse; que si iba muy guapa, que cómo me lo había pasado, que si tenía novio, que si de verdad quería irme a mi casa, que la noche era joven todavía... Pretendía que picara en el anzuelo y no cesaba de tirar de carrete dialéctico. Por lo que parecía, aquel taxista rijoso de cabellos grasientos, ojos vidriosos y dicción espesa, creía que una bajada de bandera podía ser la antesala de una bajada de bragas. Me indignaba tener que soportar aquella intromisión verbal indeseada, y más, cuando se suponía que estaba usando un servicio público. Se imponía por mi parte cambiar de tema de conversación, eso o decirle que se detuviera y abandonar el vehículo; esto último se me antojó injusto, estaba pagando un servicio que no era precisamente barato y merecía un respeto como usuaria y como persona. Recordé que en la tertulia con mis colegas escritoras habíamos debatido, en un aparte, acerca de la importancia de la sintaxis y eso me dio la pista. Le pregunté al chófer sicalíptico si él creía que los servicios de Uber acabarían con los taxis. Mano de santo. Fue nombrarle la bicha y comenzar a despotricar en modo taxista contra la competencia desleal y el Gobierno que la permitía; una monserga acerca de la injusticia que se cometía con el sector y sobre lo sacrificado que era dedicarse al taxi y lo peligroso que era el turno de noche, etc, etc. Yo tiraba del hilo continuamente para que no regresara a la conversación anterior, prefería aguantar su tabarra gremial a que me siguiera incomodando con sus babas. Entonces, se me ocurrió una pequeña venganza. Juro por Dios que yo no hago estas cosas, pero estaba tan enojada, tan harta de que por ser mujer tuviera que aguantar a moscones, piropos obscenos, impertinencias, acosos y faltas de respeto varias, que lo pensé y lo hice, sin reflexionar, comportándome como la loca del coño que estos tipos se creen que somos. Me moví hasta sentarme en el borde del asiento trasero y metí furtivamente mi mano derecha bajo la falda, separé la braga y tiré del hilo.

Llegamos a mi destino y ya fuera del coche tras pagar la carrera me acerqué a la ventanilla y le dije:

—Así, ¿que eres un enamorado de la belleza femenina?

Le desconcertaron mis palabras, pero se repuso al instante, adoptando la actitud anhelante y de seductor de pacotilla que había exhibido anteriormente.

—Tú lo has dicho.

—¿Y te gusta todo de las mujeres?
 —¡Todo!
 —Pero, ¿todo, todo, todo?
 —De las mujeres como de los cerdos me gustan hasta sus andares.
 —¡Qué gracioso! —exclamé y solté una risita hipócrita.
 —Chica, si te montas de nuevo, te llevo donde tú quieras y no te cobro la carrera —me propuso hiperventilado por la excitación.
 —No puedo.
 —Dime, al menos, cómo te llamas.
 —Hipatia —mentí. La sabia alejandrina había inspirado mi acción. Aquella misma tarde me enteré que la filósofa respondió al cortejo de uno de sus discípulos entregándole un paño impregnado con su menstruación.
 —¿Qué nombre es ese?
 —Es que soy de Albacete, es una virgen de allí.
 —Da igual, ¿te vienes?
 —Si me lo hubieras propuesto antes... ¿Ves la luz en la ventana del séptimo? No levantes la cabeza, por favor. Es mi marido nigeriano —volví a mentir— que me vigila.
 —¿Nigeriano, nigeriano?
 —Bueno, su aldea está ya tocando al Camerún, pero sí, nigeriano. Es muy celoso.
 —De verdad que no sé qué necesidad tenéis con liaros con tipos de afuera —¡Vaya! Otro clásico de conversación de taxista fachorro, basurear a los inmigrantes, me dije.
 —No era tan celoso, se volvió estando en la cárcel.
 —¿Ha estado en la cárcel?
 —Asesinato, pero no fue él, yo le creo —el taxista tragó saliva.
 —Yo, en cambio, sí que dejé parapléjico a un tipo que me acosaba —lancé una nueva trola.
 —¡No me jodas! Me cuesta creerlo viéndote tan femenina.
 —Hice un curso de autodefensa. Si quisiera podría matarte ahora mismo; una patada certera, te hundo la nuez en la garganta y morirías asfixiado.
 —¿Sería en defensa propia, no?
 —¿La agresión? Sí, claro, aunque el Juez no lo vio así. Era un baboso que me dijo: «Que no me entere yo que ese culito pasa hambre». Y desde entonces el que no puede levantar el culo de la silla de ruedas es él. En el curso de reinserción para expresidarios es donde conocí a Kunta, mi actual pareja.
 —Bueno, guapi..., esto..., que tengas buenas noches.
 Subí a mi apartamento riéndome, imaginando la cara que pondría cuando encontrara en el suelo de la parte trasera de su taxi mi tampax usado. ¿O acaso no dijo que le gustaba todo de las mujeres?

J. R. Spinoza

México (1990)

Espantapájaros

¿Quieres saber cómo terminé aquí? Fue a causa de los cuervos. ¡Vaya que son listos! ¡No! ¡No me pongas esa cara! Esto sucedió antes de que nacieras... ¡Ven, pónete sobre mi hombro! Te contaré la historia. ¿Dónde estaba? Ah, sí... ¡Ustedes son muy listos! Una vez vi un documental acerca de una parvada como la tuya que imitaba el aullido de los lobos. ¿El motivo? El lobo llegaba a la zona y capturaba a la presa que la parvada había visto y, luego de comer, dejaba la mesa lista para ellos.

Los cuervos son como nosotros, omnívoros y oportunistas, comen de todo y, por eso, al llegar al rancho del abuelo Hermes, no me sorprendió que intentaran comerse el maíz. Lo que me pareció increíble fue que un viejo y descolorido espantapájaros los mantuviera a raya. Digo, se supone que son tan inteligentes como para recordar rostros y hacer funerales a sus muertos. ¿Acaso, no se dan cuenta que aquel muñeco clavado en la tierra no puede hacerles ningún daño?

Eso mismo se lo pregunté un día al abuelo mientras veía por la ventana cómo uno de ustedes descendía en diagonal y frenó en el último momento, a pocos centímetros del espantapájaros. Las plumas negras se encrespaban y pareció detener el viento. El cuervo hizo una elegante maniobra y dio media vuelta hasta posarse en un deshojado algarrobo, el más cercano al maizal y ahí se quedó...

—Tal vez no sean tan listos, no creas todo lo que dicen en la televisión. Una cosa sí te digo, de vez en cuando aparece uno muerto. Cuando eso sucede, los demás se reúnen alrededor del árbol, como si le estuvieran haciendo un velorio.

—¿Y por qué se mueren? ¿Tienen algún depredador por los alrededores?

—Ya te lo dije, chico, no son tan listos.

Quien sí parece muy listo es el abuelo Hermes. Agricultor de maíz, tiene un rancho muy grande y tres camionetas: una para trabajo forzado, otra para ir a la ciudad y una muy lujosa que rentaba para las fiestas de las quinceañeras y las novias del pueblo.

Habían pasado seis meses desde la muerte de mis padres, cinco desde que me había mudado con mi abuelo. De hecho, pasé un mes en el orfanato — un lugar donde viven los niños que no tienen familia—. Al parecer, el anciano tuvo que hacer mucho papeleo para poder tener mi custodia, una custodia es...

bueno, no importa, la cosa es que el abuelo tiene dinero, mucho dinero. Su casa es del tamaño de ocho casas de la ciudad y su televisor es más grande que una puerta. Un televisor es... bueno, no es tan importante, el punto es que vive bien. Era natural pensar que quería compartir su riqueza con su único familiar vivo.

Antes de esto, me gustaba vivir en el rancho. En primer lugar, el abuelo no creía en la escuela, así que no me obligaba a ir. Inclusive, llegué a pensar que en un futuro me heredaría sus bienes, así que aprendía con mucho gusto las labores del campo. Por la mañana revisaba las gallinas y tomaba algunos huevos frescos para el almuerzo. Después ordeñaba a Gertrudis, le ataba las patas, luego arrimaba un banquito y un par de baldes de metal. Por último, enjuagaba sus ubres y después bombeaba. La primera vez me dio mucho asco, pero con el tiempo se hizo algo automático.

El abuelo preparaba el almuerzo, casi siempre eran huevos con frijoles, aunque de vez en cuando desayunábamos cereal. Decía que debía comer bien para crecer muy alto y fuerte. Acostumbraba darme una segunda ración que siempre aceptaba con gusto. Por la tarde podía jugar videojuegos o escuchar música en mi habitación.

A veces, el abuelo se iba y me quedaba solo en la casa. No me daba miedo. A las seis era hora de recoger leña y el abuelo me había asignado, como parte de mis deberes, llenar dos carretas de leña cada segundo día.

Lo único que me molestaba un poco era la hora de dormir, el viejo era muy estricto con eso. A las 8:12 pm, hora en que caía la noche, debía estar en mi habitación y no bajar para nada hasta el día siguiente. No había justificación alguna porque mi cuarto tenía baño, así que no necesitaba nada de abajo.

La noche en que todo esto me pasó, yo estaba recostado en mi cama, con mi mano entre las piernas, pensando en Dove Cameron, cuando algo chocó contra mi ventana. Me levanté de golpe y corrí hacia ella. Un ave negra se aproximaba al suelo y justo antes de tocarlo, desapareció. Me tallé los ojos y miré nuevamente, no había error, el cuervo chocó con mi ventana, cayó y se esfumó, como si se lo hubiera tragado el mismo viento.

Salí de mi habitación descalzo, poniendo especial cuidado de no hacer ruido al bajar las escaleras. Cuando estuve en el recibidor, tomé la llave del portallavero y abrí la puerta. La cerré lo más despacio que pude. El suelo estaba cubierto por una especie de niebla color negro que no dejaba ver el pasto. Apenas bajé el escalón que separaba la casa del patio, perdí los colores. Todo el mundo era blanco y negro. Temeroso, volví a subir. Debí haber entrado en la casa, debí haber subido las escaleras y debí hacer como si no hubiese visto nada, pero no fue lo que hice. Volví a bajar. Caminé por ese mundo sin color. Pronto me di cuenta que tampoco había sonido, no escuchaba el viento, ni el trinar de los grillos. Sólo... graznidos. Sobre mí, volaba una parvada de cuervos. Descendieron y, coordinados, volaron a mi lado, hasta llegar al espantapájaros. No parecían

tenerle miedo. Incluso algunos se posaron en sus brazos. Me acerqué para verlos mejor. Descubrí que el maizal había desaparecido. No había nada, salvo la casa, los cuervos y el espantapájaros.

—¡Hola!

—¿Quién ha dicho eso?

—Soy yo — el espantapájaros acababa de mover su boca.

—¿Tú?...

—Mi nombre es Atlas, ¿quién eres tú?

—Soy Pirítoo.

—Es un extraño nombre, ¿acaso tus padres no te querían?

—Mis padres murieron.

—Lo siento mucho —dijo y noté que había sinceridad en la disculpa del espantapájaros, quien no podía mover los brazos, pero agachó la cabeza un poco.

—Ahora vivo con el abuelo Hermes.

—Ese no es tu abuelo, ni siquiera es un hombre.

—¿A qué te refieres?

—¡Libérame y te lo diré!

—¿Liberarte?

—Desata mis manos y pies —obedecí. El espantapájaros bajó de la cruz.

Me sonrió y comenzó a desvanecerse.

—¡Corre! —viré.

Un demonio gordo y gris, con garras en manos y pies, estaba junto a la casa. Corrí, corrí por última vez con todas mis fuerzas.

—Pero te alcanzó.

—Sí, me alcanzó.

—¿Qué te hizo después?

—Bueno, esa es una historia para otra ocasión. Amanecerá pronto.

¿Recuerdas qué pasa cuándo amanece?

El pequeño Hugin abandonó mi hombro y voló hacia el algarrobo.

—Algún día traerá otro niño y necesitaré tu ayuda.

En un mar de muertos

La inscripción está grabada con letras doradas, justo en la placa debajo de un cuadro en particular. Uno que muestra a un hombre parado junto a un faro mirando abajo hacia el océano, donde centenas de esqueletos arrastran a otro sujeto idéntico a él a las profundidades marinas.

Dicha pintura se ubica al centro del salón de juegos de *Il casinò della vita*. La contemplo por unos momentos, como esperando hallar alguna respuesta o que provoque una epifanía que me ayude a salir de este embrollo. Mi padre decía que un hombre con fe, vale más que uno con suerte.

Lo cierto es que tengo pocas posibilidades. Es la penúltima ronda y sobre la mesa están dos reinas (de diamante y de corazones), un ocho de picas y un as de tréboles.

La chica a mi derecha se levanta, puedo ver el terror en sus ojos. Escucho cómo sus uñas rasgan la orilla de la mesa. Su blusa amarilla está empapada de sudor. Entonces corre. Un estruendo. Cae abatida por la bala. El crupier guarda el arma bajo la mesa.

—Su turno —me dice.

No le atiendo. Observo el humo rojo que emana del cuerpo de la chica y flota por el salón hasta el trono de Mammón quien abre la boca y lo aspira. Toma un pañuelo verde de su solapa y se limpia los labios. Viste un traje color gris oscuro y usa mocasines negros. Su apariencia es la de un hombre rondando los cuarenta. De hecho, cuando entré, temí que se exagerase la fama del lugar. No fue hasta que vi morir a los primeros, hasta que vi como el demonio se alimentaba de sus almas y, por supuesto, hasta que vi ganar al primer jugador, que lo creí. Escuché que lleva siglos consumiéndose almas, incluso se corre el rumor que le ganó el alma inmortal a un antiguo dios del mar.

En *Il casinò della vita* las reglas son sencillas. Se apuesta todo: «*Omnia aut nihil*». Sólo hay un ganador por mesa. Seis jugadores. El premio, cualquier cosa que desees. Cien millones de dólares, la mujer de tus sueños, la cura para alguna enfermedad. El demonio

lo consigue para ti. Los otros cinco participantes, en cambio... Bueno, ¿quién juega esperando perder?

—Su turno —escucho el corte de cartucho y vuelvo a la realidad; a mi par de ochos rojos.

—Voy —respondo. Es lo único que puedo decir, es lo que dice también el anciano a mi izquierda y la mujer que sigue de él. Porque la otra opción, la de rendirse y... nos ha quedado claro que tampoco podemos correr.

Un par sujetos en traje recogen el cuerpo de la chica. Si son demonios o humanos al servicio de Mammón, lo ignoro. ¿A dónde llevarán los cuerpos?, los he visto retirar más de veinte cadáveres en el tiempo que llevo jugando, algunos de esos tipos regresan con el calzado y la parte inferior del pantalón mojada, será qué...

—Última ronda —anuncia el crupier. Toma una carta, el tiempo se hace lento, pesado. Si la carta es mayor a nueve estoy perdido, lo mismo si es de color rojo. La única carta que me podría ayudar sería... ¡SÍ! Un ocho de tréboles. Casi se me sale un «Gracias a Dios».

El hombre a la izquierda del crupier —un treintaero con gafas oscuras, quien había mostrado mucha seguridad durante toda la partida—, ahora muestra un rostro desencajado.

—Voy —se le corta la voz.

—Voy —dice el gordo a su izquierda. Su camisa azul rey está empapada de sudor. Usa una toallita a juego para limpiarse la frente.

Seguiría la chica de amarillo. Ver su lugar vacío me hace perder la poca confianza que gané.

—Voy —digo, quizá sean mis últimas palabras.

Los siguientes jugadores van también.

—Jugador número uno, descubra sus cartas.

El hombre se quita las gafas. Puedo ver que le falta un ojo. Respira hondo antes de descubrir sus cartas. Un as de picas y un nueve de tréboles. Par de ases. Respiro aliviado.

El gordo destapa sus cartas con una sonrisa tamborileándole el rostro. Reina de picas y dos de corazones. Otro estruendo. El hombre tuerto yace en el suelo, el crupier le ha disparado en la cabeza.

Descubro mis cartas rápido. Al ver mi póker de ochos, el gordo mira al crupier como suplicando misericordia. Recibe un disparo por la espalda. Uno de los hombres de traje acaba con su vida.

El anciano da vuelta a sus cartas con una lentitud que me hace temer por mi vida. Pero, una vez las revela, el miedo es remplazado por lastima. Él nos contó, antes de empezar, que su hija tenía cáncer, nos suplicó que le dejásemos ganar. Aparté la mirada, justo como ahora. Quizá

eso sintió mi padre al perder hace veinte años. No lo sé. Pero si esa chica tiene un hermano, él sentirá lo mismo que yo cuando Matilde murió y papá no regresó.

Solo quedamos dos. La mujer de negro y yo. Será algún augurio que anuncie mi funeral. Descubre sus cartas. Sonríe. Reina de tréboles y de picas.

—Pokér de reinas —anuncia.

El crupier levanta el arma. Yo trago saliva. Dispara. La mujer cae al suelo.

—Tenemos un ganador —anuncia el crupier— preséntate ante nuestro señor Mammón para hacer tu petición. Mientras camino hacia el trono del demonio, comprendo lo que sucedió. Sonrío.

—¿Puedo pedir lo que quiera? —el demonio asiente con la cabeza—. ¡Qué cierres este maldito lugar!, ¡qué se hunda en el olvido!, ¡qué jamás vuelva a existir un sitio como este!

Siento todas las miradas en mí. Los jugadores de todas las mesas se han detenido. Esperando tal vez, que sea un chiste, o que el demonio se niegue. Pero Mammón luce molesto. Lanza un rugido que me ensordece por unos momentos. Me llevo la mano a la oreja y descubro que sangran. Ambas. Mis ojos se cierran.

Al despertar una ola enorme viene hacia mí. Me golpea. Estoy bajo el mar. Arriba hay una luz. Nado hacia ella pero justo cuando voy a salir por aire algo me detiene. Es mi padre. Me sujeta de la pierna. Debajo de él un hombre gordo, un tuerto, el maldito anciano, la chica de amarillo, un mar de cadáveres.

Ila Coronel

Ecuador (1982)

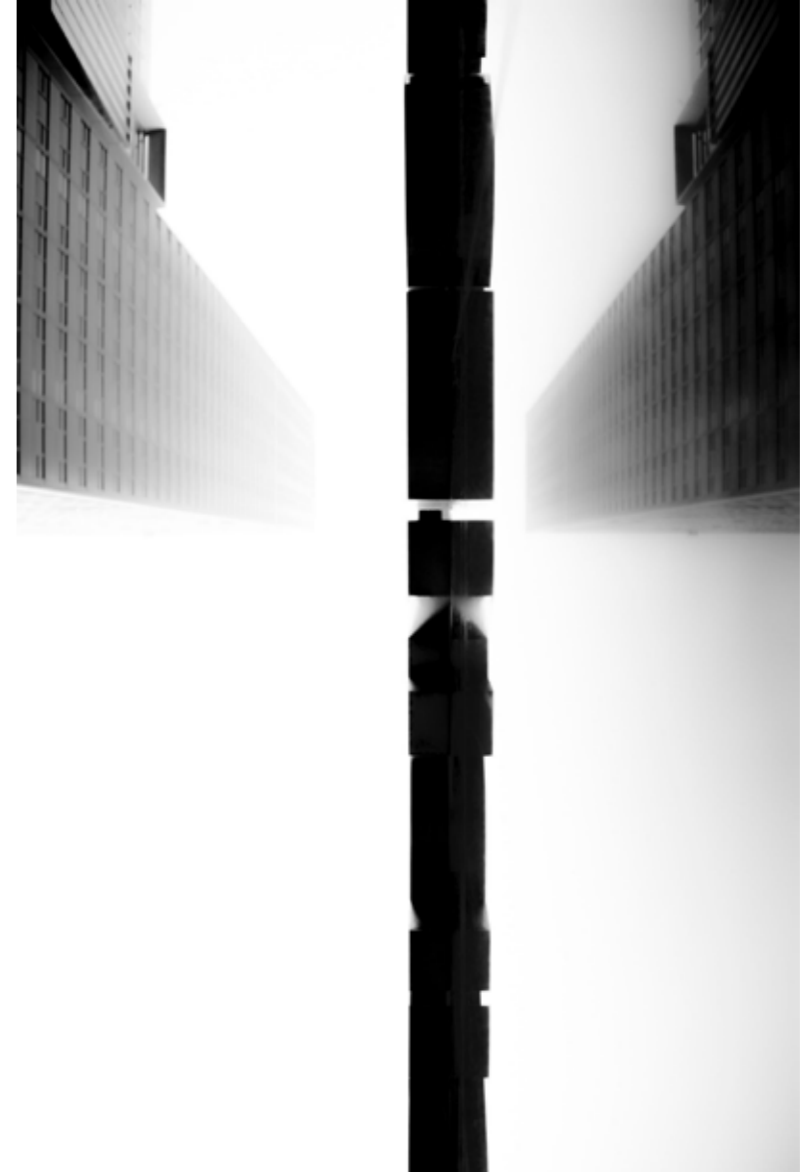




276



277



Luis Felipe Aguilar Feijoó

Ecuador (1977)

Del voyerismo

—¿Nervioso? —me pregunta Negrófilo apenas subo a su Mercedes.

—Sí, pero también tengo mucha curiosidad —respondo, frotando las manos en mis muslos para ahuyentar un frío que quiero atribuir a la noche y no al miedo que siento.

—No hay nada como la primera vez.

—No hay nada como la primera vez —repito y la sonrisa del guapo, pulcro y elegante de Negrófilo me demuestra lo acostumbrado que parece estar a noches como esta.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Sí. Estoy muy entusiasmado.

—No será parecido a nada que hayas visto antes, te lo aseguro.

—Yo disfruto ver. Es lo que soy.

—¿Voyerismo? Jamás he entendido por qué lo encuentran emocionante. ¡Pero si hay muchas cosas que se le pueden hacer a alguien! ¿Acaso, no te aburre ser sólo el testigo?

—Yo tampoco entiendo del todo por qué alguien desea acostarse con un cadáver, pero de todos modos quiero verlo. Por eso estoy aquí.

—Es un abuso a lo sagrado y a lo pútrido al mismo tiempo. Nada puede lograr eso. ¡Nada! Es una violación imposible... inalcanzable.

—Vaya, lo tiene bien pensado —replico viéndolo a los ojos— en mi caso no sabría decir qué es exactamente lo que me gusta.

—Tan solo mirar ¿Qué puede haber de excitante? —dice justo antes de frenar ante las puertas del viejo cementerio.

—¿Y si nos descubren? —pregunto antes de bajar mientras Negrófilo marca al número de teléfono de nuestro cómplice.

—Si encuentras a alguien que no sea el enterrador: esta es tu arma —me susurra mientras me da uno de los martillos con los que abriremos la pared del nicho—. Apuntas a la nuca, no pierdas tiempo con amenazas.

Tras la puerta del cementerio asoma el enterrador, un hombre viejo que bebe aguardiente de una botellita y que luego de saludar a Negrófilo con un movimiento de su cabeza, pregunta con voz ronca:

—¿Doctor, él es su estudiante?

Negrófilo lo confirma soltando elogios en los que alude a mi

potencial futuro como cirujano. El enterrador, con una menor reacción a la que yo esperaba ante semejante mentira, asiente con su cabeza y nos hace un gesto para que lo sigamos a través de los pasillos del camposanto, hacia la parte más oscura, al sitio en donde los pobres guardan sus muertos.

Cuando se detiene señala un nicho que, rodeado de flores, tiene escrito con pintura blanca una fecha de años atrás y los nombres y apellidos de un hombre.

—Tiene suerte Doctor. Nunca encontrará algo así —carraspea y bebe un sorbo de aguardiente—. Murió hoy en la tarde. Una chica pobre y linda de las que no hay, ya lo verá. Su papá me dijo que no tuvo para médicos ni para velarla como se debe, entonces yo lo ayudé.

—Quiere decir que...

—...que nuestro amigo pensó en nosotros —completa Negrófilo, interrumpiéndome.

—El Doctor sabe que algunas veces doy ese servicio a las personas que quieren evitar gastos. Un entierro es cosa cara. El terreno, las flores, la misa, todo cuesta; por eso, a veces, si alguien lo requiere rompo la pared medianera, así entra una caja más, después es cosa de colocar una lápida y recomponer el epitafio. Los pobres también tienen derecho a un sepelio ¿No lo cree? Además, no hay quejas. Nadie pregunta después: «¿mi muerto está solito?». Estoy seguro que los que originalmente pagaron por este sitio, y que ya no asoman, jamás sabrán que la muchacha que fue enterrada hoy a las seis de la tarde iba a estar eternamente al lado del abuelito. Y ahora entran ustedes. A que no sabía que tengo un amigo médico —dice dirigiendo un guiño a Negrófilo— que extiende el certificado de defunción sin hacer examen para dar a sus estudiantes la oportunidad de tener cuerpos para sus prácticas, sin autopsias, sin formol ¡Fres-qui-tos! En fin, todos ganamos—. Explica el enterrador.

Negrófilo saca de un sobre el dinero que cuenta sobre la mano del enterrador. Al terminar, me mira con algo de rudeza y recuerda mi deber de recolectar el dinero de mis compañeros, caso contrario, advierte, no nos entregará el cadáver.

—Si viera los cuerpos que nos dan de la morgue —me veo compelido a mentir— se daría cuenta que hay una gran diferencia entre el que usted nos da y el que nos presta la universidad.

—¿Tiene que estudiar a una mujer, doctorcito? —me pregunta el enterrador tras mi balbuceo.

—Quiero darle una mirada —contesto con picardía hacia Negrófilo, quien en respuesta, alza una ceja mientras me ve.

Con el dinero en el bolsillo del enterrador, él y yo, golpeamos con

los martillos la tapa del nicho que se rompe con facilidad. Pronto la luz de mi linterna muestra al tosco ataúd de madera y después, cuando el enterrador destapa el féretro, a una chica de cabello negro, mal maquillada, que viste una blusa blanca con hombreras y un pantalón oscuro.

—Parece que va a una entrevista de trabajo —añado tratando de simular valentía ante mis acompañantes.

—Ya veremos cómo le va —acota Negrófilo.

—Es bonita —señala el enterrador— o mejor dicho, era bonita.

—Sí, sí, ¡vamos!, que nadie nos vea —dice Negrófilo que de un momento a otro me apura a retirarnos.

Después de que la ve, todo se acelera. Con la ayuda de una carretilla, en donde colocamos al cuerpo, corremos hasta el auto que él enciende y acelera sin ningún amago de sigilo. Una vez llegados a la mansión, Negrófilo me guía con visible ansiedad por corredores y escaleras hasta un cuarto amplio que contiene la cama más grande que he visto en mi vida. Es ahí donde colocamos al cadáver de la mujer que de forma inmediata, a órdenes de mi anfitrión, comienzo a desnudar con la ayuda de un cuchillo.

—Está helada —comento pensando, por primera vez, que me será asqueroso verlos.

—Cúbrela con estas mantas eléctricas, la carne fría mata cualquier erección.

Después me ordena que la perfume, encienda unas velas y, por último, buscar un *negligé* que debía estar, según me explicó, al fondo del último cajón de una gaveta.

—Una de las mejoras cosas del mundo es un cadáver fresco, pero un cadáver fresco y tibio es nada menos que sublime —susurra cerca.

Pobre de mí. Todavía tenía el *negligé* entre las manos y todavía mi espalda se electrizaba por su frase cuando entreví, en el oscuro reflejo del espejo que tenía al frente, cómo su mano descargó violentamente el martillo contra mi nuca. Yo era su cadáver fresco y tibio. Me mató de un golpe, fiel a su consejo, sin perder el tiempo con amenazas.

Desde mi alma o fantasma o lo que sea en lo que me he convertido, atestigo cada acción que Negrófilo ejecuta. Primero, quita una de las mantas del cuerpo de la chica y me la pone encima. Después algo hace con unos botones que están en su mesita de noche, porque una música, en un volumen tenue, entra en el cuarto. Y enseguida, tomando el cuchillo, hace girones de mi ropa. Yo veo todo boquiabierto, al tiempo que me voy cuenta que la vida se me fue.

Grito e intento golpearlo pero no pasa nada, ni siquiera siento el aire. Solo puedo ver cómo tras segundos lerdos Negrófilo, que baila al

son de la música, casi se ha desnudado. Solo que ahora no se ve ni guapo, ni pulcro. Se revela del todo como un pervertido, un loco, que cumplirá sus abyectos caprichos con la chica que yace boca arriba con las piernas abiertas y con mi cuerpo que se encuentra boca abajo, el cual incluso da más pena por la sangre que se seca en mi nuca.

Y claro, lo previsible, de un momento a otro, sucede. El trastornado de Necrófilo se baja el interior y queda finalmente desnudo. Enseguida besa a la muchacha en la boca y de un momento a otro la penetra. Ojalá — ruego— se satisfaga con ella. Finalmente miro lo que se suponía vería en vida. Un cuerpo inerte recogiendo las embestidas de un necrófilo, solo que éste es además mi asesino. Extrañamente, no siento nauseas. Resulta que sin estómago no hay arcadas, ni asco, pero sí hay pensamiento y curiosidad. Tal vez por ello intuyo, con algo de ilusión, que si yo estaba ahí, quizá el fantasma de la muchacha también estaría cerca; por eso salgo del cuarto, al pasillo, a la escalera, pero no la encuentro, resulta que mi suposición es apresurada. Ella no está aquí. Acaso tal vez porque los fantasmas en algún punto nos aburrimos de vigilar las carnes que nos contenían, o porque el cielo o el infierno viene por nosotros o es tal vez que hay una segunda muerte, la verdadera... pero mis elucubraciones son interrumpidas, noto algo nuevo que solo los fantasmas podemos ver: hay un brillo atrás de los ojos de Necrófilo que mi cadáver no tiene, y esa luz también está en ella. No está muerta. Es más, la luz que sale de sus adentros se apaga por un pequeñísimo instante con un movimiento en su cara, el del parpadeo que demuestra que ha recuperado la conciencia.

Sus primeros segundos con nosotros son únicos: sus ojos se enciman enormes en el reflejo que le devuelve el espejo, su cara se transforma en el horror, por lo pronto silente, de despertar con su cuerpo oscilando bajo las embestidas de Necrófilo al tiempo que los ojos luminosos registran la ropa rasgada, mi cadáver desnudo con un pegote de sangre en el pelo y la espalda del hombre que la viola. Supongo que demora en gritar porque se resiste a admitir que la escena no es una pesadilla, sino que todo lo que ve, siente y huele le está pasando a ella.

Finalmente sucede lo inevitable. Aceptada la realidad, el grito espeluznante invade la mansión. Necrófilo, que gemía, enmudece por completo. Siente el corazón que se le aplasta y a los dedos de la hasta hace unos segundos difunta oprimiendo su cuello y también cómo ella, con una fuerza insospechada, invierte la posición en que se encuentra y se coloca encima de él, lo que en conjunto hace que el espíritu de Necrófilo, del puro espanto, termine a mi lado.

¡Qué alegría! ¡Me han vengado! Veo cómo el afligido fantasma de Necrófilo con cara de profundo y triste espanto mira alrededor sin saber qué le pasó. Después, haciendo lo que yo, dirige su atención a los tres cuerpos desnudos y escatológicos, pero sobre todo a la muchacha que lo ahorca más allá de la muerte con un esfuerzo tal que cada uno de sus poros enrojecen hasta irradiar una especie de flama furiosa y bella que enseguida nos hechiza, por nueva e inolvidable, para siempre. Es ahí cuando mi alegría se esfuma. Ver que el fantasma de Necrófilo o lo que él sea, sonría fascinado, me trastorna. No quisiera admitirlo, pero el hecho que ahora compartamos esto y que él comprenda lo que yo no pude explicarle cuando estaba vivo, sí, definitivamente, sí me joderá la eternidad.

—Mira lo que me está haciendo —repite un par de veces Necrófilo quien está curioso, contento y traslucido—. Al fin te entiendo, Voyerista. ¡Hay cosas que nos asombran mucho más si las espiamos!

Sonia Criollo Chiriboga

Ecuador (1981)

Traslación

...Y entonces, Leticia estaba ahí, parada frente al espejo, mirándose, estupefacta, sin comprender si lo que había acabado de experimentar, fue o no real, si se trataba de un sueño o la máxima expresión de su imaginación, producto de tantos días apartada de todo; o de su implacable insomnio. Sus pupilas completamente dilatadas observaban su reflejo: un joven y ovalado rostro, ojos y nariz pequeña, cabello oscuro y mojado... vestida con una franela gris, jeans desgastados y tenis negros, toda su ropa mojada. Suspiró y tragó saliva.

Lentamente volteó y observó por la ventana de su habitación; todo estaba igual afuera: el sonido de uno que otro auto, perros ladrando, la calle vacía y las ramas del viejo árbol de eucalipto agitándose, nerviosas, en el viento. Sin moverse aún, Leticia contempló su habitación: su cama, su velador, su lámpara, su piano, su computador y su teléfono celular... todo, todo en su lugar.

Pero, ¿qué es lo que acababa de suceder? Su cuerpo, físicamente estaba ahí, podía ver sus manos ligeramente temblando, sus dedos, su piel fresca y sus uñas en tono violeta... su cuerpo frío y mojado y, aun así, todavía podía sentir en todo su ser, el calor de un fogón encendido, el aroma de una sopa cocinándose en una olla de barro, podía ver incluso la textura del líquido mientras sus propias manos lo removían.

No sabía de qué se trataba, pero fue un momento en el que pensó que un sueño podía ser más real que la vida.

«¡Mamá, mamá!», Leticia escuchaba, a viva voz y en retrospectiva, cómo unos infantes la llamaban. Ese extraño suceso se confundía con su realidad, las voces se repetían en su mente y por momentos creía que ciertamente los pequeños correteaban por ahí, muy cerca de ella. Todo era confuso, ella no era madre de nadie, tenía diecisiete años. Mas la sensación estaba ahí, fresca y viva.

Aún de pie, frente al espejo se recordaba en ese sueño, con un largo vestido que ondeaba mientras ella caminaba presumida con una colorida chalina; podía ver su cabello castaño y crespo envuelto en una larga trenza... y su piel, blanca, muy blanca, mejillas pecosas y labios rosados. Así se recordaba, así se miraba.

La casa en donde se encontraba era un lugar enorme que olía a adobe, podía ver esa arrugada y tosca forma en las altas y gruesas paredes, mientras caminaba hacia un gran patio central decorado por variadas flores, todo perfectamente fusionado en un jardín que, sin dudarlo, lo sentía tan propio, nada ajeno, al igual que cada lugar en esa casa.

Caminaba por un corredor que la llevaba a una amplia huerta, atrás, donde estaban los niños que la llamaban mientras alborotados, saltaban de un lado a otro entre una suave llovizna.

«Nadie me creerá», pensó Leticia mientras volvía a mirarse en el espejo, aún impávida.

Remembraba la huerta, con un esplendoroso color verde que la envolvía, podía mirar varios árboles frutales y, en medio, el más grande de todos, un árbol de eucalipto que tenía largas ramas agitándose nerviosas en el viento. Se miraba acercándose a él, tocándolo, mientras la corteza, mezclándose con una tibia llovizna se impregnaba entre sus dedos.

«¡Mamá, el ferrocarril, el ferrocarril!», gritaban los niños mientras señalaban al majestuoso tren que pasaba a lo lejos, segundo a segundo, respiro a respiro, como si el tiempo se detuviera, como si transitara en cámara lenta.

«¡Es una locura!», pensaba Leticia. Pero el recuerdo fresco del sonido del ferrocarril, la sensación de la corteza del árbol y el llamado de los niños, de súbito, la hicieron recordar: «¡Laura, yo me llamaba Laura! Esa vieja casa, el jardín, el adobe y los niños, mis niños...». Leticia cerró sus ojos y sintió su cuerpo caer en el vacío, en la nada llena de todo, en un espacio tranquilo, líquido y cálido. Después de un momento, como en un destello, como un susurro, a lo lejos, escuchó una voz que, cada vez más nítida la llamaba: «¡Laura, Laura, despierta Laura!». En sus frías mejillas sintió las cálidas manos de un hombre, abrió sus ojos y lo miró mientras él la seguía llamando; era un simpático hombre que llevaba sombrero, camisa y pantalón de tela.

Entre la lluvia, Laura lo miró sin poder distinguirlo, trató de incorporarse sin entender aún lo que sucedía. Lo miró otra vez, un poco más de cerca y entonces pudo reconocerlo: ese hombre era Ricardo, su esposo.

Mientras la cubría, Ricardo la sujetaba y la llevaba. Laura miraba a sus hijos correr junto a ella hacia la casa, más confundida aún; su largo vestido y su chalina empapados y, a lo lejos, las rieles del ferrocarril y las ramas del viejo árbol enredándose con el viento.

Caminaron por el pasillo y subieron las escaleras que los dirigían a su habitación, aquellas escaleras que recordaba haber transitado tantas veces. Laura aún trataba de sincronizar sus pensamientos y sus recuerdos.

Cada paso que daba la hacía regresar, cada respiro le daba algo de sentido al sinsentido.

Al ingresar en la alcoba, mojada de la cabeza a los pies, miró con detenimiento cómo todo estaba en su lugar: su lecho matrimonial, su sillón de descanso, su peinadora de madera, su piano, su armario... todo en su lugar.

Mientras su esposo pedía a los niños que salieran de la habitación para que Laura descansara, ella divisó un gran y llamativo espejo al fondo... se acercó a él.

...Y entonces ahí estaba Laura, parada frente al espejo, mirándose, estupefacta, sin comprender si lo que había acabado de experimentar, fue o no real, si se trataba de un sueño o la máxima expresión de su imaginación. Sus pupilas completamente dilatadas, observaban el reflejo: su rostro, su cabello y toda su ropa mojados. Suspiró y tragó saliva.

Rafael Idrovo Esponiza

Ecuador (1992)

Hilos

Huellas

Luz







Natalia García F.

Ecuador (1991)

Habitaciones llenas y vacías; escaleras, cuadros y grietas fueron las nuevas postales de mi mundo mientras duró el confinamiento. Mi madre y yo, a pesar de ser muy cercanos, nos vimos frente a frente, como en un primer encuentro. Reconocimos límites que fueron expandiéndose y contrayéndose cada día. Ambos buscamos espacios individuales, construimos nuevas reglas de convivencia. Controlamos y huimos de nuestras emociones y conflictos; muchas veces, sin lograrlo del todo.

La terapia en casa, el descanso, el calor, el cariño, la paciencia, las pastillas, el juego, las risas, el llanto, las novelas, el llanto en las novelas, las noticias, las discusiones, la comida que compramos el fin de semana, la eterna espera por la llamada de los que se fueron, el tejido, las costuras, las chompas, las bufandas, la limpieza, la plata; el peregrinaje lento, desmenuzado, en dosis por día, para no tentar la llegada del dolor; los batidos, el café con pan, la Sol, sus persianas y las mías.

El vuelo de la tortuga, una estrella en una galaxia llamada ernesto carrión

Al empezar a escribir sobre esta obra de Ernesto Carrión mis primeras preguntas son ¿cómo escribir de un autor que es todo escritura?, ¿qué palabras puedo añadir yo a las que él ya ha tomado? Ernesto Carrión es uno de nuestros más grandes escritores, no lo dicen solamente todos los premios que ha ganado, lo dice su poesía que te rompe, sus novelas que te dejan temblando. Escribir sobre Ernesto Carrión es arriesgarse a quedarse corto. Lo haré tomando en cuenta ese riesgo; sabiendo, de entrada, que quizá todo lo que puede hacerse con la obra de Carrión es leerla, toda, con el conocimiento de que Carrión es una galaxia, un cosmos, y que cualquier cosa que yo pueda hacer con esta obra, *El vuelo de la tortuga*, es tratar de girar sus cabezas y mostrarles con mi dedo cómo brilla una estrella.

El vuelo de la tortuga no puede resumirse en un simple argumento. Es la historia de una ruptura, una catástrofe que se va replicando hasta el más pequeño y profundo nivel: el de la persona y su identidad. *El vuelo de la tortuga* es una historia de migración, es también una historia de ese Guayaquil que no vemos, de los relatos que nos inventamos para sobrevivir, una historia de abandonos y también de búsquedas.

Ernesto Carrión trabaja con la palabra como materia viva. Forma y contenido van juntas, las voces de los personajes se deforman y nos deforman porque su narrativa no es cómoda, no complace; se retuerce y en ocasiones uno tiene ganas de cerrar el libro y mirar a otro lado. Ese es el momento exacto en que uno sabe que está delante de un libro que atrapa la realidad para golpearte con ella. Un libro vivo, de los que valen la pena.

Ernesto Carrión utiliza la ficción como un arma peligrosa. Al leerlo uno siente incluso envidia de este hombre que parece espiar el mundo y captar el momento exacto cuando estalla. *El vuelo de la tortuga* reproduce ese estallido y los ecos que permanecen. En ese sentido, nos ofrece una novela que se puede leer en muchas capas, como las mejores obras. Así, descendemos del gran cataclismo del feriado bancario hasta la vida de seis personajes: Yolanda, madre y esposa rota, cuya vida está determinada por su marido, falso intelectual de izquierdas; Caupolicán, el trabajador que

parte de la provincia al puerto principal del país donde monta un negocio que morirá con él; Wong, un inmigrante chino, testigo de ese sur de Guayaquil cuyas calles son la casa de sus habitantes; Mario, el periodista que encuentra en la noticia una historia; por último Francisco e Iván, los personajes principales, cuyas vidas están atravesadas por el abandono de la madre. Las vidas de todos estos personajes son el eco de la catástrofe de un país entero y del caos que es Guayaquil, *esa ciudad paridora de insectos*.

Para plasmar la catástrofe y ese estallido capaz de dejarnos sordos, Carrión parece convertirse en un instrumento, como dice Mircea Cartarescu sobre él mismo, se convierte en ese alguien a través del cual la vida se escribe. La vida como un lienzo grande en el que los seres humanos estamos hechos del mismo material que todas las cosas, porque en *El vuelo de la tortuga*, el hombre, el lugar y la historia son uno solo. Yolanda es también el fracaso de nuestro país, Caupolicán es la promesa de una vida mejor en otra ciudad y Francisco se convierte en el río Guayas, monstruo mudo.

El vuelo de la tortuga es la obra de un artesano. No hay nada suelto. El autor escribe la historia a imagen y semejanza de la vida, pero la dota de algo más. Quizá es ese pulso poético el que convierte esta imitación en una obra superior a la original. Quizá lo que vibra todo el tiempo es esa tortuga que vemos en el fondo del relato, que se mueve lentamente, como un anciano, hacia el precipicio y anuncia nuestra caída.

Debemos agradecer a la poesía por dejar que Ernesto Carrión se desplazara al terreno narrativo. Hay que saber, sin embargo, que no lo ha soltado del todo. La escritura de Carrión está manchada de poesía. Hay mucho de narrador eficaz y atento a la trama en esta novela, pero también hay mucho de poeta y alquimista. Así, asistimos a veces a la transmutación de la palabra en materia orgánica viva:

«Un ebrio es un escaparate de cicatrices»

«Late una verga, sí, late en su inhumanidad»

«Y nosotros que no habíamos hecho el éxodo, éramos también el éxodo»

«Y en medio de todo esto: el semen, las balas y los sables. O sea: el hombre y su tormento»

«Nosotros. Los habitantes buenos y malos de esta nación familiar que respira en un edificio que parece estar siempre a punto de desplomarse»

«No hablar es flotar sumergido en un vastísimo líquido amniótico dentro del cerebro».

Es ese pulso poético el que nos convierte en lectores atravesados por la palabra. Pero no hay que confundirse porque en *El vuelo de la tortuga* vive el poeta, pero también el periodista y el escritor compulsivo. La historia se sostiene en cada uno de estos desdoblamientos del escritor. *El vuelo de la tortuga* es una historia sin trampa, hay belleza en la palabra, pero no se deja de

lado, en ningún momento, al lector. Todas las preguntas se responden, todos los cabos se atan. En manos de Carrión nos volvemos lectores compulsivos.

En todas sus entrevistas, el autor habla de su escritura compulsiva. *El vuelo de la tortuga* se escribió en menos de dos meses. Mucho de ese fervor se siente en la lectura. Carrión nos atrapa y ya no nos suelta. Lorrie Moore, una escritora estadounidense, afirma que escribir y leer son actos compulsivos. La ficción literaria, dice, «es una compulsión divina que nos ha sido legada; un eco, una reducción, pero algo que debemos hacer para imitar, quizás para honrar, esa creación original, y que debemos hacer sabiendo que somos endeble, gaseosos». Esta compulsión divina que parece perseguir a Carrión lo convierte en esclavo de sus personajes, como él mismo afirma. Divina quizá porque Dios mismo era un creador compulsivo y en seis días creó el mundo. A Carrión le ha llevado dieciséis años crear su universo, con tres tratados en los que vuelve a crearlo una y otra vez; un poemario, donde plasma, como dice Cecilia Ansaldi, los gritos atormentados de Robert Lowell, Sylvia Plath y Anne Sexton y el poemario *Revoluciones cubanas en Marte*, un largo poema a su padre asesinado.

Después, dejó la poesía y ha escrito nueve novelas, con las que va completando su galaxia. Cualquiera día de estos se da la vuelta y mira que su creación es buena y como aquellos que están enfermos de escritura — Dickinson, Dostoievski, Kafka o Proust—, desaparece entre sus palabras.

He corrido el riesgo de hablar de *El vuelo de la Tortuga*, obra que Carrión ha publicado el año pasado en la editorial Cadáver Exquisito. Seguramente me he quedado corta. Prefiero siempre volver a sus páginas. Quizá lo que debí decir desde un principio es eso: ¡Corran! No duden y entren en esa galaxia llamada Ernesto Carrión, anímense a mirar esta estrella, tomen las palabras que él escribe, déjense romper por ellas y, sobre todo, atrévanse a seguir a esa tortuga que camina en el fondo de la novela y hagan de esta caída un vuelo.

Freddy Ayala Plazarte

Ecuador (1983)

Este texto forma parte del libro *Anotaciones en la otra esquina del mundo (pensamiento nomadista)*, publicado por Bichito Editores (Ecuador/España, 2020).

Chamanismo futurista

ANOTACIONES DE LA MÍSTICA EN ESTAMBUL

A veces, suceden episodios místicos y chamánicos en nuestra existencia, sin que, incluso, lo concibamos así: a veces, uno tiene que dar vuelta al mundo para volver a encontrarse con la vida en la esquina de su casa —¿la misma esquina?—, aquel lugar, donde, tempranamente, la infancia en plena manifestación revoloteaba entre cromáticas canicas, teniendo empedernidos apostadores que no paraban de fijarse en el círculo y deslizándose por la tierra.

El enigma de las canicas era rodar sobre las superficies cóncavas y convexas, hundirse en el sedimento del agua y dejar temblando a los sonidos. Eran pequeñas esferas utilizadas por lazarillos que buscaban una alianza con lo místico, antiguo movimiento del universo que se resumía a tingar y apuntarlas hacia un agujero: ¿acaso ya emulaban la futura física que se tradujo al agujero negro? Un ejercicio del que se sabía poco en el desierto de quien labraba teorías y entregó su imaginación a las ventanas; y que, paradójicamente, no todos eran capaces de acceder a tal abertura.

Sin embargo, las canicas aceptaban ser tingadas a un abismo y en ese movimiento nos invitaban a que olvidemos la ciencia y nos concentremos en la sencillez mecánica de los dedos: idioma tan incierto y lejano para quien envejecía. Pero, esas mismas canicas, iban desprendidas de su mismo movimiento en cada movimiento geométrico, yendo de un espacio a otro espacio, de una vibración a otra vibración, donde el polvo dejaba de frecuentar la distancia de un número.

El ejercicio de impulsar canicas hacia agujeros de arena, primitivamente —si algún momento revisamos los manuales del juego (por supuesto, asevero en el sentido memorioso del término)—, era un ejercicio propio de la mística, es decir, lanzarlas a campo abierto, en nombre de jugar al sonido del viento; y que, por supuesto, no necesitaba de licencia, ni permiso legal, ni tampoco de la aprobación de los veteranos visitantes de la angustia; pues, su lúdica forma era afín al mundo de los niños: solo había que mover la esfera de un espacio a otro.

Aunque en cada intento, de hecho, se podía errar la caída al agujero —como todas las posibilidades que suceden en el esfuerzo de alejarnos de nuestra propia esquina e ir por el mundo—; no obstante, los lazarillos inmediatamente comprendían que había que agacharse e intentar caer en ese precipicio. De lo contrario, las

canicas no podrían moverse de aquella esquina, dejarlas en el mismo lugar, era condenarlas a repetir el sentimiento de pertenecer a un solo sitio.

En este sentido, se puede atribuir que el movimiento geométrico de las canicas es a la vida misma, porque se torna interesante cuando el pensamiento, si no siempre el cuerpo, viaja de una distancia a otra distancia, de una lejanía a otra lejanía: todos somos los lugares, sin lugar a dudas, lejos de la territorialidad fundada por la historia y lo local, sabemos que podemos transmutar a otras ontologías, místicas y religiosidades.

Encontrarse la vida en una esquina luego de darse la vuelta por algún universo, es uno de los sentidos más atrayentes para un navegante o caminante; y eso, incluso, lo sabe, hasta el viajero que por tantos meses estuvo en el océano del vientre, moviéndose de un tejido a otro, raspando el agua y la sangre, pateando la imaginación de una futura vida, abatiéndose en el intento sigiloso de salir y de llegar al mundo. Y, entonces, hubo movimiento en el vientre, travesía apolínea de no quedarse en el encierro, acaso, de atreverse a salir de una maternal caverna, donde se condensan los anhelos más sugestivos de la primera memoria: a la que pocas veces podremos imitarla en sonidos.

Moverse de una memoria a otra memoria podría plantearse como un chamanismo futurista⁴. La imagen del futuro en el chamanismo es cercana al enigma de la sombra y disonante con la belleza del vértigo; conspiración con el fonema o con alguna hierofanía que guardamos entrañablemente.

Por lo tanto, el chamanismo futurista no pretende ser una disciplina, ni mucho menos la responsabilidad de un chamán⁵, peor aún si se piensa que es la apología de un elegido. En otras palabras, no es un chamán o sacerdote iluminado, es, más bien, un estado arcaico en el que se encuentran un cúmulo de invocaciones, narrativas, geografías, paisajes, relatos, voces, músicas, letras, imágenes, geometrías fractales, bosques, que invitan a desterritorializar nuestro propio espacio, y que permite entrar en contacto con otras fuerzas espirituales.

Así, una especie de madera chamanista es el olor antiguo que tiene un libro; la puerta que dejamos cerrada en la habitación que desocupamos; la

⁴ 'ismo' fue popularizado en el tiempo de las vanguardias y, en esta ocasión, lo acuño con el afán de indagar en el nexo de los sentidos con espacios ancestrales, primitivos, primigenios, atávicos como si el chamanismo futurista fuese aquella canica que encuentra el éxtasis en el agujero desconocido. A su vez, utilizo 'futurista' en el sentido más ajeno al progresismo o al devenir materialista; 'futurista', más bien, aduce a la posibilidad de entender el origen como el verdadero futuro de la palabra, de la ontología del ser y del encuentro con los antiguos forjadores del sonido. 'Futurista' porque, de cierta manera, traslada los metalenguajes de la infancia a la infancia de cada instante, una necesaria valoración para averiguar algo más sobre lo que somos en el universo.

⁵ Así también, vale decir que, un chamán, por antonomasia, es un sacerdote medicinal; legendario profeta del misticismo de la naturaleza que pacta con los sentidos sagrados de dimensiones desconocidas y, por ello, posee cualidades totémicas y es capaz de entrar en contacto con fuerzas y paraísos extraterrenales.

leña que servía para abrigar a los vientres que parieron junto a la ceniza. Un chamanismo futurista dibujado en bosques de un interminable zumbido, en nada se parece a quedarse en medio de una estrepitosa avenida, donde ruidos y barullos confunden el sentido espacial del paisaje.

A diferencia de ello, en medio de la madera petrificada y del verdor, sucede que uno solo puede asumirse en la desnudez del pensamiento, el desconocimiento de uno mismo. Apenas el bosque sugiere que es un lugar fundante del chamanismo futurista, porque desintegra todas las supuestas armas que posee alguien en la urbe: propicio sitio para estudiar la distancia que llevamos en el adentro.

En el chamanismo futurista es interesante la retrospectiva, quiero decir que es más común imaginar el futuro que imaginar el pasado como futuro. Algunos pueden pensar que el futuro es lo que no sabemos o no existe, por supuesto que, en efecto, sí, pero desde una aseveración materialista; y también pueden argumentarse que puede resultar más estratégico reducir el pasado a un recuerdo, dado que si recurrimos a la historia, o a las narrativas y macrorrelatos, de hecho, lo podremos reproducir, imitar, o intentar reconstruirlo con la técnica (y esto, pese a que el psicoanálisis trabajó, con acierto, en que los traumas salgan y el sujeto hable y que el pasado tenga que ser conciliado para sobrellevarse).

Sin embargo, no caen en cuenta de que imaginar el pasado como futuro, puede tardar siglos, ante lo cual, cabe decir que, por ello, ni siquiera, hasta la fecha, hemos podido explicar algunos misterios del pasado. Científicamente o fisiológicamente, los especialistas pueden explicar cómo sucede el nacimiento, y actualmente se puede saber el sexo del embrión, pero, a expensas de esta metodología científica, solo la madre es capaz de experimentar el misterio que conlleva la gestación, poblada de encantos e inexplicables emociones que invaden su ser, ya sea cuando anota los números de sus primeros meses, o cuando vuelve a la concepción para reafirmar su maternidad.

La madre, en efecto, vive el período del parto como una esencia mística del asombro por la vida que lleva dentro de sí. Tal fundamento, permite establecer que la gestación sugiere imaginando el pasado como futuro, no tanto por el hecho de saber cómo será o qué rasgos llevará, sino, más bien, cómo fue que sucedió el momento de la gestación. Ahí, por supuesto, hace memoria geográfica y espacial, a partir del lugar, la hora, o el mismo estado de ánimo: una experiencia mística que, ciertamente, durará toda la vida.

Podría llevarnos siglos seguir imaginando el pasado como futuro, y es necesario que tal perspectiva se tenga en cuenta, porque eso implica que habrá que moverse y no quedarse en el mismo sitio. Y, seguramente, eso supone que los lazarillos seguirán tingando canicas en los arenales y campos de tierra, para no solo consolarnos en la comodidad, sino más bien, para reconstruir sentidos en las esquinas del mundo. Las imágenes primordiales, como las canicas, no han muerto, porque aún no se han terminado de construir, exigen memoria y creación,

en los albores de una sensibilidad desorientada hacia un futuro material.

En el chamanismo futurista, por otra parte, no se trata de esencializar un único espacio sacro, como el absoluto lugar, válido y legítimo, de un penitente y fiel seguidor de una sola doctrina, tal como ha sucedido historiográficamente con las religiones monoteístas que han eclosionado en el intento de homogenizar sus divinidades, cayendo en la ideologización de la vida.

Se trata, ante todo, de desescencializar y de comprender, que la sacralidad chamanista es una alternativa cósmica, apoyada en distintas fuentes ajenas a un solo origen: a veces estamos en lugares que no corresponden a nuestro origen, y vamos entusiasmados y, afectivamente, abiertos a saber algo más de las místicas de otras geografías; y apenas captamos pasados lejanos, y nos sentimos parte de esos orígenes, entonces, aprendemos que nos falta saber de nosotros mismos: sin pensar demasiado en las fronteras y territorialidades.

La mística del chamanismo gira al compás de las canicas: movernos es uno de los misterios que experimentamos desde el vientre. Y de una cálida entraña seguramente nos moveremos a otra esquina, en el intento de despertar las poderosas inquietudes de una palabra sonora, es como si se intentáramos ubicar líneas en un camino sin direcciones, o e rayar en una página vacía con la mano menos hábil. Por ejemplo, hacer dibujos con la piedra de cascajo en una larga pizarra conduce a estados primitivos, a garabatos ancestrales, donde se pone en competencia la imaginación y la memoria; ahí no hace falta la precisión o la exactitud, lo único que cuenta es lograr un dibujo de la infancia, a partir de la vibración más desordenada. La mente trabaja en el espacio vacío, ubica figuras, formas, sonoridades, se mueve a través de los sentidos, que generan pulsaciones en el cuerpo, cada parte corporal tiene su propia memoria, su particular coordinación; se mueven y facilitan nuestro tránsito: estoy convencido de que, antes del movimiento, hubo misticismo en la quietud.

La mística va más allá de un aspecto icónico y de las convenciones históricas, ciertamente, está demostrado el valor religioso y esotérico de imágenes que antiguamente se edificaron, sobre todo, en el aspecto simbólico. ¿Qué habría sido del mundo sin la invención de las canicas? No todo, por supuesto, se ha regido a la racionalidad y a las reglas; no todo pensamiento de época ha podido borrar las virtudes del pensamiento mítico. Lo místico está en la última mirada de un ser recordado; en la caricia que deja la mano de un niño; en el sendero donde apenas comprendimos la ausencia de personas que no volvimos a escuchar, lo místico está en la advertencia del futuro que hacía el abuelo en una fogata, cuando todavía recogíamos hojarascas: en la silenciosa imagen que apenas nombramos.

Sin, alguna vez, haber averiguado sobre el chamanismo, hemos cerrado los ojos mientras un cielo en forma de orquídea interroga la vigilia del dormir,

y en ese instante, sucede que nos queda poca compañía y ruido, acaso, nos hallamos acompañados por un largo suspiro. Quizás, ahí, las preocupaciones y actividades civiles destruyen todas las capacidades imaginativas y nos aproximamos a primitivas imágenes con las cuales encontramos comunión. A veces, la misma geografía explica cómo fuimos antes de la civilidad, una muestra de ello es cuando llueve, por naturaleza, no pretende agitarnos o interrumpir nuestro ritmo, nos moja el cuerpo y nos recuerda que venimos también del agua. Lo místico extrapola las visiones más enigmáticas de la existencia.

Para muchos, posiblemente, está solo en un altar o en lugar de culto religioso, lejos de estas convenciones, sabemos que si el sonido de una cuerda se afina en nuestra memoria será trascendental en el camino que se recorrerá: melodía que nunca abandonará cada intento de esperanza, tal como sentenciaba el Tao, cuando decía que la música desaparece cuando un dedo rasga una cuerda.

Por ello, la mística es similar a decir que las estrellas no son lo último que vemos; son el principio de lo que escuchamos. Escuchar el comienzo del universo probablemente induzca a las telúricas reuniones que provoca la memoria, de no ser por ese recipiente selectivo no seríamos capaces de convocarnos a una esquina del mundo.

Este diálogo expuesto, ciertamente, es una epístola para quien le interesa la búsqueda de rastros chamanistas en la metáfora de las canicas en agujeros de tierra, o en el universo de otras esquinas. Es el esfuerzo del dinamismo permanente de mundos simbólicos, y que tan confusamente habita la condición moderna. Las canicas se despostillan, a fuerza de choques entre ellas, a ritmos dramáticos viajan sobre la arena, levantando ráfagas imperceptibles de polvo, abandonan a sus jugadores, pero saben que a ellos vuelven para poder irse nuevamente: ¿no podría ser chamánico un ejercicio tan vital para los pequeños creyentes de un juego tan ajeno a la vejez y tan propio de la vejez de la infancia?

El juego de las canicas se parece a la vejez, porque, finalmente, uno llega a enterarse que un día nos deprendimos del océano del vientre, cuando alguien rompía con una tijera el cordón umbilical, y nos íbamos por el mundo tejiendo lo desconocido, elaborando el himno de alguna vida entre tantas, pero, sin embargo, otro día, en cambio, la tramoya bajaba el telón, y volvimos al vientre primigenio de la tierra.

De cualquier forma, recrear la vida lejos de un origen, es un ejercicio chamanista, regresar a recrear lo que no siempre pertenece a la legionaria cartografía de templos y monumentos y edificaciones dedicadas al poder, o a lo divino, supone alterar el orden de lo que recuerda una colectividad. He ahí el dilema de jugar con las canicas y de volver la mirada a un ejercicio elemental de la infancia: jugar con lo que no juegan los ancianos; jugar con el desconocido universo que los pequeños jugadores se empeñan y apuestan y hasta se enfadan,

porque saben que el duelo con el cosmos puede ser trascendental en el comienzo o el final de toda historia.

¿Cuántas veces nos hemos aproximado al misticismo de una despedida? No obstante, sin saberlo hemos buscado explicar una inesperada partida en un altar, en algún paisaje satirizado de bosques, o en la misma insurrección del frondoso océano, en el ritmo dislocado o direccionado de las canicas. El chamanismo futurista es la situación atávica que sucede en algún instante del cosmos, en la posibilidad de romper las fronteras pautadas por la religión, la ideología, la política, es decir, elevar a un punto místico las emociones decadentes o las sonoras sílabas, o encontrar espíritu en paisajes desconocidos, son rasgos de que la mística habita en cada esquina de nuestros sentidos, y de que somos hijos de aquellos jugadores que, sin importar ensuciarse de polvo, la ropa, los zapatos y las pestañas, no paran de jugar y de tomar con solemnidad una actividad que solo consta, en la historia de la infancia, como parte de la risa.

Roy Sigüenza

Ecuador (1958)

Texto leído en la Feria del Libro de Guayaquil (2019) en una de las mesas dedicada a celebrar los doscientos años de la publicación de *Hojas de Hierba* del poeta norteamericano Walth Withman.

Yo no me cubro la boca con la mano⁶

Hojas de Hierba son francamente el canto del Sexo, y de la
Amatividad, y aún de la Animalidad...

WALT WHITMAN, Prefacio de Hojas de Hierba (1884)

...sin duda no habría percibido el universo, ni escrito
ninguno de mis poemas, si no me hubiera entregado
libremente a mis camaradas, al amor.

WALT WHITMAN, citado por Calvin Bedient, en su ensayo
«Walt Whitman, anulado»

El parnaso tiene muchas moradas.

W. H. AUDEN

Considerando el tótem icónico que es Whitman y todo lo que se ha escrito y dicho de él, pareciera que quienes quisiéramos hacer una lectura algo novedosa —ahora mismo— sobre su obra y él mismo, ya no tuviéramos lugar; pero creo que, en mi caso, hemos encontrado un punto de inflexión desde dónde decirlo, aunque me temo que tendrán que disculpar cualquier autorreferencialidad que, por supuesto, no me han pedido, pero que asumiré para que esta especie de lectura fragmentada, tenga sentido.

Se trata de una lectura de lecturas a la que contribuyó, para mi suerte, lo que Roland Barthes definió como «el misterio de la simple concomitancia», porque ¡cierto!, todo dio de sí para que esta lectura se rebelara con más o menos transparencia. Ese todo de *movilidad secreta* incluyó un ejemplar —que hallé accidentalmente en la biblioteca de una amiga zarumeña, justo en estos días— de la edición definitiva de *Hojas de Hierba* en la celebrada versión española de Francisco Alexander —con los cuatro prefacios escritos por el propio Whitman—, publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana; algunas lecturas sueltas como la compilación *xeroxcopiada* de ensayos «Homosexualidad: literatura y política» de George Steiner y Robert Boyers; y «El Arte de Leer» de W. H. Auden, cuya lúcida y lúdica voz escucharemos aquí, tanto como la mía, —pero esta en tono menor por si haga ruido, cosa bastante probable— que intervendrá para hacer una pequeña

⁶ Verso tomado de «Canto a mí mismo» de Walt Whitman.

relación de los hechos que, para mi sorpresa, tiene algunas cosas que ver con el poeta de Manhattan.

Diría también que esta *movilidad secreta* incluye la invitación —que agradezco— para participar en la Feria Internacional del Libro de Guayaquil, en esta mesa temática en la que estamos justo para hablar de él no solo desde la especialidad avezada, sino también de la experiencia lectora y vital de *poet residente* en un país latinoamericano en el siglo XXI después de Cristo —y antes del próximo Armagedón como les encanta anunciar a los Testigos de Jehová—.

Con Withman compartimos cosas: para principiar somos Géminianos. Withman nació el 31 de mayo y yo, el 23. Los astrólogos con dos estrellas Michelin, sostienen que los gemelos gobiernan vida, milagros, y otras apariciones, de los nacidos del 21 de mayo al 21 de junio. Otros, con más estrellas, dicen cosas más degeneradas, pero nosotros quedémonos nomás hasta aquí... Él mismo publicó —como tipógrafo que también fue— la primera edición de sus *Hojas*. Yo hice lo mismo con mi plaqueta inicial de *Cabeza quemada* en una de las últimas imprentas de Portovelo, mi ciudad, ya a punto de quebrar por falta de insumos y clientes. Todavía recuerdo mis manos de improvisado tipógrafo, manchadas con la espesa pasta negra que entonces se empleaba para imprimir y el ruido del linotipo haciendo su trabajo bajo la desconcertada mirada de la amable dueña del lugar que no sabía lo que pasaba.

A Whitman lo echó del cargo el Ministro de lo Interior —un tipo, entre cretino y otra cosa de bicho; de nombre James Harlan— por ser el autor de un libro «inmoral». En mi caso y no hace mucho tiempo, la orden de desempleo no vino del Ministro del Interior, sino de su representante en El Oro, pero, esta vez, por «conducta inmoral». Aunque también pudo haberlo hecho por escribir «inmoralidades», para lo cual el caballero hubiese contado con pruebas materiales si hubiese leído mi poesía, pero no: «El Sr. no gusta leer poesía». ¡Que va! El funcionario se había enterado —como si de esto debía o tenía que enterarse *ex profeso*— que mi «camarada» llegaba muy ocasionalmente a la oficina donde trabajaba, haciendo uso del mismo derecho a la libre movilidad que tenemos —seas lo que seas, supuestamente— los ciudadanos y ciudadanas de este país. Que esto haya ocurrido —y en una oficina pública!— le pareció tan intolerable que, con la rapidez del «corre ve y dile», me despachó del cargo. Como que la furia homofóbica vuelve a los funcionarios del Estado en dechados de ética y moral.

Pero continuemos: como le pasó a Whitman con su libro —al que incluso la tenebrosa Sociedad para la Eliminación del Vicio de su país quiso ver quemado—, a mí me pasó con uno mío, aunque con un furor ya bastante

enfriado por el disimulo. Hago público lo que ocurrió solo para que conste que estas cosas —aunque sigilosas y sin pruebas demostrables— también pasan en el Ecuador de estos tiempos. Por lo que sé, mi libro de poemas *La Hierba del Cielo* —visto ahora que lo escribo, también se trata de un libro con hierba— no calificó para un importante premio literario a causa de su homoerotismo —al menos eso me lo confirmó luego y voluntariamente una de las mujeres que integró el jurado calificador—, cosa que ciertamente me asustó, pues no se me había pasado por la cabeza que fuera fácil descalificar un libro de poesía por un aparente demérito parapoético o extraliterario, como pueden ser las filias o las fobias del autor o autora, pero pasó. El jurado, supongo, que para «guardar las apariencias» y no restarse respetabilidad —que, para mí, la tenía hasta entonces; y de sobra—, optó por entregarle al libro la única mención de honor del concurso.

Francisco Alexander, el traductor más referencial de Whitman, en el preámbulo de *Hojas de Hierba*, publicado originalmente en 1952, señala:

Los detractores de Whitman le han acusado [...] de la más cruda sensualidad, y ha habido críticos que han llegado a representarlo como un animal que se revuelca, plácida e irreflexivamente, en el cieno de sus propias sensaciones. Estos ataques se apoyan en una parte muy pequeña de la obra entera del poeta: en ciertos pasajes del vasto «Canto a Mí Mismo» y en algunos poemas de «Hijos de Adán». Tampoco, en este caso —por mojigatería o por un inexplicable ofuscamiento de su facultad crítica— ha podido esa clase de jueces decir la verdad clara y sencilla, que consiste en que Walt Whitman, antes que su amigo Edward Carpenter, antes que Havelock Ellis, antes que los otros apóstoles de la doctrina de la esencial pureza y dignidad de lo sexual, comprendió que nada hay de pecaminoso en ese impulso fundamental de toda vida, y que, en su afán de cantar al hombre y a la mujer cabales, celebró también, con pasión, los nobles atributos de su sexo, sin que le importase ofender con ello la pudibundez de los puritanos, de los tontos y de los hipócritas.

Si leemos entre líneas este texto escrito para defender el libro de Whitman, también podríamos incriminar a su autor de pudibundez porque —condeciente con él mismo—, obvia la sección de «Cálamo» del libro —compuesta de 38 poemas, una cantidad significativa; es decir nada pequeña—, esta sí, de evidente y gozosa pulsión homoerótica y por la que probablemente atacaron el libro de Whitman, más que por las alusiones a «ciertos pasajes» del «Canto de mí mismo» y de «algunos poemas» de «Hijos de Adán», como sostiene Alexander.

Por supuesto que con esta lectura no buscamos otra cosa que «esclarecer un poco el paisaje», diría para poner en evidencia lo persistente y peligrosa que es la intolerancia al amor —el pasional y el sexual— de «los

Camaradas» en el que Whitman, como él mismo confesó, encontró el más fuerte impulso creativo para su obra y sobre el cual escribió con tanta alegría, amplitud de registro y desparpajo.

Leo dos poemas que certifican esta intensa amorosidad, presente, como he señalado, en todos los poemas de «Cálamo»:

NOSOTROS DOS MUCHACHOS ABRAZADOS

Nosotros, dos muchachos abrazados,
Jamás nos separamos el uno del otro,
Recorremos los caminos de arriba abajo, emprendemos excursiones por el
[norte y por el sur,
Gozamos de la fuerza, extendemos los brazos, cerramos los puños,
Armados e intrépidos, comemos, bebemos, dormimos, amamos,
No obedecemos otra ley que la nuestra, navegamos, fanfarroneamos,
[robamos, amenazamos,
Asustamos a los avaros, a los criados, a los sacerdotes, respiramos el aire,
[bebemos el agua, bailamos sobre el césped de la playa,
Conmovemos a las ciudades, despreciamos el bienestar, nos burlamos de las
[leyes, perseguimos toda suerte de debilidad,
Y damos fin a nuestra correría.

EN ESTE MOMENTO, ANHELANTE Y PENSATIVO

En este momento, anhelante y pensativo, solitario,
Me parece que hay otros hombres en otros países anhelantes y pensativos,
Me parece que puedo mirar y contemplarlos en Alemania, Italia, Francia,
[España,
O lejos, muy lejos, en la China o en Rusia, o en el Japón, hablando otras
[lenguas,
Y me parece que si yo pudiera conocer a esos hombres los amaría como amo
[a los hombres de mi propio país,
Oh yo sé que seríamos hermanos y amantes,
Yo sé que con ellos sería feliz.

Pero las épocas se acaban y sus voceríos, igual. Aunque nos quedan las dudas.

El poeta D. H. Auden —a quien hay que leer porque considero que es el profesor de poesía que muchos buscan—, en un precioso texto dedicado a su paisano W.H. Lawrence, escribe, categórico y burlón:

Hasta donde sé Whitman no ha ejercido jamás una influencia benéfica en ningún otro poeta inglés; si la ejerció sobre Lawrence se debió, a que, pese a ciertas similitudes superficiales, las sensibilidades de ambos eran radicalmente distintas. Whitman eligió de manera consciente encarnar al bardo de América, y creó una *persona* poética para tal fin. Escribe siempre

en primera persona, y utiliza incluso su propio nombre; sin embargo es esa *persona* la que habla en los poemas y no el hombre real, incluso cuando parece estar dando cuenta de las experiencias más íntimas. Si en ocasiones suena ridículo es porque la imagen misma de un individuo se entromete en lo que pretenden ser manifestaciones de una experiencia colectiva. «Soy amplio, contengo multitudes» resulta una declaración absurda si uno piensa en el propio Whitman o en cualquier otro individuo; solo tiene sentido si se piensa en una «persona jurídica». Cuanto más sabemos acerca de Walt Whitman, el hombre, menos se parece este a su personaje.

Quizá contribuyan a explicarnos el tono de este texto de Auden, este corte informativo: Auden escribió buena parte de su obra poética, sobre todo la última, en verso formal —recordemos que Whitman es el precursor del verso libre o blanco—, porque, como llegó a sostener, la poesía, sin una severa legislación métrica, no era más que «prosa recortada»; evitó cualquier intimidad o confesión personal en sus poemas; estableció que la función del poeta ya no podía ser la del profeta visionario ni la del guerrillero político, sino solo la del centinela, el custodio de la lengua, que permite, simplemente, crear un espacio para pensar en el mundo y recordarle al hombre su pertenencia al lenguaje, «al que el tiempo venera», como afirma Andreu Jaime. Como vemos Whitman es un pirómano exultante, político, sexual al lado de Auden: un bombero acucioso y sensato «con sentido del humor», aunque siempre elegante. Está escrito en el aire que *El parnaso tiene varias moradas*.

Para Vindicar a nuestros dos poetas, quienes se enfrentaron a su manera —para perder o ganar, es decir con convicción apasionada— a casi todas las demandas históricas de su tiempo y nos dejaron una memoria citable para la poesía y la vida —que hoy parece tan fácil de tachar— cito estas palabras de Joseph Brodsky:

Si un poeta tiene alguna obligación para con la sociedad, es la de escribir bien. Al formar parte de la minoría, no tiene otra opción. Si no cumple con ese deber, se hunde en el olvido. Por otra parte, la sociedad no tiene obligación alguna para con el poeta. La sociedad, mayoría por definición, considera que tiene otras opciones que la de leer poemas, por bien escritos que estén. El resultado de su fracaso al respecto es su desplome a ese nivel de locución en que la sociedad cae presa fácilmente de un demagogo o de un tirano.

Gracias.

Carolina Palacios

Ecuador (1989)





La novena edición del proyecto de creación literaria Salud a la Esponja, *La chamiza*, fue diagramada y publicada en formato digital por la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay en septiembre de 2021.

ISBN: 978-9942-755-24-7



9 789942 755247

El problema ahora no es a dónde ir
sino a dónde regresar. El tiempo
que conocimos ya no existe. Poco a poco
la tierra y el paisaje
que fueron nuestros van dejando de
serlo. Solo nos queda el salto
al otro lado de las horas. Adelante
la esperanza es una flor de remolinos.

Rubén Astudillo y Astudillo

